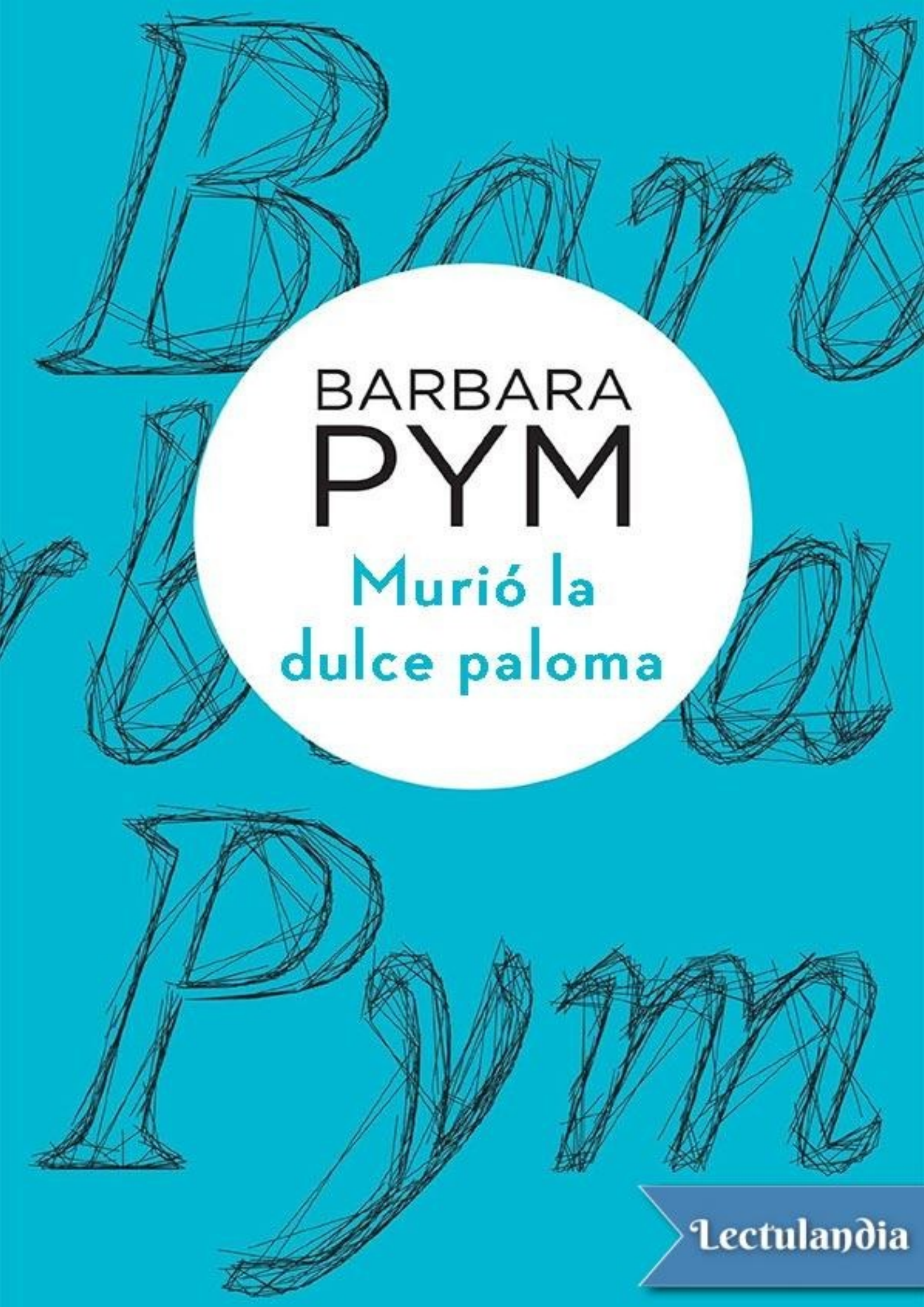




BARBARA
PYM

Murió la
dulce paloma

Lectulandia

Leonora es una exquisita dama londinense de edad incierta. En una subasta de arte conoce al dueño de una tienda de antigüedades y a su joven sobrino. El tío se prenda de Leonora y Leonora se prenda del joven. Decadencia y buen gusto, rapacidad e inestabilidad sexuales, egoísmo y traición, patetismo e ironía se conjugan en esta comedia inscrita en la gran tradición que inaugurara Jane Austen, siguieran fulgurantes los victorianos —George Meredith hubiese aplaudido a Barbara Pym— y llevaran a su culminación Evelyn Waugh, Sylvia Townsend Warner y la autora de *Murió la dulce paloma*. Leonora y su amiga, desesperadamente enamorada de un homosexual bello y joven; el sobrino y el tío Humphrey, remedos masculinos de formas y usos a punto de extinguirse, protagonizan una comedia en la que la crueldad se oculta bajo el ropaje de un humor inagotable.

Lectulandia

Barbara Pym

Murió la dulce paloma

ePub r1.0

Titivillus 04.03.15

Título original: *The Sweet Dove Died*
Barbara Pym, 1978
Traducción: Víctor Pozanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para R.

*Yo tenía una paloma, y la dulce paloma murió
y la creí muerta de congoja;
oh, ¿qué la acongojaría? Sus patas estaban atadas
con un solo hilo por mi propia mano tejido...*

JOHN KEATS

I

—Una sala de subastas no es lugar para una mujer —declaró Humphrey Boyce, mientras almorzaba con su sobrino James y con la atractiva desconocida que habían conocido, hacía media hora, en una sala de subastas de Bond Street.

—No me riñan —dijo Leonora, en burlón tono humilde—. Ya sé que ha sido una estupidez. Me movió, supongo, la emoción de pujar, por primera vez en mi vida, y de conseguir ese precioso librito. ¡Fue más fuerte que yo!

—Y hacía tanto calor en la sala —dijo James, tratando de no quedar al margen de la conversación, porque no en vano había sido él quien se fijó en que la mujer de negro se tambaleaba, y casi se desmayaba, en el momento de su triunfo.

—¿Queda en veinte libras? —había dicho el subastador con voz cansina.

—¡Veinticinco! —había exclamado ella, justo antes del mazazo final.

Y como fueron James y Humphrey quienes la sujetaron y la ayudaron a salir de la sala, les pareció lo más natural del mundo almorzar juntos.

De no haber sido así, habría resultado una subasta muy aburrida, se decía James. A él no le interesaban los libros y se había pasado todo el rato observando displicente a los compradores, encorvados sobre la mesa con sus raídas ropas, pujando con ademanes casi imperceptibles, levantando los catálogos o enarcando las cejas. Los demás participantes en la subasta, o los simples curiosos, en su mayoría hombres, estaban sentados en filas de sillas o de pie en los rincones. Un hombre alto, de aspecto algo achulado, recostado en la pared, se había pasado toda la subasta mirando a James, con tal insistencia que, cada vez que éste dirigía la vista hacia donde él se encontraba, se encontraba también con su mirada. James había bajado la vista, una y otra vez, sintiéndose como un estúpido, pero, también, un poco halagado. No estaba demasiado seguro de que le gustase esta clase de admiración, y se preguntaba si el hecho de que Leonora lo distrajese al estar a punto de desmayarse lo había librado, acaso, de un destino peor que la muerte.

—Mi querida Miss Eyre —estaba diciendo Humphrey—, los organizadores la habrían subastado a usted de mil amores, y yo habría pujado encantado.

—Oh, qué amable. Lo tendré en cuenta para otra ocasión. ¿Venden también libros en su tienda de antigüedades? —dijo Leonora.

—No. Estamos especializados en porcelanas, bronce y pequeños objetos; ya sabe.

—*Objets d'art et de vertu* —musitó Leonora con un delicioso acento.

—Exacto —dijo Humphrey, inclinándose hacia ella, con expresión admirativa, para volver a llenarle la copa.

Humphrey había elegido un vino del Rhin, por parecerle especialmente indicado para la ocasión. Que aquella encantadora criatura se hubiese expuesto a la contaminadora presencia de aquella fauna de compradores, para hacerse con una de esas bobadas en forma de floreado librito Victoriano, le parecía inconcebible y le

horrorizaba. Una subasta *de libros* no era, en absoluto, lugar para una mujer. Una subasta de cuadros o de porcelanas, capaz de concitar las millonarias pujas que merecían titulares en los periódicos; o esas otras, organizadas con nocturnidad —y acaso televisadas—, en las que cabía la oportunidad de acompañar a una mujer a casa, bien cenada y regada con un buen caldo... ya era harina de otro costal.

—Y usted... —dijo Leonora mirando a James—, ¿usted ayuda a su tío en la tienda?

—Estoy aprendiendo —repuso él.

—Para él sí creo que asistir a una subasta de libros es una buena experiencia —dijo Humphrey—. En las subastas de provincias aparece, a veces, algún libro interesante. ¡Qué azar más afortunado que hayamos coincidido allí!

James pensaba que su tío se estaba poniendo en ridículo. Ciertamente Miss Eyre tenía una edad adecuada para que Humphrey se casase con ella, de ser eso lo que pretendía, aunque llevaba tanto tiempo viudo que parecía improbable que aspirase a mejorar el apaño que ya tenía dando un paso tan drástico como el matrimonio.

En aquel primer encuentro, Leonora había despertado en James una admiración más que considerable, sobre todo por la inhabitual y anticuada elegancia de su sombrero de ala ancha, que proyectaba fascinantes sombras en un rostro que, probablemente, empezaba ya a necesitar de la lisonja. Se había sentido atraído hacia ella de esa manera en que, a veces, se siente atraído un joven hacia una mujer que podría ser su madre.

—Tiene que venir a ver la tienda —sugirió James—. Está cerca de Sloane Square.

—Por supuesto, no deje de hacerlo si pasa cerca de Sloane Square —terció Humphrey—, que pilla muchas veces de camino, ¿a que sí?

—Sin duda —dijo Leonora sonriendo—. Hay que procurar organizarse la jornada para visitar los lugares más agradables y eludir los que se detestan.

A James le sorprendió oírle decir esto y se preguntó cómo se las arreglaba para «organizarse» las jornadas de tal manera, cuando la mayoría de la gente que uno conoce tiene que trabajar o llevar una monótona vida hogareña. Quizá tuviese dinero, o la tuviesen «a todo tren», en St John's Wood, por ejemplo, como una amante eduardiana al viejo estilo. Podía ser perfectamente así, se dijo, al oír que le daba sus señas a Humphrey.

—Es una casita preciosa —dijo ella—. Espero que usted y su sobrino vengan a cenar en alguna ocasión, para que pueda corresponder por este delicioso almuerzo.

Luego la acompañaron a coger un taxi.

—Me voy *derecha* a casa a recrearme con esta preciosidad de librito —dijo la mujer a modo de despedida.

Ellos rehicieron entonces el camino, en dirección a la tienda.

—Bien, bien —dijo Humphrey en tono campechano—, la subasta ha resultado ser más interesante de lo que esperábamos.

Fue todo lo que se le ocurrió decirle a su sobrino respecto de aquella mujer hacia

la que ambos parecían haberse sentido atraídos.

—Sí —James rió, algo embarazado—. Quién sabe si volveremos a verla.

—Por supuesto que sí —repuso Humphrey, muy seguro de que así sería—. Y, ¿sabes lo que te digo? —añadió dubitativo, al borde de la acera—, que no voy a volver esta tarde por la tienda. Tú y Miss Caton os podéis arreglar perfectamente solos. Será una buena experiencia para ti.

James no hizo ningún comentario. Todo aquello que no le apetecía hacer ni poco ni mucho lo consideraba Humphrey una «buena experiencia», pero, como no era probable que acudiesen clientes, supuso que se apañaría.

Humphrey se dio la vuelta y se alejó en dirección contraria, sonriendo para sus adentros. En cierta medida, consideraba que tenía la responsabilidad de velar por James, único hijo de su hermano, muerto en la guerra. Además, no hacía mucho que James había perdido también a su madre. Los huérfanos tenían para Humphrey algo que hacía que aflorase lo mejor de él; ese deseo de hacer el bien, sin complicarse mucho la vida, que alienta en la mayoría de nosotros. Al licenciarse James en Oxford, con un discreto expediente y sin grandes ambiciones, no le había resultado a Humphrey nada difícil emplearlo en su tienda de antigüedades y ofrecerse a enseñarle lo que sabía. No es que Humphrey fuese un gran experto, pero sus conocimientos bastaban para enseñar a alguien que, como James, nada sabía del oficio. Además, la buena presencia de James y su agradable trato ayudaban mucho a atraer a los clientes y, sobre todo, a convencer a las difíciles clientas norteamericanas. De manera que habían llegado a un acuerdo satisfactorio en seguida. El apartamento de Humphrey estaba en Kensington, mientras que James vivía, más modestamente, en Notting Hill Gate. La vida social de ambos no tenía puntos de contacto, porque un hombre de casi sesenta años poco podía tener en común con un sobrino de veinticuatro; y Humphrey se sentía aliviado por no tener que compartir demasiado tiempo con James. En aquellos momentos, por ejemplo, le apetecía volver a su apartamento a echar una cabezada, y luego ir a su club a cenar y a jugar al bridge. James, suponía él, saldría de la tienda a las cinco y media, asegurándose de cerrar bien, aunque sospechaba que Miss Caton, su admirable y quisquillosa mecanógrafa, que era una mujer de mediana edad, no acabaría de fiarse de James y saldría después que él. Luego, James volvería a Notting Hill Gate, o iría a darse un garbeo por los ambientes de Chelsea, de los que Humphrey no estaba muy al día, pues hacía siglos que no había pisado King's Road, tan cambiada ahora. Lo que James hiciese en su tiempo libre era asunto suyo y, en este aspecto, Humphrey consideraba que su responsabilidad se reducía a confiar en que James fuese lo bastante sensato como para no dejar embarazada a ninguna chica y para que no lo pillasen fumando marihuana. Al entrar en su club dejó de pensar en James y se preguntó cómo pasaría las noches Leonora. ¿Sería aficionada a la ópera?, ¿al teatro? Quizá apuntase por ahí el paso más conveniente para invitarla.

La tarde fue para James tan aburrida como era de prever. No entró nadie y, aunque el teléfono sonó una vez, no había sido más que una llamada de una amiga de

Miss Caton, con quien ésta mantuvo una críptica conversación, al parecer sobre lo que iban a cenar aquella noche. James salió a las cinco y media, después de que Miss Caton le prometiese echar el cierre, y volvió a su apartamento a arreglarse para salir por la noche. Iba a una fiesta que daban dos ex compañeros de colegio en su apartamento de Camden Town. Se abriría la puerta, el clamor de las voces y de la música lo envolvería y acabaría en un rincón con una chica que a duras penas oiría lo que le dijese. Aunque no se le solía ocurrir nada especialmente interesante que decir en tales ocasiones. Después de haber pasado tantos años con su madre, le resultaba más fácil hablar con mujeres mayores. Y, como no era de los que se prodigan encamándose con todas, ni había fumado nunca marihuana, Humphrey no tenía por qué preocuparse. James no estaba todavía seguro de lo que deseaba de esta vida y trataba de evitar todo paso trascendental.

II

También Leonora iba a una fiesta aquella noche, aunque muy distinta a aquella a la que James había sido invitado. Se trataba de una cena con una mujer que conoció cuando tenía empleo fijo. El único toque especial de la fiesta era que el joven amigo de Meg —su gigoló, en realidad—, que se llamaba Colin, estaría allí, como casi siempre desde que ella le había ofrecido su protección y le había ayudado en sus muchas tribulaciones. Y aquella noche también iba a estar allí un nuevo amigo de Colin, razón por la cual, probablemente, le habían pedido a Leonora que completase el extraño cuarteto: dos mujeres casi cincuentonas con dos veinteañeros.

El amigo de Colin se llamaba Harold, hermoso como un oso y casi dos palmos más alto que el menudo y frágil Colin, de delicado atractivo. Al principio, mientras Meg estaba en la cocina preparando la cena, no acababa de romperse el hielo. Era obvio que Harold no era de su «clase», pero Colin hablaba por los dos, haciéndole ocasionales comentarios jocosos por lo bajo a Harold, sentado allí sin despegar los labios, cohibido y aparentemente insensible al encanto de Leonora. Pareció desinhibirse un poco al volver Meg, con su franco y afable semblante ligeramente sonrosado de tanto estar junto al fuego, y llamarlos a la mesa. Bromeó con ella diciéndole que al corazón del hombre se llega por el estómago y Meg pareció ridículamente complacida. Como si hiciese al caso, se dijo Leonora desdeñosamente. Pero, aunque no cabía duda de que Meg bebía los vientos por Colin, era natural que tratase de ser amable también con sus amigos, que habían sido muchos a lo largo de los años: un joven publicitario, un productor de televisión, un funcionario público, un hindú e incluso un sacerdote. Leonora no acababa de situar a Harold y se preguntaba a qué se dedicaría. Lo averiguaría, sin duda, en el curso de la velada. ¡Qué distinto era aquello de su interesante experiencia en la subasta de libros, y del gratísimo almuerzo con el encantador anticuario y su sobrino! Cualquiera día se «perdería» por Sloane Square. Pero sin precipitaciones. Aguardaría hasta la ocasión propicia, que sin duda iba a presentarse.

—Qué agradable velada —dijo Leonora hacia las diez y media—. Lo he *pasado* muy bien. Se me ha ido el tiempo volando. Deberé irme ya.

—¿Cómo vas a volver a casa? —le preguntó Meg, de esa vaga manera con que suelen hacerlo quienes conducen a quienes no.

—Ah, no te preocupes —repuso Leonora, con una enigmática sonrisa, como si tuviese una alfombra mágica aguardándola.

Y como quiera que ni Colin ni Harold reaccionasen, Meg se vio obligada a ofrecerse a acompañar a Leonora.

—No sé cómo puedes vivir sin coche —le dijo, probablemente irritada al ver a Leonora allí plantada en el vano, con su chaquetón de piel oscuro y un amolocotonado pañuelo en la cabeza, que sólo ella podía ser capaz de llevar.

Leonora se encogió de hombros. Si una no conduce, pues no conduce, y listo; que

por algo eran los demás siempre tan amables. Y había taxis, ¿no?

—Tomaré un taxi en la parada.

—Pero siempre te llevan por el camino más largo y, encima, esperan que se les dé una generosa propina —se lamentó Meg.

—Pues a mí nunca me ocurre —dijo Leonora—. Los taxistas suelen ser hombrecitos *encantadores*.

—Bueno, si de verdad no te importa... —dijo Meg, a quien obviamente no le apetecía dejar la fiesta—. Pero te acompañaré hasta la parada para que no esperes sola.

Meg se aseguró de cerrar bien la puerta del apartamento al salir y Leonora hizo un elogioso comentario sobre la tarta de limón, deliciosa.

—Es la que más le gusta a Colin —dijo Meg.

Leonora sonrió con misericordia. Imaginaba a Meg extendiendo la pasta, mezclando el relleno y batiendo claras, y todo por aquel mequetrefe de Colin.

—¿Qué te ha parecido Harold? —preguntó Meg.

—Pues no acabo de hacerme una idea clara. No es como los demás amigos de Colin, ¿verdad?

—No —repuso Meg, bajando la voz pese a que estaban ya en la calle—. Casi todos los amantes de Colin —añadió valerosamente— han sido muy distintos. Y lo han hecho *muy* desdichado. Pero creo que Harold será positivo para él. Trabaja como ayudante de un veterinario.

—¡Dios santo! —exclamó Leonora.

—Bah, eso es lo de menos. ¿Te has fijado en sus manazas?

En efecto, no le había pasado inadvertido a Leonora que Harold tenía unas manos macizas y rojas, probablemente de tanto meterlas en agua caliente con desinfectante.

—Mira, ahí hay un taxi —dijo Meg—. Adiós, querida. Nos llamamos para almorzar un día.

Leonora le ofreció su mejilla, aunque no le gustaba que la besasen las mujeres ni tampoco demasiado los hombres. Se sintió reconfortada al recostarse en la fresca penumbra del taxi.

Se percató entonces de que el taxista era un hombre de color, pero estaba segura de que sería tan amable como solían ser con ella todos los taxistas.

Meg vivía en un barrio algo abigarrado, pero las destartaladas casas, bastante altas la mayoría y pintadas con chillones colores, quedaron pronto atrás y fueron asomando fachadas discretamente pintadas de color crema, o blanco, tras una de las cuales vivía Leonora. El taxista sonrió al recibir la generosa propina y le dio las buenas noches, en un tono suave y cálido, para que se sintiese como una hermosa dama del Profundo Sur al descender de su carruaje, o como un colono blanco de los tiempos en que los criados nativos eran humildes y solícitos.

Abrió la puerta de la entrada y, como siempre, la embargó el placer de volver a casa, entre sus bonitos muebles victorianos y los hermosos objetos de los que se había

rodeado. Sintió lástima de Meg, allí en su desvencijado y desordenado apartamento, con aquel par de aburridos jóvenes, y se preguntó si se habrían quedado, por lo menos, a ayudarla a fregar los platos. Colin vivía en Paddington, le parecía haber entendido, y probablemente Harold vivía con él. El apartamento de Meg resultaría muy solitario cuando ellos se hubiesen marchado; muy distinto de la apacible soledad en la que ella se complacía.

Leonora consideraba, con satisfacción, que su vida la presidía la tranquilidad de espíritu, sin más convulsión que el apacible recuerdo de emotivos instantes, ajena a las pasiones devastadoras. Pero, ¿había conocido, de verdad, la emotividad y la pasión? Un par de lacrimógenos numeritos en la cama —porque nunca había gozado con *aquello*— y listo. Se sentía aliviada al pensar que ya no tenía que preocuparse por cosas así. Sus amigos eran, casi todos, hombres mayores y cultos, que admiraban su elegancia y no le pedían más que el placer de su compañía; hombres no muy distintos de Humphrey Boyce, ciertamente.

Su amplio lecho, con su cabecera neovictoriana de cobre, invitaba a agradables pensamientos, y Leonora se dispuso a dormir. No había Biblia ni devocionario ni despertador que perturbasen el mundano encanto de su mesilla de noche. Browning y Matthew Arnold —sus poetas favoritos—, junto a su frasco de colonia Guerlain, otro de sales aromáticas, suaves pañuelos de papel de color verde claro, un tubo de píldoras de brillantes colores para aliviar el estrés y la tensión y, presidiéndolo todo, las descoloridas fotografías de un hombre apuesto y de una mujer de afable rostro con un vestido del último período Victoriano.

Leonora había decidido, hacía mucho tiempo, que sus abuelos tenían un aspecto mucho más distinguido que sus padres, cuyas fotografías tenía escondidas en un cajón. Su padre había trabajado en el servicio consular, y Leonora había pasado su infancia y su juventud en diversas ciudades europeas de las que guardaba muchos íntimos recuerdos. Tanto es así que la evocación de estos recuerdos, de románticos encuentros y aventuras, hacían que su conversación resultase a veces un poco tediosa, de manera que quienes la conocían procuraban no mencionar Lisboa ni Dresde ni Viena, si querían evitarlo. Sus padres le habían legado dinero bastante para poder vivir sin trabajar, si así lo prefería. Después de la guerra había trabajado para el mismo editor que Meg, pero editar libros de texto no le parecía a Leonora un trabajo muy atractivo. Lo único bueno que tenía trabajar es que te dejaba menos tiempo para darles vueltas a las cosas, algo, al parecer, muy conveniente para la mayoría de las mujeres de mediana edad. Aunque no es que ella lo hiciese a menudo. Como es lógico, pensaba de vez en cuando en la muerte, pero procuraba hacerse a la idea de una manera sensata, sin dejarse atenazar por el pánico y adelantándose a los acontecimientos. Por un instante, estuvo pensando en Harold, el amigo de Colin, imaginando aquellas manazas sacrificando animalitos. Aunque no era cuestión de pensar demasiado en eso. Además, no había ninguna razón para que la propia muerte no fuese, dentro de lo que cabía, tan elegante como la propia vida; o, por lo menos,

había que hacer todo lo posible para que así fuese.

III

James no era precisamente muy puntual, pero, por una vez, Humphrey no se lo reconvino. Parecía contento y andaba por allí tarareando por lo bajo y sonriendo, de una manera un tanto impertinente, como si tuviese entre manos algo secreto que no quisiese revelar a su sobrino.

Pero, al final, no se lo pudo callar.

—No vendré esta tarde —dijo—, pero estoy seguro de que tú y Miss Caton os arreglaréis perfectamente sin mí.

La verdad es que James consideraba que ya tenía bastante práctica, pero como era discreto por naturaleza no lo dio por sentado.

—Voy a almorzar con Miss Eyre —añadió Humphrey— y luego a la exposición de la sala Agnew, que me parece que le gustará. Creo que este tipo de «cosas» deben de ser de su gusto.

—Sí, seguro que sí —asintió James con suavidad—. ¿Vendrás con ella aquí luego? Dijo que le gustaría ver la tienda.

—Puede. Depende de cómo *resulte* —repuso Humphrey, con enigmática expresión, que matizó en seguida para que James no lo interpretase mal—. A lo mejor está demasiado cansada para venir hasta Sloane Square. No parece una mujer muy fuerte y quizá prefiera volver a casa.

—Claro —convino James, desinteresándose del tema—. Salúdala de mi parte, o dile lo que creas conveniente.

—Por supuesto que la saludaré de tu parte —dijo Humphrey.

La invitación de Humphrey a almorzar y a ver la exposición habían pillado a Leonora de improviso, antes de que le diese tiempo a «perderse» por Sloane Square y aparecer por la tienda por sorpresa. No le hacía demasiada gracia ir a remolque de los acontecimientos y se sintió, un tanto ridículamente, decepcionada por ir a almorzar con Humphrey, pero sin James. Le apetecía ver a James de nuevo, porque se necesita a veces la compañía de los jóvenes, y la de jóvenes apuestos era especialmente agradable. Salir con Humphrey no era muy distinto de salir con tantos otros admiradores granaditos que la llevaban a restaurantes caros y la colmaban de atenciones.

La exposición era de verdad preciosa, con retratos de familias distinguidas, cuadros de grandes mansiones, muy del gusto de Leonora.

Estaba claro que le iba, pensó Humphrey sin demasiada delicadeza, al verla admirar los cuadros. Había sido una buena idea.

—¿Supongo que no seguirá yendo a las subastas? —dijo bromeando.

—¡Ah, no, desde luego! —repuso ella—. En adelante le pediré que lo haga *usted* por mí. O James. ¿Qué tal está? ¿Bien, supongo?

—¿James? ¿Bien? —exclamó Humphrey, que pareció un tanto perplejo, preguntándose por qué no iba a estar bien su sobrino—. Ah, pues sí, James está bien,

gracias. Lo he dejado al cargo de la tienda esta tarde.

—Quizá podríamos darle una sorpresa, ¿no? Me haré pasar por una clienta.

—Por supuesto, mi querida Leonora —dijo Humphrey, llamándola ya por su nombre de pila, como había empezado a hacer durante el almuerzo, igual que ella—. Si no está demasiado cansada...

—A lo mejor compro unos regalos de Navidad.

—Por Dios, ¿tan cerca está ya la Navidad? —exclamó Humphrey—. Supongo que las mujeres empiezan a hacer las compras mucho antes que nosotros.

Pensó un poco al tuntún en un par de cosillas de la tienda que Leonora pudiera querer comprar, si de verdad pensaba ya en los regalos de Navidad, pero no le pareció que fuese así en cuanto llegaron a la tienda. Porque, aunque estuvo admirando un par de codornices de porcelana china, se estremeció ante una pieza de *netsuke* y mostró su entusiasmo por un pisapapeles Victoriano, no preguntó precios. Todo lo que sacó en claro Humphrey fue que un pisapapeles, aunque no tan caro como el que ella había admirado, podía ser un buen regalo de Navidad para ella.

—Voy a tener que marcharme ya —dijo Leonora mirando el reloj—. Es fatal que te pille la hora punta.

—La acompañaré a casa —dijo James, a quien habían prácticamente ignorado durante la visita.

—Ah, no, mi querido joven —dijo Humphrey—. No es necesario. Tengo el coche aparcado a la vuelta de la esquina.

—Y yo también —dijo James—, y, además, voy en la misma dirección que Miss Eyre.

Leonora se quedó allí de pie entre los dos, sonriendo. Había que ver lo amable que era la gente.

—No quiero que dé un rodeo por mí —le dijo ella a Humphrey—. Si *de verdad* le pilla a James más o menos de camino...

Una vez en el coche de James, Leonora se recostó en el asiento y se subió el cuello de su chaquetón de piel, ciñéndoselo. Él le preguntó entonces si le molestaba el aire de la ventanilla.

—No, pero me gusta notar el contacto de la piel.

—Tiene que ser agradable —dijo James, que no tenía experiencia al respecto.

Se sentía un poco cohibido, como si el comentario de Leonora le resultase demasiado íntimo en los primeros escauceos de una amistad. No se le ocurría nada que decir.

—Su tío vive en Kensington, ¿no? —preguntó Leonora—. No era cuestión de abusar de su amabilidad.

—Estoy seguro de que no lo hubiese interpretado así —dijo James—. En coche no se tarda tanto.

—Y usted vive en Notting Hill Gate, ¿no?

—Sí, tengo un apartamento.

—¿No vive con la familia? No, claro.

—Es que no tengo —repuso James algo azorado—. Mis padres murieron.

—Pobre.

Leonora pensó que quizá su comentario sonaba demasiado superficial e insincero, pero ¿qué iba una a decir? Siguieron en silencio un rato hasta que James le dijo que lo fuese orientando. Al llegar frente a la casa, él bajó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta.

—¿Quiere pasar a tomar algo? —le preguntó Leonora, en un tono frío y casi indiferente.

James vaciló. ¿Pretendía sólo ser amable? ¿Le apetecía a él? Sentía curiosidad por ver el interior de la casa y, en cualquier caso, podría pretextar tener una cita si luego no le apetecía alargarse mucho.

—Quizá lo entretengo —dijo Leonora.

—No, qué va, estoy encantado. Es que no quisiera hacerme pesado.

—Pero, mi querido James —dijo ella, utilizando por primera vez su nombre de pila—, ¿le invitaría acaso si lo temiese así?

Como ante este comentario no cabía réplica, él la siguió hacia la sala de estar, bellamente decorada, con pequeños muebles del primer período Victoriano y porcelanas y objetos de cristal del mismo período. James reparó en que el libro de flores que ella había comprado en la subasta estaba abierto sobre una mesita.

—Cada día lo abro por una página distinta —dijo Leonora—. Es una verdadera delicia. No recuerdo cuál he elegido para hoy.

—Convólvulo rosa —dijo James mirando el libro.

—Que significa... —dijo Leonora acercándosele, como si fuese a leer, aunque sabía perfectamente que no podía sin las gafas.

—Compenetración basada en una Afectuosidad Tierna y Sensata —leyó James en un tono ligeramente burlón, porque no acababa de entender el significado.

—Tomemos algo —dijo Leonora, yendo hacia el aparador y sacando una botella y dos copas.

—No cabe duda de que le gusta a usted todo lo Victoriano.

—Sí, me encanta. Me siento en mi elemento.

James miró entonces a Leonora con más detenimiento. Llevaba un vestido de color ciruela claro, que sentaba bien a su pálido semblante y a su pelo castaño, cuidadosamente peinado. Con la discreta luz de reconvertidos quinqués parecía más joven que a la luz del día o, si no exactamente más joven, de edad indefinida.

—Creo que lo Victoriano encaja con usted —dijo él—; está perfecta en esa silla.

Leonora hizo una ligera inclinación de cabeza agradeciendo el cumplido, habituada a la lisonja.

—Y a mí me parece que *usted* pertenece también a otra época —musitó ella—. ¿El siglo XVIII acaso? No me resulta difícil imaginarlo en un retrato, recostado en una agrietada columna.

—Pues yo no me imagino así —dijo James, un poco molesto, y pensando que no debería haberle hecho un cumplido tan tonto.

—No se parece usted en nada a su tío.

—No, he salido a la línea materna.

—El pelo castaño claro y los ojos casi negros... No es muy corriente.

—Mi madre era americana.

—¿Ah sí? Hábleme de su madre.

Aunque Leonora lo dijo en un tono que pareció totalmente sincero, James se sintió un tanto embarazado por el sesgo que tomaba la conversación. Por afable que ella se mostrase, no dejaba él de percatarse de que no había que interpretarlo como que a Leonora le apeteciese pasarse toda la santa tarde oyéndole hablar de su madre.

Por si cupiese duda alguna —como si le hubiese leído el pensamiento—, Leonora cambió de tema de una manera casi imperceptible y, al decirle la mujer que quizá tuviese ya apetito, él asintió casi sin advertirlo.

—Voy a ver qué tengo en casa.

—Oh, pero no se moleste... —dijo James—. No va a tener nada preparado —añadió sin mucho tacto.

—Siempre se tiene *algo*... latas, sobres, huevos, y alguna que otra cosilla más en el frigorífico.

—Debe de recibir muchas visitas.

—Sí, claro.

—De modo que no le debe de importar vivir sola, ¿no?

—No... De lo contrario, no viviría sola.

No le cupo duda a James de que así debía de ser. No había en Leonora nada patético, y él era aún demasiado joven para dar por sentado que una mujer que vive sola es siempre digna de conmiseración.

—¿Qué tal son sus vecinos? —preguntó.

—De este lado tengo a un joven matrimonio y del otro a mi amiga Liz.

—De manera que siempre podrían echarle una mano si estuviese enferma —comentó él, congratulándose.

—Sí, claro. ¿Cómo se las arregla usted cuando está enfermo?

—En el piso de abajo vive un alma caritativa que se desvive por mí.

A Leonora no acabó de hacerle mucha gracia la respuesta, pero no hizo ningún comentario. Había dispuesto ya algo para cenar: paté, ensalada y una tortilla, sobre una mesita redonda, en la cocina, y James comía ya a dos carrillos.

—Detesto esas cocinas modernas con aspecto tan aséptico —dijo ella, al comentar lo alegre que era la suya—. Hice poner este papel rojo para que parezca más cálida y acogedora.

Después del café, James se levantó, disponiéndose a marcharse.

—Ha sido muy agradable —dijo de corazón.

Leonora era sumamente cordial, pese a que él no estaba muy seguro de saber estar

a su altura.

—Podría venir un día a mi apartamento y aconsejarme un poco para mejorarlo.

—Me encantaría. Sobre todo, aconsejarle a usted.

Estaban ya en el primer escalón de la entrada cuando se oyó un estridente maullido.

—Es que mi vecina Liz cría gatos siameses —dijo Leonora—. Tenía que haberle prevenido.

—Qué coincidencia... *Mi* vecina también tiene un gato siamés.

—Un encanto —dijo ella, en ese tono que emplean las personas a quienes sólo les gustan los animales de lejos.

De nuevo sola, se compadeció, como tantas veces, de la pobre Liz, cuyo esposo «había tenido un comportamiento tan pasmoso» que ahora quería ella más a los gatos que a las personas.

Otro ruido perturbó el silencio de la noche —hombres que alborotaban—, pero no había que alarmarse, porque era la radio de Miss Foxe, que vivía en el último piso. La ponía demasiado alta, mas Leonora prefería aquel violento estrépito que el programa religioso que, con sus bien moduladas voces cantando himnos y los clérigos entonando plegarias, siempre la hacían sentirse culpable. Pero *ella* no tenía ninguna culpa de que Miss Foxe estuviese ya en la casa cuando fue a vivir allí, ni de que fuese una persona refinada y de alta cuna, obligada a vivir con estrechez por las circunstancias. Lo único que ocurría es que a uno no le gusta que personas como Miss Foxe se entrometan en su vida. De manera que era lógico que no le hubiese hablado a James de ella cuando él le preguntó por sus vecinos.

IV

Al acercarse la Navidad, Leonora empezó a preguntarse si Humphrey y James — sobre todo este último— tendrían algún gesto. Quizá le enviaran alguna felicitación navideña, posiblemente como las que vendían en la tienda. Era lo menos que podían hacer, aunque quizá optasen por algo más personal, que, a ojos de Leonora, sería de lo más natural. Y, efectivamente, recibió una felicitación de James, con una ilustración que representaba a una Virgen española, evidentemente elegida con sumo cuidado, y firmada simplemente «James». Luego llegó la de Humphrey; un Victoriano paisaje nevado, con las señas de la tienda y las suyas particulares impresas, aunque tachando «Humphrey Boyce» y firmando a mano «Humphrey».

Dos días antes de Navidad, le llegó un paquete certificado que contenía un pisapapeles, posiblemente el mismo que ella había admirado en la tienda aquella tarde. Se lo enviaba Humphrey. Quedaba la mar de bien en su escritorio de abajo, en la sala de estar. Pero fue la felicitación de James lo que colocó en su mesilla de noche.

El día de Navidad transcurrió de esa manera, un tanto misteriosa, en que suelen transcurrir los días de Navidad para la gente de mediana edad sin hijos pequeños. Leonora suponía que James debía de estar pasando las vacaciones esquiendo en Austria con unos amigos, aunque ignoraba cómo iba a pasarlas Humphrey y no sentía especial curiosidad por ello. En cuanto a ella, lo pasó haciéndole compañía a Liz e invitándola a una refinada cena, que Liz apenas apreció, tan absorbida por sus gatos que se había levantado de la mesa continuamente para ir a ver si les gustaba el hígado de pavo que les había dado.

Fue un alivio volver a la vida normal y dejar atrás la Nochebuena y la melancolía que conlleva. Los días empezaron a alargarse y luego asomaron los primeros síntomas de la primavera. En el ínterin, se había reanudado la vida social, que para Leonora significaba su «nueva» vida social con Humphrey y James. Asistieron a subastas, a exposiciones, al teatro, al ballet, a la ópera, y a almuerzos y a cenas, en el apartamento de Humphrey o en casa de Leonora. Después Humphrey pasó un par de semanas en el extranjero por asuntos de negocios y, al regresar, descubrió que James y Leonora se habían estado viendo casi cada día y que se había trabado entre ellos una relación curiosamente íntima. Humphrey pensaba que Leonora debía de verlo como a un hijo y, como James había perdido a su madre no hacía mucho, todo parecía bastante natural. Aunque, por otro lado, era como si Leonora, al dirigir su atención hacia el joven sobrino en lugar de hacia el tío, viudo y buen partido, diese de nuevo muestras del ramalazo de caprichosa obstinación que la impulsó a pujar por su cuenta en la sala de subastas. Cualquiera día de éstos, se decía Humphrey, se cansaría del cantarito nuevo que representaba la juventud de James y se decantaría por las cualidades más duraderas —virtudes, prácticamente— de un hombre que era casi de su edad, alto, que había sabido conservar la línea y cuya incipiente calva era

sumamente distinguida.

James veía a Leonora más como una amiga a quien confiarse que como a una madre, la veía como a alguien a quien podía revelar sus esperanzas y ambiciones, sin quitar ni poner, y todo lo que llenaba su vida cotidiana. No podía contárselo exactamente todo, claro está, y ella se complacía en gastarle bromas sobre las fiestas a las que él iba y sobre la clase de personas que debía de conocer en ellas, en su «vida secreta», como ella la llamaba, como si bromear acerca de ello equivaliese a garantizarse su fidelidad. «Tenemos que encontrarte una novia bien bonita», le decía a veces, casi como si lo dijese en serio.

Una noche, mientras Leonora estaba sentada junto al fuego leyendo una novela de Elizabeth Bowen, sonó el timbre de la puerta. Sabía que no podía ser James, porque él le había dicho que iba a una fiesta aquella noche, aunque no le apetecía. La reconfortaba la certidumbre de que, de haberle insinuado que se iba a sentir sola, él se hubiese quedado con ella. Pero, por supuesto, lo apremió a que fuese, diciéndole que estaba segura de que se encontraría a gusto una vez allí, tal como hubiese podido decírselo a un hijo. Lo que no significa que deseara que se lo pasase demasiado bien, idea ésta que hacía que se sintiese tan a gusto, sentada allí con su libro, mirando de vez en cuando al fuego. De manera que le fastidió que la interrumpiesen y fue a abrir de mal talante.

Era Meg. Y parecía muy nerviosa.

—¿Sabes dónde está Colin? —le preguntó casi llorosa—. Lo estoy buscando por todas partes por si...

—¿Y por qué voy a saber yo dónde está Colin? —exclamó Leonora con frialdad, haciendo entrar a Meg—. Mejor será que pases a calentarte un poco y que te tomes una copa, o lo que quieras.

Meg la siguió de buen grado hasta la chimenea y se sentó en una silla junto al fuego. Leonora le quitó el chaquetón de piel de cordero, sosteniéndolo lo más lejos de sí que pudo, como si fuese el pellejo de un animal de dudosa higiene, y fue a colgarlo en el recibidor. Meg estaba hecha una facha, pensó Leonora sin la menor malicia; con un suéter negro lleno de polvo y unos abombados pantalones verdes de pana; el pelo desgredado y la cara roja, hinchada y llena de churretes de tanto llorar. Leonora evitó su mirada al tenderle un vaso de whisky. ¿Cómo podía dejar que la vieses en ese estado?

—Estás horrible —le dijo—. ¿Qué ha pasado?

Se lo contó a trompicones. Al parecer, Colin no había ido a verla por Navidad, ni siquiera había ido a recoger su regalo y, al telefonearle ella, él se mostró frío y evasivo. De eso hacía varias semanas y, desde entonces, no había vuelto a saber una palabra de él. No contestaba al teléfono ni a la puerta y había ignorado dos cartas que ella le había enviado.

—Supongo que ha debido de ir a alguna parte con su amigo —dijo Leonora, tratando de confortarla.

Leonora suponía que se trataría de Harold, pero no concretó, por si acaso habían cambiado las cosas desde entonces.

—Sí, *podría* estar con Harold y con su madre en Gidea Park —admitió Meg dubitativa.

Leonora trató de no sonreír ante la idea de que pudiese estar en «Gidea Park», que vete tú a saber dónde estaría.

—Pero la madre de Harold no contesta al teléfono, de manera que no sé qué hacer.

—¿Y no había ocurrido nunca? —preguntó Leonora delicadamente.

—Sí, pero nunca *tanto tiempo*. Me preocupa que le haya pasado algo. Aunque Harold es muy celoso; eso ya me lo sé yo.

—Yo no me preocuparía —dijo Leonora—. ¿Sabes lo que te digo? Que te desvives demasiado por Colin.

—Sólo lo tengo a él —exclamó Meg con la voz quebrada.

Leonora desvió la mirada con expresión de fastidio. Como si lo viera: ahora empezaría a decirle que siempre había querido tener un hijo. Y eso es exactamente lo que le dijo a continuación.

Lamentó haberle servido un whisky. Un café bien fuerte, aunque latoso de preparar, quizá le hubiese sentado mejor.

—Colin es muy egoísta —dijo Leonora, con cierta suficiencia, pensando acaso en James, pese a que no hubiese entre ambos hombres el menor punto de comparación—. Dará señales de vida en cuanto te necesite.

El demacrado rostro de Meg resplandeció por un instante.

—¿De verdad lo crees? —dijo con animación—. Eso espero. Pero se pasa tan mal, con esta incertidumbre...

Como parecía que iba a romper a llorar de nuevo, Leonora trató de cambiar de tema o, por lo menos, de darle otro sesgo.

—¿Y por qué no vas a la peluquería mañana mismo? —le sugirió—. Así estarás elegante cuando aparezca.

Meg sonrió, posiblemente no haciéndose a la idea de que ella pudiese estar «elegante», y se tocó el pelo.

—Sí que tendría que ir. Ya sé que voy hecha un desastre, pero Colin no se fija en esas cosas. Tengo una botella de *riesling* yugoslavo en el frigorífico —añadió—; es su vino preferido.

Por lo menos no tenía gustos caros, pensó Leonora.

—Podemos almorzar juntas un día de éstos —le dijo—. Estoy segura de que pronto todo se arreglará. ¿Me llamas?

Meg prometió llamarla y se marchó aparentemente confortada. Leonora se quedó con la sensación de haber obrado bien, una sensación que rara vez solía tener pero que le gustaba. Volvió a concentrarse en su libro, pero ya se le habían pasado las ganas de leer. Le resultaba más agradable reflexionar sobre el horroroso aspecto de

Meg y compadecerla por su desdichada situación.

La velada fue para James mejor de lo que él esperaba, aunque había empezado de una manera poco prometedora. Nada más entrar, abriéndose paso entre un montón de gente, se encontró frente a una mesa sobre la que había varias copas de vino. Después de coger una y de beberse la mitad con incontinente rapidez, se encontró, al alzar la vista, con que una chica lo miraba con una insistencia que le hizo sentirse incómodo. Él le sonrió, porque era obvio que ninguno de los dos tenía a nadie más con quien hablar. Y, dado que la copa de la joven estaba vacía y había a mano una botella que no parecía ser de nadie, aprovechó la oportunidad de acercársele a llenársela. Como la animación era considerable, resultaba difícil conversar y no acabó de entender cuál fue el primer comentario que ella hizo.

—Me dedico a las antigüedades —dijo al tuntún, aventurando que, probablemente, ella le había preguntado a qué se dedicaba, aunque, de no ser así, era una aceptable manera de iniciar una conversación.

La chica era más bien alta y no muy risueña. Le pareció entender que se llamaba Phoebe y que acababa de licenciarse en Filología Inglesa en una universidad cuyo nombre no captó. La timidez de la joven lo desconcertó, aunque, por otro lado, le pareció menos temible que otras jóvenes más bonitas que siempre hacían que se sintiese incómodo y desplazado. ¿Qué esperaban de él sus burlones ojos, que centelleaban entre las postizas pestañas? Phoebe tenía los ojos marrones —y mirada de setter— y no cabía duda de que esperaban algo, aunque ya no estuviese tan claro qué era lo que esperaban.

Phoebe no acababa de entender que James estuviese hablando con ella habiendo tantas chicas, mucho más atractivas, en la casa. Y, al poco, reparó en que habían quedado atrapados en un rincón y en que él no podía despegársele aunque quisiera. Esto la deprimió y trató de hablar, apartando la cara de él y mirando en derredor con expresión taciturna.

James se preguntó si habría dicho él algo que la molestase o disgustase, pero no sabía qué. Le resultaba extrañamente atractiva y estaba interesado en saber más de ella. De manera que se atrevió a sugerirle dejar la fiesta y salir a cenar juntos. Recordaba haber leído en un suplemento dominical que se había inaugurado otra «taverna» griega, y fue precisamente a allí, un sótano decorado con hojas de parra artificiales e iluminado con velas, adonde fueron. Sentado allí, en un silencio poco prometedor, James se percató de que quizá hubiese sido mejor haberse quedado un poco más en la fiesta y salir algo entonados.

La botella de vino hizo las cosas más fáciles y, en cuanto les sirvieron la cena, Phoebe empezó a comer a dos carrillos con evidente buen apetito, reconociendo, un tanto sorprendentemente, que no había probado bocado desde por la mañana.

James, que pertenecía aún al mundo de las comidas regulares y a sus horas, se

preguntó por qué.

—Estoy trabajando fuera —dijo ella— y no acabo de organizarme.

James le preguntó qué clase de trabajo hacía y ella le explicó que había visto un anuncio en el *Times* solicitando licenciado/a para preparar una edición de un «legado literario».

—¿De alguien famoso? —preguntó James.

—No. Se trata de la hija, ya fallecida, de unos acomodados provincianos. Escribió poemas y un diario, y sus padres quieren que un editor publique un pequeño volumen, pagando ellos la edición.

—¿Y es interesante? —dijo James.

—No mucho. Estaba enamorada de un hombre... Ya sabe.

—Claro —dijo James un poco cortado—. ¿Y es un pueblo bonito?

—No está mal. Pero tanto verde, y tantos árboles... agobia. Y está lleno de gente mayor que anda todo el día de visiteo.

Pensar en un pueblo hizo que James se hiciese una idea exageradamente romántica. Imaginó un recoleto y remoto paraje, hasta que Phoebe le concretó que estaba muy bien comunicado con Londres, tanto por tren como por los autocares de la *Green Line*.

James estuvo a punto de decir que iría un día a verla, pero su innata prudencia se lo impidió. Sabía de sobras que, luego, podía no apetecerle llegarse hasta un pueblo en pleno invierno, pero, como le pareció que Phoebe le daba pie, le insinuó que podían quedar en verse de nuevo. Le dio el número de teléfono de la tienda, aunque no el de su apartamento. Nunca se sabía. Y, por la misma razón, no la besó al despedirse, aunque sí se ofreció a acompañarla a su casa. Pero ella rechazó su ofrecimiento expeditivamente, diciéndole que iba a dormir a casa de una amiga que vivía en West Hampstead, y se marchó sola a pie, en plena oscuridad, dejándolo con la sensación de no haberse portado con excesiva caballerosidad. Pese a todo, le pareció haberle caído bien a la joven, y decidió guardar para sí todo lo relativo a aquel encuentro, como algo íntimo que ni Leonora ni su tío tenían por qué saber.

V

Humphrey y Leonora habían almorzado juntos y, como hacía una tarde espléndida, él le propuso dar un paseo en coche por las afueras.

—Y no me va a remorder la conciencia, ni tanto así, por dejar que Miss Caton se las componga con los clientes, al contrario —dijo—. ¿Cómo se puede trabajar en una tarde como ésta?

—¿Y James? —preguntó Leonora—. ¿No va a ir a la tienda tampoco?

—No. Lo he enviado a que eche un vistazo a tiendas de antigüedades de unos pueblos cercanos. Es una buena experiencia para él ver otras tiendas.

—Supongo que irá de incógnito —dijo Leonora afablemente—; o, por lo menos, bien disfrazado.

—Tanto como eso... Todavía no lo conoce nadie en la profesión.

Confiaba en no tenerse que pasar todo el rato hablando de James. Porque había elegido precisamente aquella tarde para estar con Leonora a solas. Le parecía mucho más lógico que Leonora le dedicase su tiempo a él y no a James. Al detenerse ante el semáforo, se inclinó hacia ella y, cuando ya iba a tocarla, se puso verde y tuvo que seguir conduciendo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Leonora, apartándose apenas un milímetro—. ¿A algún interesante y remoto paraje?

—No, nada de remoto —dijo Humphrey—, pero interesante sí. En cierto modo... Es un lugar que dijo no conocer.

—O sea, casi todos —dijo Leonora en son de broma—. Surbiton, Slough, o cualquiera de esas ciudades-dormitorio.

—Bueno, supongo que allí donde vamos la gente podrá dormir, y probablemente lo haga. Pero no le voy a decir adónde vamos hasta que estemos allí.

Leonora se recostó en el asiento con expectante placidez. El coche de Humphrey era muy cómodo y el excelente almuerzo la había dejado un poco somnolienta, pero no era cuestión de dormirse. No iba a quedarse allí como un ceporro...

De pronto —¿se habría quedado traspuesta?— el coche giró y se internaron en una arboleda.

Humphrey la miró de reojo para ver su reacción. De vez en cuando, durante el almuerzo, Humphrey había sonreído para sus adentros imaginando cómo le iba a gustar a Leonora Virginia Water, y sus admirativas exclamaciones al ver los árboles, el agua y las ruinas.

—¡Qué bonito! —exclamó Leonora, juntando las manos con complacido ademán—. Qué tranquilo y apacible.

—Sí, aunque los fines de semana aquí no hay quien venga; se convierte en un sitio vulgar con tanta gente. Pero entre semana, en un día laborable...

El engolado tono con que lo dijo Humphrey resonó entre las jóvenes hayas.

—Día *laborable* —repitió Leonora con sorna, pensando en el pomposo talante de Humphrey, y en cuánto más agradable habría sido ver aquel romántico paraje en compañía de James—. Un templete entrevisto en lontananza (acaso un templo en ruinas), entre las frondas, junto al quieto lago —añadió musitando—. Pues sí: es de los lugares que más me han gustado.

Ah, mi querida Leonora, pensó Humphrey, tan sensible e inexperta. Se preguntaba cuántas veces habría visto lugares como aquél para llegar a la conclusión de que era uno de los que más le gustaban. De pronto —supuso que debió de ser el contraste lo que le hizo pensar en ello— recordó a su difunta esposa con su uniforme de protección civil durante la guerra, paseando con él por aquella misma arboleda.

Fueron caminando, y Leonora se deshizo en admirativos comentarios sobre el paisaje, hasta que llegaron junto a un totémico poste que destruía el apacible encanto del paisaje.

Qué odioso símbolo fálico, pensó Leonora, aunque absteniéndose de todo comentario y acelerando el paso con la cabeza gacha. Un grupo se arracimaba en derredor del poste, gritando y profiriendo exclamaciones; un hombre con dos niños pequeños, acompañados por su madre y quien parecía ser la abuela, todos con chaquetas de punto blancas y el floreado estampado de sus vestidos asomando por debajo. ¿Cómo se las arreglaba la gente para tener tiempo libre entre semana?, se preguntaba Leonora.

—Deben de estar de vacaciones, supongo —musitó al pasar frente a ellos.

Se sentía ya un poco cansada y pensó que quizá podían sentarse un poco, pero, al sugerirlo, Humphrey dijo que seguramente la hierba estaría mojada, tras la lluvia de la noche anterior, y que era mejor ir a algún sitio con el coche a tomar el té.

Quizá no estuviese tan mojado en las profundidades del bosque, se lamentó Humphrey para sus adentros, imaginándose echado con Leonora sobre un lecho de agujas de pino. Pero en seguida desechó tales pensamientos, que le parecieron tan ilusorios como cómicos. Una escena de seducción, con bosque de por medio, entre dos protagonistas granaditos podía acabar en desastre.

—Té —dijo él decidido, contemplando la atezada belleza de Leonora con un fondo de blusitas floreadas y de tortas caseras.

Recordaba que, sentados ya en el café, le había dicho que allí era donde él y Chloe solían verse algunas veces.

—Su esposa, ¿no? —dijo ella, utilizando un tono reverente para ocultar su tedio.

A Leonora le pareció una pequeña falta de tacto que le hablase de otra mujer, por más tiempo que llevase muerta, mientras estaba con ella.

—Es que aquí sirven un té como los de antes —dijo él animadamente—. Ya sabe lo obsesionados que estábamos, en todo lo relacionado con la comida, durante la guerra.

—Ah, la *guerra* —suspiró Leonora, recordando su «secreta misión» allá en el sur

de Inglaterra, antes de la invasión de Normandía.

Había sido en primavera —camelias, azaleas y rododendros—; más de uno de aquellos altos oficiales provisionales había tratado de ligársela, e incluso le habían hecho proposiciones honorables en aquellos exuberantes y floridos parajes. Ah, la de buenos matrimonios que pudo haber hecho; matrimonios brillantes... Claro que, por entonces, James sólo debía de tener cuatro o cinco años, allí en América con su madre, durante los primeros años de su formación.

—Y James no era más que un crío, entonces —dijo en voz alta—, ¿eh?

—Claro, James era muy pequeño —asintió Humphrey, desentendido del tema—. Estaba con su madre en los Estados Unidos. Y a su padre lo mataron en la guerra, ya sabe.

—Y luego muere su madre —dijo ella, quedamente, al corriente por supuesto de lo de su padre.

—Sí, pero eso fue mucho después. Esta tarta de dátiles y castañas está buenísima —dijo Humphrey, confiando en que Leonora cambiase de tema—. ¿No quiere probarla?

Leonora negó con la cabeza. La triste vida de James le había quitado el apetito. Cómo iba a comer una pensando en cosas así. El pobre muchacho... Si por lo menos su madre *no hubiese* muerto...

—La verdad es que estoy pasando una tarde deliciosa —dijo Leonora, considerándose un poco obligada con Humphrey.

De todas maneras, James cenaba con ella por la noche, así que podía permitirse ser un poco generosa.

James fue hacia el pueblo con cierta cautela, observando primero, desde lejos, qué aspecto tenían los alrededores. Desde luego era absurdo imaginar que pudiese dar uno con algo de valor en una venta de saldos de pueblo, pero nunca se sabía, y merecía la pena probar. Por lo menos sería más interesante que visitar a anticuarios de provincias, «ver otras tiendas», como le había dicho Humphrey, porque era el pueblo donde estaba viviendo Phoebe y se proponía visitarla. Pues, aunque se habían despedido con cierta sequedad, ella había tenido buen cuidado en darle sus señas, casi como Eva ofreciéndole la manzana a Adán.

El primer lote ya se había terminado al entrar James en la sala, después de pagar la entrada y, como forastero, se percató de que llamaba la atención. Era natural que lo mirasen, y se dijo que tenía que haber recurrido a alguna clase de camuflaje para que sus facciones no quedasen tan expuestas a la curiosidad pública. Pero, de haberse puesto un sombrero de paja y gafas oscuras, habría llamado más la atención, ¿no? Desde luego el hecho de ser hombre atraía aún más las miradas hacia él, pues había una mayoría de mujeres, casi todas fachosas, gordas y entradas en años. No era un lugar en el que fuese muy habitual ver a hombres, salvo curas, aunque en aquellos

momentos no había ninguno; sólo un grupo de *boys-scouts*.

Con todo, era obvio que aquél era uno de esos lugares donde uno consigue una ganga, pensó James, acercándose a una mesa de caballete sobre la que había mucha quincalla junto a algunas cositas de porcelana. Lo primero que le llamó la atención fueron unos saleros —uno para pimienta— en forma de gatos, con los agujeritos de rigor en la cabeza, que estaban en un estante.

—Son bonitos —dijo la mujer que estaba detrás del mostrador, aunque sin demasiada convicción y, desde luego, sin esperar que James lo comprase.

—No es exactamente lo que busco —dijo él, desviando la mirada hacia otras horrorosas baratijas.

¿Llegarían tiempos en que incluso esa clase de baratijas sería pasto de coleccionistas?, se preguntaba. Puede que hasta mereciese la pena establecerse por su cuenta con un «supermercado» de antigüedades. Sería divertido, aunque a su tío no le iba a gustar.

Era evidente que allí no había nada que pudiera interesarle a su tío, pero, por pura cortesía, compró un castillito de porcelana, algo desportillado, sin reparar en que no tenía por qué comprar por simple cortesía en una venta de saldos en la que había que pagar para entrar. Se dijo que quizá lo mejor fuese preguntar dónde estaba el Vine Cottage —estaba seguro de que las dependientas habrían estado encantadas en decirle dónde estaba la casa—, pero no se decidió. Luego, cuando después de dar varias vueltas lo encontró, se quedó sentado en el interior del coche, que estacionó en la calle, antes de bajar y llamar.

La joven alta y delgada que salió a abrirle con tejanos le pareció una desconocida, y apenas la reconoció como Phoebe, aunque recordaba su pelo parduzco recogido por detrás con una cinta. Pero ¿era aquel rostro tan paliducho y natural el que tanto le había intrigado a la luz de las velas del restaurante?

También ella pareció decepcionada, como si no lo viese a la altura de lo que esperaba, fuese lo que fuese.

—De manera que ésta es la casa —dijo él, mirando en derredor de la pequeña estancia, cuyas ventanas, muy pequeñas, la hacían un tanto lóbrega.

—Faltan muebles —dijo ella—. No hay más que las pocas cosas que he comprado yo.

James no acertaba a ver qué es lo que había.

—Esta lámpara, por ejemplo —dijo ella algo nerviosa.

Él miró la botella de vino convertida en lámpara como si sobrase todo comentario.

—Podría conseguir fácilmente algunas cosillas... Por aquí se venden muchos saldos —dijo él.

—Sí, pero se arriesga una a aparecer con un estuche de pájaros disecados.

—Pero son muy bonitos —replicó él, ligeramente a la defensiva—. Todo lo de la época victoriana sigue muy buscado.

Se produjo un silencio tras este comentario un tanto esnob. Quizá porque tuvo la sensación de que a él no le parecía tan deseable como un estuche de pájaros disecados, Phoebe insistió reiteradamente en ofrecerle café o una copa, pero él rechazó ambas cosas.

—¿Quiere ver el jardín? —le preguntó ella al fin.

Salieron al jardín, excesivamente dejado a su aire. James se fijó en la parra que cubría la parte trasera del cottage.

—Sí, supongo que por eso se llama Vine Cottage. Es bonito ese color gris mate de las hojas.

—Ya lo creo... ¿Conoce aquel poema del rojo que se vuelve gris?

—No —dijo ella con cierta brusquedad, contrariada al pensar que, probablemente, debía conocerlo.

—Es de Browning. Aunque no está muy de moda.

James iba a citar unos versos, pero, al recordar que era uno de los poemas favoritos de Leonora a través de quien lo había conocido, un espontáneo gesto de delicadeza lo contuvo.

—¿Qué tal se le da la jardinería? —preguntó ella.

—Mal —repuso él, temiéndose que lo pusiese a destripar terrones—, pero a mi madre se le daba de maravilla.

Sin duda su madre habría muerto, pensó Phoebe, lo que le daba a él una injusta ventaja sobre ella, que tenía una madre que vivía nada menos que en Putney.

No se entretuvieron mucho paseando por el jardín, y volvieron a entrar en el cottage.

—No ha visto mi dormitorio —dijo Phoebe, subiendo ya por los empinados y estrechos escalones.

En el pequeño dormitorio, que tenía el techo inclinado y las paredes adornadas con hojas de wistaria, James le pasó el brazo por los hombros, diciéndose que era un poco demasiado alta para él. La besó y, tras unos musitados arrumacos, todo sucedió tan deprisa que, después, no supo precisar quién había tomado la iniciativa. Desde luego James no había tenido intención de llegar tan lejos, pero ella iba lanzada. Se había «abalanzado sobre él», como diría la gente mayor, como Leonora, por supuesto. Al pensar en Leonora su rostro se ensombreció ligeramente. Se apartó un poco de Phoebe y observó el montón de libros que había en el suelo, junto a la cama. ¡Qué desordenada era! Tendría que traerle una librería o una mesa; una, por ejemplo, que poseía él y que le iría de perilla.

Phoebe, al notar que él se distanciaba, se incorporó un poco y, apoyada en el codo, miró hacia la ventana.

—¿Qué sucede? —preguntó James—. ¿Viene alguien? —añadió incorporándose a su vez, nervioso.

Por un instante imaginó a su tío entrando en el dormitorio: «Pero, James, muchacho...».

—No, era el ama del vicario. A comprar pescado para la cena, como si lo viera. Ya ha pasado de largo. ¿Qué miras?

—Por esta ventana entran ramas por todas partes... ¿No podrías hacer que alguien las cortara? No es sano —dijo con cierta suficiencia—. Pueden entrar bichos mientras duermes.

—Uy, aquí no puede esperar una que vengan a hacerle nada. Supongo que pensarás que tengo la habitación muy desordenada.

—Podrías encontrarles un sitio a esos libros, mujer. Quizá podría prestarte algunas cosillas.

—¿Tú?

—Sí. Se me acaba el contrato del piso y tendré que guardar algunas cosas hasta que regrese de un viaje al extranjero que tengo que hacer por el negocio de mi tío.

—¿Y qué muebles podrías prestarme?

—Pues una mesilla de noche, una sillita de estilo Victoriano tapizada de terciopelo verde oliva... Me parece que te gustará.

—No es que me pirre por el estilo Victoriano, pero bueno.

—Y tengo un espejo con cupidos, de madera noble... bonito.

Quizá no tenía que haberle hablado del espejo, pensó James, porque a Leonora le gustaba muchísimo.

—Debería irme ya —dijo.

—Supongo que tienes una cita esta noche.

—Sí, en cierto modo —repuso él, porque cenar con Leonora no lo consideraba exactamente como una cita.

—¿Te hago té?

—Mira, sí. Pero no crees que deberías... —repuso, pensando en que iba medio desnuda—. Podría venir alguien.

—Uy, ya lo creo. En este pueblo son adictos al visiteo. Está visto que no consigo que esta sábana parezca un *shari* —dijo Phoebe, volviendo a embutirse en los tejanos y poniéndose una arrugada blusa de algodón—. ¿Mejor así? Total, para preparar el té ya estoy bien —añadió algo enfurruñada, al ver que él no parecía muy convencido.

La chica fue escaleras abajo descalza, y James aguardó, un poco inquieto, en la salita. Empezó a temer haberse comportado con imprudencia. ¿Por qué se había dejado enrollar de aquella manera con Phoebe? ¿Y qué podía significar «enrollarse»? ¿No iría a sentirse obligado de ninguna manera con una chica que, como quien dice, se le había echado encima?

—¿Volverás otro día? —le preguntó ella abiertamente—. ¿O me invitarás alguna vez a tu apartamento?

—Sí, eso haremos. Podríamos cenar juntos. Te llamaré.

—¡Así podré ver los muebles! —exclamó ella riendo—. Me estoy volviendo muy práctica. ¿Te acompaño al coche?

—No vas a salir descalza.

—Bueno. Entonces nos despedimos aquí. ¿Qué hemos hecho, James?

Eso me gustaría saber a mí, se dijo él mientras enfilaba hacia Londres. Confiaba en no encontrar caravana, porque Leonora estaba acostumbrada a que fuese puntual. Detestaba que llegase tarde. Eso era lo peor de relacionarse con una mujer mayor que uno, aunque «peor» era una palabra totalmente inadecuada para utilizarla respecto de una persona tan encantadora como Leonora.

VI

Cerca de donde vivía Leonora había un pequeño parque, donde ella le había pedido a James que se encontrasen para dar un paseo antes de cenar. Él había accedido sin excesivo entusiasmo; estaba cansadísimo, después de la paliza que se había dado en el pueblo, y habría preferido dejarse caer en una silla con una copa en lugar de patearse el deprimente parque con sus relamidos setos, y la ceñuda efigie — una especie de Peter Pan desportillado— que había en un extremo, y los árboles y la polvorienta hierba en el otro. ¿No tendría algo de pose que Leonora lo encontrase tan «agradable» y la efigie tan «atractiva»?

—Llegaste *ya*, querido... con un poquito de retraso. ¿Encontraste caravana o algún embotellamiento? Es que a estas horas...

James se inclinó a besarla. Aspiró un leve aroma a heliotropo, procedente de *L'Heure bleu*, que era el perfume preferido de Leonora. Se preguntaba si notaría ella algo distinto en su talante; una tenue fragancia en su persona, procedente de Phoebe, podía despertar sus sospechas. Pero entonces cayó en que Phoebe no usaba perfume y en que, además, él se había cambiado y se había bañado. Sus barruntos resultaban tan anacrónicos y ridículos como una novela de los años treinta.

—Sí había mucho tráfico, sí.

Se lo dijo con cierto sentimiento de culpabilidad, tratando de recordar lo que había hecho después de dejar a Phoebe. Había ido derecho a casa a arreglarse un poco para verse con Leonora, se dijo, tiñendo con un ligero cinismo su sentido de la honestidad. Ni siquiera había tenido tiempo de tomar una copa.

—Te sienta maravillosamente ese color —dijo, separándose un poco de ella para admirar el vestido color amatista que llevaba—. Tiene cierto toque otoñal.

—¿Quieres decir que parezco vieja? ¿Que estoy en el otoño de la vida?

—¡Qué voy a querer decir eso! Y, además, el otoño es una estación mucho más agradable que la primavera o el verano, mucho más *agradable* —dijo sonriendo, al utilizar a propósito su palabra favorita.

—¿Ha resultado bien tu visita a los anticuarios de los pueblos? —le preguntó Leonora mirándolo afectuosamente.

—Sí, bastante. Incluso pude haber comprado algo. Pero me interesaba sólo ver precios; y luego pasé por un pueblo donde organizan una de esas ventas de saldos, y fui a ella —dijo James, sin añadir más, temeroso de dar demasiadas explicaciones.

—¿Y encontraste algún preciado tesoro?

—Sólo un castillito de porcelana y, además, desportillado.

Algo así como Phoebe. Y Leonora, ¿a qué se parecía? ¿A una pieza de porcelana de Meissen sin tara? Sería divertido comparar a las amistades con antiguallas.

—No creo que a Humphrey le entusiasme mucho *eso* —dijo Leonora—. Estoy segura de que no espera que vayas a esas ventas de saldos, cariño.

—Ya lo sé. Entré por casualidad. Pero puedes estar segura de que, de haber ido él,

encuentra algo especial. Tiene más ojo que yo —añadió James con cierto desconsuelo.

—No es justo que digas eso. Por algo fuisteis los dos quienes me echasteis el ojo, ¿no?

—Sí, claro, aquel día en Sotheby's. ¿Y qué tal tu excursión con Humphrey esta tarde?

—¡Deliciosa! Hemos ido a Virginia Water. La arboleda, y las ruinas, tan antiguas; va mucho *conmigo*.

—Lo que me gustaría es pasear por uno de esos jardines de verdad bonitos —dijo James suspirando.

—Un *giardino* o *jardín*... el de la Estufa Fria de Lisboa, por ejemplo —dijo Leonora sonriendo—. Ah, aquel cómico profesor... ¿No te lo he contado?

Leonora había tenido experiencias románticas prácticamente en todos los jardines famosos de Europa, empezando por el Grossen Garten de Dresde, donde, siendo una colegiala, antes de la guerra, había conocido a un príncipe ruso. Pero tales encuentros no habían conducido a nada. Se había quedado soltera y casi se podría decir que virgen. Entre todos aquellos parques y aquel pequeño y polvoriento parque por el que entonces paseaban mediaba un abismo.

—Ah, y el de Isola Bella... con aquel árbol de enormes hojas... el *Elefantenobren*... —dijo riendo a carcajadas, al recordar algo que James no podía compartir.

—¿No crees que ya hemos paseado bastante por hoy? —dijo él, alzando la vista hacia los vulgares árboles en derredor—. Está oscureciendo... He oído un pito y parece que están a punto de cerrar. No vayamos a quedarnos encerrados.

—No te preocupes, el guardia es un encanto de hombre; más de una vez me ha abierto a mí. No hay por qué correr.

Pese a ello, James tuvo la sensación de que al buen hombre no iba a hacerle demasiada gracia tenerles que abrir. Debía de ser un «encanto», pero sólo con Leonora.

—Qué bonita es tu casa —dijo James, ya en las proximidades.

—Sí, ¿verdad? Y, ¿sabes?, creo que pronto podré comprarla. Así será *realmente* mía y podré hacer lo que quiera con ella.

—¿Y piensas comprarla con Miss Foxe incluida?

—Sí, pero sin desesperar de poderme deshacer de *ella* pronto.

Leonora lo dijo en un tono tan enérgico que James la miró sobresaltado.

—Ahí la tienes —susurró ella con aspereza, al trasponer la puerta de la entrada.

James vio a una mujer de pelo blanco, de frágil aspecto y de unos setenta años, que llevaba un vestido gris y un collar de lo que parecían perlas auténticas, subiendo trabajosamente por las escaleras cargada con una lata de petróleo.

—Permítame que se la suba —dijo James, corriendo hacia ella.

—Oh, qué amable. Pesa más de lo que pensaba —dijo la mujer, con una voz de

persona educada, aunque algo aflautada.

—Pesa demasiado para usted —dijo James, en tono galante.

Y, luego, le dijo a Leonora que no estaba la mujer para esos trotes.

—Ah, cariño, es que tú eres muy considerado. Por eso te haces querer tanto —dijo Leonora con frialdad—. Pero, ¡la que organiza! Una lata de apenas diez litros no puede pesar tanto. Y, además, ¿para qué quiere el petróleo en esta época del año?

—Bueno, supongo que le resulta más barato que la electricidad o el gas, y por las noches todavía refresca.

—Vaya si refresca —exclamó Leonora en tono burlón—. Eso de utilizar petróleo es casi degradante; justo lo que hacen los negros, que estropean los radiadores y terminan por provocar un incendio. A mí me da pánico tenerla ahí arriba, por eso pienso deshacerme de ella en cuanto se le acabe el contrato.

James se mostró en desacuerdo. Un día también Leonora sería vieja, aunque, desde luego, no sería lo mismo.

—Hay que ser duro con la gente mayor —dijo Leonora—. Es la única manera; de lo contrario, se te pegan como una lapa.

—Dejemos ya de hablar de ella —dijo James, incómodo—. Creo que me he ganado una copa.

Minutos después, estaba tranquilamente sentado con un gintonic, escuchando complacido a Leonora, que le hablaba desde la cocina, mientras daba los últimos toques a la cena. Gustaban de contarse cómo les había ido la jornada, aunque sólo fuese por teléfono, pero James no podía ser tan explícito como de costumbre aquel día y se limitó a escuchar cómo Leonora le describía, con todo detalle, su excursión con Humphrey a Virginia Water. Además, tampoco le apetecía extenderse en explicaciones sobre la venta de saldos en el pueblo, y confiaba en que un par de ocurrentes observaciones bastasen para darle la réplica a Leonora, mientras saboreaba su copa y contemplaba la acogedora sala de estar.

Era un marco adecuado y agradable para ella, con aquel verde pálido de las paredes y las airosas plantas de interior; porque, por supuesto, a ella se le *daban* muy bien las plantas. Algunos de los muebles se los había regalado Humphrey, pero también James le había regalado algunas cosillas, «cariñosos detalles», como ella las llamaba, y también él los consideraba así, aunque fuese ella quien les hubiese puesto la etiqueta. La pasión de Leonora por los pequeños objetos victorianos hacía que, para James, resultase sencillo encontrar siempre algo con lo que expresarle su cariño.

—¡Espárragos! —exclamó él, al verla llegar desde la cocina con una fuente—. Y tempranos.

—Así que ya sabes —dijo ella—. Tienes que pedir un deseo.

James se azoró un poco, como suele ocurrir cuando le obligan a uno a expresar un deseo.

—Un deseo *secreto*, por supuesto, cariño —dijo ella, para no violentarlo.

Hubiese querido decirle que no tenía secretos para ella, pero no dio con las

palabras adecuadas. ¿Qué tal sería una cena con Phoebe?, se preguntó cuando Leonora trajo el segundo plato, pollo al estragón.

—Tienes el guapo subido esta noche —dijo ella en son de broma—. A más de una le habrás quitado el sentido hoy, me parece a mí.

A una por lo menos sí, se dijo él un poco turbado. Incluso, muy a su pesar, se ruborizó, aunque ya estaba acostumbrado a que Leonora le gastase esta clase de bromas. A veces, casi parecía que James fuese una creación suya: el apuesto joven de quien todas se enamoran y que, sin embargo, seguía inexplicable y profundamente consagrado a ella, una mujer mucho mayor que él. Y James se sentía a gusto en ese papel, aparte de que era indudable que sentía verdadera devoción por Leonora. Pero ahora estaba Phoebe; ¿de verdad *estaba*? Y, desde luego, no entraba en los planes de Leonora para con él —si es que los tenía— que él fuese a consagrarse a una mujer más joven. Por otra parte, palabras como «devoción» o «consagrarse» no parecían adecuadas respecto de lo sucedido en el cottage de Phoebe aquella tarde.

James se sintió aliviado al volver Leonora de la cocina con una mousse de chocolate, uno de los postres favoritos de James, que ella solía hacerle. No tenía por qué darle vueltas a lo de Phoebe en aquellos momentos. Después tomarían café y escucharían música o charlarían. En ocasiones, James le hablaba de su infancia en Estados Unidos o le leía poemas, mientras ella jugueteaba con un tapetito de blonda y lo miraba con sus oscuros ojos azules por encima de la montura de sus gafas. Las gafas se habían convertido entre ellos en motivo de broma: «ve una a medias en esta edad-media».

Aquella noche, James llevaba consigo un catálogo de Sotheby's, que informaba sobre una próxima subasta de muebles que él pensó que podía interesarle a Leonora. Leer catálogos era otro de sus entretenimientos favoritos y nada había que más le gustase a Leonora que oír la agradable voz de James leyéndole las sugestivas descripciones que hacían que imaginase los bellos objetos como si los tuviese delante: marquetería de palo de rosa, motivos de palmeras y de águilas reales... La poética evocación de las frases la sumía en una deliciosa confusión, sin apenas entender de qué objeto pudiera tratarse; sólo sabía que debía de ser un objeto muy deseable. Y que estaban pasando otra de sus «deliciosas veladas».

VII

Leonora era bastante despegada respecto a la asiduidad de sus amigas, a quienes veía como un halagador «contraste», sobre todo si, como solía ser el caso, eran menos atractivas y elegantes que ella. Cuando Meg llamaba para quedar para almorzar, su primer impulso era poner una excusa, aunque, desde que trabó amistad con James, había ido sintiendo cada vez mayor curiosidad por las relaciones entre Meg y Colin. Por otra parte, no había visto a Meg desde aquella noche en que se le presentó tan alterada. Lo más probable era que Colin «hubiese vuelto», o comoquiera que queramos expresarlo. Por lo menos eso cabía deducir de lo feliz que parecía sentirse Meg —casi exultante— cuando llamó a Leonora citándola en un snack-bar de Knightsbridge a la una menos cuarto.

Leonora llegó con cinco minutos de retraso, como de costumbre, bastante menos del retraso con que solía llegar si la cita era con un hombre. Meg era una de esas mujeres que llega siempre con excesiva antelación; allí plantada, frente a *Swan and Edgard's*, mirando expectante hacia todos lados, pronta a sonreír de oreja a oreja al aparecer la persona esperada.

—¡Vaya, ya has llegado! —exclamó, al ver a Leonora.

Leonora la saludó pero sin excusarse. Meg iba más compuesta que la última vez que se vieron. Llevaba una chaqueta de entretiempo de un tono verdoso que no le sentaba demasiado bien, pero había ido a la peluquería hacía poco —o así se lo pareció a Leonora— y se había disimulado las canas con reflejos castaños.

—¿A que no adivinas por qué te he dicho que quedásemos aquí? —dijo Meg.

—Quizá porque pilla cerca de Harrods, por si apetece entrar a ver cosas.

Meg puso cara de asombro. A ella Harrods no le decía nada.

—Es que Colin ha encontrado empleo aquí —dijo.

Leonora se mostró sorprendida. Quizá procedía felicitarla, pero optó por aguardar a conocer los detalles.

—Tenemos que ir abajo —dijo Meg—, donde tienen el *bufet* de ensaladas. ¿Te importa? Coges una bandeja y eliges lo que quieras.

Leonora la siguió hacia el sótano, pobremente iluminado, con las paredes empapeladas de color púrpura y anaranjado en las que había colgados varios cuadros abstractos. Detrás del mostrador sólo distinguió a dos personas: una joven de pelo largo y gafas oscuras —¿cómo se las arreglaría para ver?— y Colin. Ambos estaban sirviendo ensalada en varios platos que tenían delante.

—Hola, Leonora —dijo Colin quedamente—. ¿Qué vais a tomar?

—Pues no sé... ¿Qué tenéis? Un poco de paté, quizá. ¿Y qué crees que iría bien como guarnición? Ayúdame a elegir.

Leonora estaba de lo más atractiva, pero, con tan poca luz, ni siquiera se veía lo que contenían los platos. También Colin estaba de lo más atractivo; y Meg, radiante y orgullosa, al verlo tan eficiente y encantador con su floreada camisa rosa.

—Un amigo de Harold le ha conseguido el empleo —dijo Meg, sentadas ya en la minúscula mesita de un rincón—. Parece que lo hace muy bien y, sobre todo, que *le gusta*, que es lo importante.

—Verás. Esto no es como para hacer un carrerón —dijo Leonora, mirando a su alrededor.

Decididamente, el local *no* iba con ella, se dijo: tanto joven; unas chicas horrorosamente vestidas para su gusto; y hablando a voces, para hacerse oír en medio de aquella chabacana música de fondo.

—¿Supongo que no vendrás muy a menudo por aquí? —preguntó.

—Bueno, la verdad es que me pilla un poco lejos de la oficina —reconoció Meg—, y no puedo venir *todos* los días. Pero al principio, cuando Colin empezó, me pareció que le infundía confianza saber que yo estaba aquí. Aparte de que todo esto le sienta a una *de maravilla* —añadió, señalando la berza desmañadamente troceada que tenía en el plato.

Leonora pensó que habría podido decir exactamente lo mismo aunque hubiesen estado comiendo hierba.

—Deduzco que van mejor las cosas —dijo, delicadamente.

—Ah, *mucho* mejor. Fue sólo un malentendido. Eso fue todo. No hay que atar a la gente —dijo Meg, con la misma valerosa franqueza con que le había hablado de los «amantes» de Colin—. Así te los ganas.

Leonora sonrió, pero no dijo nada.

—Anoche fuimos al teatro —prosiguió Meg—. Colin y yo, y Harold y su madre.

—Extraña combinación.

—Supongo que sí, si lo va una a pensar. Y la obra era *justo* la que yo habría elegido —dijo, citando una comedia musical que llevaba en cartel más de un año—. Fue una experiencia interesante.

—¿De verdad necesita una «experiencias interesantes» a nuestra edad? —preguntó Leonora—. Lo que es yo...

—Bueno. Es que tú eres diferente. Has debido de tener tantas, viviendo en el extranjero, y con tantos admiradores —dijo Meg, generosamente.

Leonora volvió a sonreír, con mayor cordialidad esta vez, aunque ya no le hizo tanta gracia que Meg prosiguiese diciendo que no creía que Leonora fuese una persona que todavía tuviese «experiencias».

—¿Y cómo me ves entonces? —le preguntó Leonora.

—Tranquilamente, en tu perfecta casa, llevando una vida placentera y elegante —dijo Meg—. Es difícil de explicar —añadió, viendo que Leonora no ponía cara de muy buenos amigos.

—Pues no me ves precisamente muy humana; como una especie de fósil —protestó Leonora.

—No es eso lo que he querido decir. Es sólo que siempre te he visto como una persona que no se deja influir ni alterar por nada. Y no como yo... ¡Cómo aquella

horrible noche en que irrumpí en tu casa! ¡Dios sabe lo que pensarías de mí!

—Cada uno tiene su manera de reaccionar. A veces puede no *demostrarse* emoción, pero eso no significa necesariamente que no se *sienta*.

—Voy a por café.

Mientras Meg volvía, Leonora estuvo pensando en lo que le había dicho. No le acababa de convencer la imagen que, por lo visto, tenía de ella. Porque, por supuesto, ni se consideraba fría ni era un fósil. Lo que sucedía era que pretendía que cada una de sus relaciones fuese *perfecta*, dentro de su estilo. Así, por ejemplo, no habría soportado conductas tan lamentables como la de Colin.

—No es precisamente el mejor café de Londres —dijo Meg, excusándose, al regresar con las dos tazas—. Lo he traído solo, porque es algo mejor que con la leche que le echan. Y fíjate tú cómo está esto: de bote en bote. Dice Colin que entre la una y las dos se dan una verdadera paliza.

—Pues menos mal que hemos llegado antes. Por lo demás, *esto* ha sido para mí una «interesante experiencia» —dijo Leonora, dándose unos toquitos en su impecable peinado y poniéndose los guantes.

—Estoy contentísima de que te haya gustado. Tenemos que volver otro día.

Se despidieron frente al snack-bar; Meg, para volver a su oficina; y Leonora para darse una vuelta por Harrods. Estuvo tentada Leonora, al estar tan cerca, de darle una sorpresa a James, pasando a verlo por la tienda de antigüedades, pero se abstuvo de hacerlo. Luego, se sentiría recompensada al regresar a casa y recibir una llamada de él, citándola para almorzar juntos al día siguiente, en «su» pequeño restaurante, muy cerca de la tienda.

Por la noche, Leonora cenó con su vecina Liz. Daba la impresión de que se había pasado todo el santo día con mujeres menos afortunadas que ella, se dijo, mientras estaba en la salita de Liz oyendo llorar y maullar a los gatos en sus reales del jardín.

Corría el riesgo de quedarse allí apalancada con Liz, copa tras copa, como ésta tenía por costumbre, antes de probar siquiera un bocado, como Leonora sabía por experiencia. Los gatos se pasarían el rato entrando y saliendo, y se las vería y desearía para evitar que alguno se le plantase en el regazo y le hiciese trizas la falda con las zarpas. Cuanto llevaba Liz había sufrido de tal manera los efectos de tales acometidas que todas sus prendas parecían *bouclé*. Para acabarlo de arreglar, Liz terminaría por volver por enésima vez sobre el tema de su desdichado matrimonio. «Tanto amor *desperdiciado*», le diría. Y ésa era una de las raras ocasiones en que Leonora no sabía qué decir, carente de experiencia en la materia. Nunca se había encontrado con un hombre que la tratase mal o la hiciese sufrir, quizá porque nunca había querido a ninguno con la suficiente intensidad como para dar lugar a ello. Pero, con independencia de cuál fuese la razón, guardaba silencio, sin permitirse más observación que acaso el amor nunca se desperdiciase, o que, por lo menos, eso decían. Liz, por su parte, terminaría tan aburrida como ella, a causa de las inevitables evocaciones de Leonora de su adolescencia en Europa, y de tantas relaciones

insinuadas que nunca habían parecido llegar a cuajar. Y, sin embargo, al final de la velada, ambas se sentían relativamente satisfechas, como si hubiesen compartido algo más que unas copas y una cena.

VIII

James no acababa de ver claro si su visita a Phoebe había sido un éxito o un fracaso. Su desmañado encamamiento en el dormitorio del cottage parecía algo totalmente alejado del mundo de Humphrey y Leonora y, aunque no sentía excesivos deseos de repetir la experiencia, le agradaba saber que podía hacerlo si quería. Le daba confianza pensar que tenía una especie de novia secreta. Y Humphrey aún le facilitaba más las cosas, pues lo enviaba a las subastas de los pueblos, a ver si daba con algo que mereciese la pena comprar, aunque tales viajes le pareciesen un latazo.

Una tarde fue a buscar a Phoebe para ir con ella a una subasta organizada en una casa.

—Es horrible —dijo ella—; toda esa gente dejando pisadas de barro en el salón.

James se la quedó mirando sorprendido. Era justo la clase de observación que habría hecho Leonora, siempre tan relamida y exigente con el aspecto de los interiores. Siempre había imaginado, a juzgar del desorden —y casi de la mugre— que había en su cottage, que Phoebe era incapaz de reparar en que hubiese pisadas de barro en el mosaico. Y esto le produjo una sensación de incomodidad, como si las dos mujeres que había en su vida tuviesen curiosos puntos de contacto.

Le explicó entonces a Phoebe que la casa había pertenecido a una anciana, ya fallecida, de manera que no podía importar mucho.

—A ver si no; ¿y sus parientes qué? —dijo la muchacha.

James se acercó con ella a ver unas piezas de porcelana. Las había de Coalport, de Worcester y algunas que parecían de Dresde, aunque a ella le gustó algo más corriente: una pareja de perritos de Staffordshire.

James estaba examinando una figurita cuando asomó una pareja y lo saludó.

—¿Qué tal, James? ¿Qué andas buscando? —preguntó él.

—Ah, nada; mi tío pensó que acaso hubiese algo —musitó James.

—Pero tú no pareces muy entusiasmado, ¿eh? —dijo la mujer, en tono agrio.

—Este floreado juego de recipientes no está mal —dijo el marido, señalando una jarra, una jofaina y un orinal con lirios de color violeta esmaltados al fuego.

James miró en derredor furtivamente. Phoebe estaba a cierta distancia de él, como si se hubiese hecho a un lado a propósito. Quizá no era necesario presentarla. Así por lo menos lo esperaba James, porque —como tantas otras veces— desdecía bastante de él, con aquel vestido tan corto, de algodón, y sandalias.

El matrimonio —Richard y Joan Murray— era amigo de Leonora y vendía objetos de la época victoriana en su tienda de King's Road. De ahí, quizá, que Richard hubiese llamado su atención sobre el supuesto interés del juego de porcelana.

James se alegró cuando le dijeron que sólo habían entrado a echar una ojeada, y que no iban a quedarse para la subasta.

Phoebe había estado fingiendo interesarse por un montón de libros viejos,

mientras observaba cómo James hablaba con el matrimonio, con cierto rubor y envidia, al percatarse de lo poquito que sabía de su mundo.

—¿Hay algo ahí que te guste? —le dijo James, torpemente, al acercársele.

—Siempre me he dicho que me gustaría coleccionar libros viejos —dijo Phoebe—, pero, en cuanto los abro, me repelen.

James se dijo que quizá hubiese algún libro de flores que pudiese comprarle a Leonora, pero no podía entretenerse a buscar, porque la subasta estaba a punto de empezar. El subastador subió al estrado y, con evidente satisfacción, empezó a desempeñar su papel.

Las cosas más grandes —casi todos los artículos de jardinería y la mayoría de los muebles— ya habían sido vendidos por la mañana, y quedaban ahora los lotes de objetos más pequeños e interesantes; objetos de cristal y de porcelana, libros y otras cosillas. James ofreció una cantidad por una pieza de porcelana de Coalport, que representaba una cesta con flores, pero hubo dos que pujaron contra él y se desanimó. Al final le adjudicaron una vajilla, pero la relativa falta de oposición que encontró lo puso algo nervioso, pensando en lo que podría decir su tío en caso de que «no acabase de convencerle».

—¿Nos vamos ya? —le susurró a Phoebe—. Podríamos tomar el té por aquí.

Detrás de la calle mayor del pueblo encontraron un salón de té de una conocida cadena de establecimientos, pero, por alguna extraña razón, James pasó de largo. Aunque la verdad es que la razón no era tan extraña, pues tenía pinta de ser el tipo de local en el que podían darse de narices con los Murray, y no quería correr semejante riesgo. Por suerte, Phoebe no había sugerido que parasen allí, y no lo hicieron hasta llegar a la siguiente población.

—Podríamos ir ahí... si puedes aparcar.

—¿Ahí en el Leopard Dining Rooms? —preguntó James dubitativamente.

—Sí. Tiene aspecto de ser uno de esos sitios donde sirven té de verdad, bien fuerte, para rehacerte de tanta puja.

—Pues, de acuerdo, aunque tiene una pinta algo rara, ¿no?

—Es fabuloso —dijo Phoebe con desusado entusiasmo—. Nos sentaremos junto a la ventana, ¿eh?

Había poca gente; pero más de uno se los quedó mirando con incomodidad, como lamentando que no se hubiesen quedado en el otro local.

Por lo menos estaba limpio, pensó James. ¿Sería ése el tipo de local que le gustaba a Phoebe? Mantel de plástico, flores artificiales y botellas de salsas. Porque se la veía la mar de contenta y relajada. Desde luego no era el tipo de local al que iba con Leonora.

El té que les sirvieron era efectivamente fuerte, tan oscuro y espeso que más parecía extracto de carne que una delicada infusión de hojas de té de la India o de Ceilán. James lo sorbió con cautela, como si temiera envenenarse.

—Podíamos haber pedido *fish and chips* para acompañar, como esos de la mesa

del rincón —le susurró Phoebe, pasándole la bandejita de pan apelmazado y mantequilla.

—¿Te apetecía? —le preguntó él, no muy seguro de si hablaba en serio o en broma.

—No, hombre, no. ¿Quieres uno de estos pastelillos op-art?

James lo rehusó, aunque temía dar la impresión de ser demasiado remilgado y exigente, al ver que la chica se lo pasaba en grande. Y casi sintió un cierto resentimiento hacia ella, porque si, en cierto modo, «se estaba quedando con él», por otra parte, parecía mostrarse complaciente, al aceptar entrar allí a la primera. En realidad, también él se lo estaba pasando bien, aunque con la sensación de que era algo que podía resultar divertido una vez y no más. Después se sentiría muy avergonzado por haber estado tomando el té con ella en el Leopard Dining Rooms.

—¿Eres feliz? —le preguntó Phoebe, de una manera desconcertantemente repentina, mientras volvían en el coche al cottage.

—¡Menuda pregunta! —exclamó él, confiando en que ella interpretase su exclamación como mejor le pareciese.

—Iré por algo de beber —dijo la chica.

Y echó a correr delante de él.

—Ah. Veo que has comprado cojines —dijo James, siguiéndola al dormitorio.

Eran unos cojines de colores chillones, de esos que no se le hubiese ocurrido comprar a nadie que uno conozca, pero Phoebe estaba muy exótica, reclinada entre los cojines, como una de aquellas vampiras de las películas antiguas, con un dedo de maquillaje en los ojos e insinuante expresión. Hacer el amor con ella era como un divertido e irreal juego; tan alejado de su vida cotidiana que no le producía ningún sentimiento de culpabilidad, como le ocurría casi siempre.

Cuando, al cabo de un rato, Phoebe se incorporó y dijo con descorazonadora falta de convicción «quizá deberíamos comer algo», de nuevo se le reprodujo a James la imagen de Leonora y la de los deliciosos «detallitos», que siempre tenía a punto, o improvisaba, para ofrecérselos, invariablemente, cada vez que iba a verla.

James se fijó en que sobre la mesa había una fuente con carne atada, fría, justo frente a la ventana abierta, que corría serio peligro con tanto gato entrando y saliendo, y merodeando por fuera. También había un bol con lechuga, del que retiró disimuladamente algunas hojas de aspecto incomible, llenas de tierra. Estaba claro que la cocina no era lo suyo. Era un error dar por supuesto que a todas las mujeres se les daba bien. Y la cocina propiamente dicha tampoco estaba muy limpia que digamos. Allí seguían, sin fregar, los platos del almuerzo, o del desayuno, o de ambos; dos botellas de leche sin enjuagar, cáscaras de huevo, pisadas de gato en el fregadero y pelos de felino flotando. De modo que a James empezó a írsele el apetito.

Pese a todo, consiguió comer lo que había —el peleón vino tinto que le sirvió Phoebe ayudó a que pasase mejor— y luego estuvieron retozando alegremente entre los chillones cojines. No sabía si quedarse a pasar la noche allí y, mientras lo

pensaba, recordó el encuentro con los Murray en la subasta y se sintió incómodo. Despertarse por la mañana en un ambiente tan poco confortable y «bohemio» como el del cottage no debía de ser muy agradable.

Al volver al dormitorio, después de que James se hubiera marchado, Phoebe trató torpemente de ordenarlo un poco, e incluso de limpiar la cocina, porque había intuido el desagrado de James, pero terminó por cansarse. Uno de los gatos había entrado en el dormitorio y se había encaramado a un antiguo aparato de radio que Phoebe conectó, para ponerse un poco de música y, de paso, calentar al animal. Emitían una sinfonía y Phoebe se echó observando al gato, fantaseando respecto al orondo cuerpo del animal, que parecía un pellejo de vino vacío, o una vejiga llena de Mendelssohn. Y empezó a pensar en un poema que quería escribirle a James.

Era una lástima no poderle hablar a Leonora del gato lleno de música, pensaba James, sonriendo al leer el poema que Phoebe le había enviado. Fue lo único que realmente había comprendido, y resultaba muy adecuado para aquella tarde, pues le había prometido a Leonora llevarla a una exposición gatuna, en la que Liz participaba presentando a unos gatitos siameses.

Aunque a él no le apetecía especialmente asistir —pues se decía que había maneras mucho más agradables de pasar una tarde—, le pareció una buena oportunidad para tranquilizar su conciencia por haberle mentido a Leonora, diciéndole que, después de la subasta, había salido por la noche con uno de sus socorridos ex compañeros de colegio.

—Sólo cachorrillos y gatos capados —dijo Leonora, leyendo el programa—. Tiene pinta de estar muy bien, ¿verdad?

—De manera que yo voy a ser el único *macho* adulto, ¿no? —dijo James, no del todo en broma.

—Probablemente, querido... Aunque no es que tú des exactamente la imagen de *macho*... con un terno de estambre, fumando en pipa y entregado al bricolaje los fines de semana.

—No...

No le desagradó a James la exactitud de la observación de Leonora, aunque había otros aspectos, más atractivos, de la masculinidad, le parecía a él, que Leonora podía haber mencionado.

El salón donde tenía lugar la exposición estaba atestado; hacía calor, y el ruido era considerable. James miró en derredor desmayadamente, ante la perspectiva de tener que pasar la tarde allí.

Es verdad universalmente aceptada que los dueños acaban pareciéndose a sus animales de compañía, y le impresionó comprobar hasta qué punto era cierto, conforme él y Leonora se abrían paso entre la gente, pasando frente a las jaulas para dar con Liz y sus siameses.

—¡Al fin damos contigo, Liz, querida! —exclamó Leonora, ofreciéndole la mejilla a aquella mujer menudita y morena que estaba frente a ellos, con una bandejita de mierda de gato entre las manos—. He traído a James, como puedes ver.

Podía haberlo dicho al revés, pensó James, pues no en vano había sido *él* quien la había traído a *ella* en el coche. Se percató de que Liz lo observaba con detenimiento y se preguntó qué impresión se habría formado de él. Siempre se sentía un poco incómodo en su presencia, quizá porque, como mujer divorciada, había terminado por sentir un notorio desdén y desagrado por los hombres. Pero como a él no cabía considerarle —lo recordó perfectamente— del todo como un *macho* no tenía nada que temer.

—Encantada de volver a verlo, James —dijo Liz—. ¿Qué le parecen mis siameses?

Dos camadas de siameses —diez en total— dormían en la jaula, acurrucados y entrelazados, formando una gran mancha de color crema y marrón, con mechoncitos que azuleaban como engastados en una joya.

—Son preciosos —dijo James—. ¿Han pasado ya los jueces?

—Están al llegar —repuso Liz, señalando a dos fornidas mujeres con bata blanca, seguidas de una joven acólita que portaba un cuenco de plástico amarillo, con un desinfectante de lechoso aspecto—. Tengo mucha confianza en estas camadas. ¿Piensa comprar alguno?

—Sí, James, deberías tener gato —sentenció Leonora, apremiándolo.

—No creo que pudiese ocuparme de él como es debido —dijo James quedamente, imaginando a la malvada criatura en que se convertiría el gatito, sometiendo su vida a su despotismo—. Además, voy a estar fuera, pronto.

—Es que James va en viaje de negocios a España y Portugal —explicó Leonora, como si James fuese un niño—. Humphrey opina que le conviene irle a echar una ojeada a lo que tienen en Europa.

—Ah, por cierto —dijo Liz—, está aquí Joan Murray. Ya sabes el delirio que tiene por los gatos. Ha conseguido que Richard la trajera, pero no que se quedase.

Hombre sensato el tal Richard, se dijo James, preguntándose si era conveniente comentar que se había encontrado con los Murray en la subasta del pueblo. Quizá era más inteligente decirlo antes de que lo hiciese Joan.

—¡Leonora! ¡Qué alegría verte... y también a James!

Joan Murray se les vino encima antes de que él pudiese sacarse de la manga la frase cuidadosamente improvisada.

—¿No iré a decirme que también está Humphrey? No..., claro. Los hombres tienen trabajo. Richard me trajo, pero se fue pitando.

James miró al suelo, sintiéndose aún menos *macho* que antes.

—¿Qué casualidad, eh, encontrarnos con James en la subasta? —dijo Joan.

—No me habías dicho nada —dijo Leonora, con un dejo de reproche.

—No, se me olvidó —repuso James sin convicción.

—Pues es muy poco halagador para mí —protestó Joan—. Está visto que no lo impresioné en absoluto.

James se unió, vacilantemente, a reírle la gracia como los demás. ¿Lo habría visto con Phoebe? Creía recordar que Phoebe se había hecho a un lado, a cierta distancia, al acercarse Joan y Richard a saludarlo.

Se sintió aliviado al ver que Joan cambiaba de tema. Al parecer, habían estado en otra subasta mucho más interesante y divertida.

—Richard encontró una taza de retrete de lo más floreada, maravillosa —musitó—. Y la vamos a colocar en el escaparate llena de hierbas.

Leonora prometió visitar su tienda, aunque, como luego comentaría con James, aquella pareja le resultaba un poco aburrida y estúpida.

—No me habías comentado que te los encontraste —le reiteró a James, mientras daban una vuelta por la exposición.

Se lo dijo entonces con algo más que un dejo de reproche, entre el calor y el ruido, y con un ligero dolor de pies.

—Me temo que Joan tiene razón. No es el tipo de personas de las que uno se acuerda —dijo James un poco enojado.

Se habían detenido frente a una jaula, donde una gatuna forma, embozada en un trapo, yacía profundamente dormida. Cuánto más inteligente era pasar de todo aquello, pensó James, como aquella criatura había evidentemente optado por hacer. O permanecer en hierática postura sobre la bandeja de tierra, sin inmutarse por los comentarios de los visitantes. Aunque más de uno —los más exóticos— merodeaba inquieto por la jaula, maullando con desconsuelo.

Leonora miró a James con expresión de ansiedad y vio que él fruncía el ceño. Esta característica señal de desagrado la hizo percatarse de que ella había ido demasiado lejos. Había sido un error insistir en su queja. Era obvio que no tenía por qué esperar que James le contase todos los detalles de su vida cotidiana y, en el fondo, se alegraba de que conocer a Joan lo hubiese dejado tan indiferente.

—¿Crees que se molestaría Liz si nos esfumásemos? —dijo ella.

—No. Podemos irnos. Te invito a tomar el té en casa.

—Me apetece. Y podemos empezar a preparar tus cosas.

—¿Estás segura de que no va a darte demasiado trabajo? —le preguntó James, mientras tomaban el té—. Mrs Jelly se ha ofrecido a echarme una mano, y está bien cerca.

—Pero, querido, ella no conoce tus cosas como yo, y, además, está demasiado ocupada.

Leonora sonrió al recordar que, antes, casi había llegado a sentir celos de la mujer que vivía en el piso de abajo, hasta que James se la presentó. Porque era una mujer muy amable y solícita, pero sin el menor atractivo; y muy ocupada con su trabajo en el departamento de compras de la sección de corsetería de unos grandes almacenes.

—Por supuesto que prefiero que lo hagas tú, si de verdad puedes —dijo él—. Mis

efectos personales los llevaré conmigo o los dejaré con Humphrey.

Leonora miró de reojo la fotografía de su madre. Seguro que *aquello* querría llevarlo consigo. Siempre la perturbaba pensar que aquella mujer joven, con permanente, y rojo de labios oscuro, al estilo de los cincuenta, que tan bien recordaba la propia Leonora, era la madre de James. Habían hablado bastante de ella al principio de conocerse, cuando James le comentaba lo unidos que habían estado hasta la repentina y trágica enfermedad que la llevó a la tumba. Pero, entonces, ya estaba todo dicho sobre ella, y ya no despertaba en Leonora más interés que el, un tanto tedioso, culto que Humphrey seguía rindiendo a su difunta esposa Chloe, en su uniforme de Protección Civil.

Pese a todo, seguía admirando su juventud y su frescura, mientras sentía ya los efectos de la agotadora tarde.

—Estoy un poco cansada, querido —dijo—. ¿Me llevas a casa, James, por favor?

—Por supuesto. En seguida nos vamos.

Dar vueltas y más vueltas por la exposición la había dejado hecha polvo, y era evidente que estaba cansada. Por primera vez James reparó en cómo se marcaban las arrugas en su hermoso cuello. Y salió con ella del brazo, acompañándola delicadamente, como si fuese un viejo y frágil objeto que hubiese que tratar con sumo cuidado.

IX

A los pocos días, al llegar James por la mañana a la tienda, encontró a su tío y a Miss Caton muy nerviosos, a punto de estallar. Les habían reventado la puerta por la noche y les habían robado varias cosas.

Humphrey, sentado en la trastienda en su sillón Hepplewhite, se retorció las manos, mientras hacía recuento de lo robado, sin dejar de lamentarse.

—¡Aquellas codornices! —gimió—. ¡Ah, aquellas codornices!

—No irás a decir que...

—Sí, muchacho, sí, ya lo creo... ¡aquellas codornices!

Eran de auténtica porcelana china y bastante valiosas, recordó James. No sabía con seguridad de dónde habían salido, además de que siempre se sentía inseguro cuando de objetos chinos se trataba, porque sabía muy poco acerca de ellos y, además, no le gustaban demasiado, aunque nunca se había atrevido a confesárselo a su tío.

—Acabo de hacer té —dijo Miss Caton, inclinada sobre el fogoncito de gas—. Le sentará bien... Té bien cargado con mucho azúcar. Lo aprendí cuando estuve en primeros auxilios durante la guerra. Va muy bien para cualquier shock.

Humphrey miró con desagrado el marronoso líquido de la gruesa taza blanca y la hizo a un lado.

—No, gracias, Miss Caton. No me apetece... ¿Y se puede saber de dónde ha sacado esa *horrible* taza?

—Pues es con la que vengo, tomando el té, mañana y tarde, todos los días —dijo ella en tono cantarín.

Humphrey siempre iba fuera a tomar el café de media mañana, si no acudía a alguna subasta, y por las tardes rara vez estaba en la tienda a la hora del té. De manera que era muy probable que no hubiese reparado en la taza de su mecanógrafa.

—Bueno, Miss Caton —le dijo—. Sólo confío en que nadie la haya visto beber en semejante monstruosidad. No nos iba a hacer muy buena publicidad, ¿no le parece?

—Lo tomo siempre en la trastienda —dijo ella, a la defensiva—. Así que no ha podido verme ningún cliente.

—¿Y tú, James? ¿Bebes también en tazas así? —le preguntó Humphrey con acritud.

—Pues no lo sé —balbució James—. Puede que en alguna ocasión.

Humphrey profirió una exclamación de horror.

—Quizá un poco de té-jazmín —persistió Miss Caton—, aunque no es tan reconfortante y, sin leche ni azúcar, podría ser demasiado ácido para usted en estos momentos.

James tenía la sensación de que estaban perdiendo el tiempo, aunque no sabía qué era exactamente lo que debían hacer. Se sentía mal por haber llegado el último, como si, de haber llegado diez minutos antes, hubiese podido evitar el robo.

Miss Caton terminó por plantarle la rehusada taza de té en la mano y se la tuvo que beber, casi como un castigo. Sabía a demonios y, además, estaba casi frío. Incluso el té del Leopard Dining Rooms era mejor.

—¿Y qué hay de la policía? —dijo James.

—Ah, ya me he ocupado de todo eso —repuso Miss Caton—. He sido yo quien se ha encontrado con el panorama al llegar, a las ocho y cuarto —añadió con un dejo de suficiencia—. Los del 999 llegaron en seguida. Encantadores, y de paisano, naturalmente. Han dicho que he hecho muy bien en no tocar nada. Horroriza pensar que esos ladrones han tocado nuestros primorosos objetos con sus burdas manos.

—Es muy probable que los ladrones hayan sido personas de gusto —dijo Humphrey—, o, por lo menos, bastante buenos conocedores. Se han llevado el mejor *netsuke*. El *carnero*... —añadió gimiendo—. Así que lo más probable es que sus manos no sean nada burdas.

—Seguramente Miss Caton no lo decía en sentido literal —aventuró James.

—De acuerdo, puede que no se haya referido a las burdas manos de quienes trabajan con ellas. Pero, en todo caso, debían de llevar guantes, porque objetos tan delicados como esas codornices hay que manejarlos con verdadero primor.

Alguien requirió su atención desde la tienda.

—¿Sí?

—¡Cielo santo! ¿Está la puerta abierta? —exclamó Humphrey—. Ve a ver quién es, James, mientras yo sigo con el inventario. Y usted, Miss Caton, vaya pasándolo a máquina mientras se lo dicto, por favor.

James salió rápidamente hacia la tienda, con mala conciencia, pues había sido él quien olvidó echar el pestillo al llegar. El muchacho de los recados de una floristería estaba allí, mirando con la boca abierta una escultura de bronce que representaba dos cuerpos fundidos en un complicado abrazo. El muchacho había dejado sobre una damasquinada mesa de palisandro un ramo de rosas blancas y claveles, sujetos con una cinta malva. James se apresuró a cogerlo.

—¿Es para nosotros? —preguntó—. ¿Estás seguro de que te han dado bien la dirección?

—Eso es lo que dice ahí —dijo el muchacho, marchándose ya.

James comprobó que, en efecto, el ramo iba dirigido a su tío. Y, sin olvidar esta vez echar el pestillo al cerrar la puerta, volvió a la trastienda con el ramo.

—¡Qué detalle! —exclamó Humphrey, sacando la tarjeta del pequeño sobre que iba con el ramo—. Leonora, claro. ¿A quién si no a ella se le iba a ocurrir enviar flores en un momento así? Ha debido de enviarlo nada más colgar, cuando la he llamado para darle la terrible noticia.

—¿Y qué dice en la tarjeta? —preguntó James.

—«Con un cariñoso saludo y mi profunda condolencia por la lamentable pérdida» —leyó Humphrey en alta voz—. No ha podido expresarlo mejor.

James sintió deseos de sonreír precisamente por su manera de expresarlo, pero no

estaba de humor.

—No es que sea muy frecuente enviar flores —comentó, aunque diciéndose que, tratándose de Leonora, era distinto.

—Las voy a poner en ese jarrón blanco y azul —dijo Miss Caton.

—Ah, sí, en el Worcester —dijo Humphrey.

—¿Va usted a ir a Sotheby's esta mañana? —le preguntó ella.

—Qué va... Hoy no subastan más que «Valiosos Libros Impresos» —dijo, repitiendo las palabras del anuncio en tono desdeñoso—. Aún nos queda mucho que revisar aquí.

Pese a ello, Humphrey fue a almorzar temprano y anunció que no regresaría hasta última hora de la tarde. Se alegró al ver que, en las primeras ediciones de los vespertinos, dedicaban un pequeño párrafo al robo. El reportero reproducía sus palabras respecto a que los ladrones eran, evidentemente, gente de buen gusto.

—No creo que vaya a venir mucha gente esta tarde, ¿verdad? —dijo James, percatándose de que, en tal caso, tendría que componérselas solo.

—Esperemos que no le dé a la gente por entrar por pura curiosidad —dijo Humphrey—, pero, en cualquier caso, los precios de todo están claramente marcados. No creo que haya más movimiento del habitual —añadió al salir.

Lo que significaba que James iba a tener que quedarse sentado en la tienda, a ver cómo pasaba la gente. Porque, si no se sentaba allí, tendría que hacerlo en la trastienda con Miss Caton, que no pararía de hablarle de una amiga que estaba siendo iniciada en la fe de la Iglesia Católica, su tema de conversación preferido últimamente. («Y entonces ella le dijo al cura: “Pero, supongamos que es viernes y me ha sobrado un poco de hígado”. Le digo yo que lo dejó sin habla»). Pese a la relajación de las costumbres, por lo que a las normas sobre el ayuno se refiere, Miss Caton no habría parado ahí, por lo que a James no le quedaba otra alternativa que sentarse en la tienda.

La tarde era más bien calurosa, con esa temperatura que convierte cualquier tarea en desagradable. James estaba cansado, a causa de lo ocurrido por la mañana, y de la paliza que se había dado seleccionando cosas de su apartamento, para decidir cuáles guardaba y cuáles prestaba a Phoebe o a Leonora. Se sentía algo adormilado e incluso llegó a quedarse traspuesto un par de veces. Dos norteamericanas se detuvieron frente al escaparate, y las oyó hacer cálculos sobre los precios en dólares. Cerca ya de las cuatro pensó hacer una escapadita hasta la pastelería de la esquina, a tomarse una taza de café, en lugar de resignarse al té de Miss Caton, pero lo pensó mejor. Al cabo de un rato fue hasta el escaparate y retiró un pequeño caparazón de tortuga y una cajita de plata, que se había reservado para el cumpleaños de Leonora. Volvió con ello hasta la mesa, frente a la que había estado sentado, y examinó ambos objetos con mayor detenimiento. Y, al hacerlo, ya no le parecieron tan adecuados como pensó. La cajita tenía una pequeña tara, una mella que la afeaba. Podía estar bien para Phoebe. A Leonora le gustaban las cosas sin tacha. Y se preguntó entonces si una persona de su

delicadeza estaba realmente en condiciones de embalar las cosas de su apartamento y de vérselas con los mozos de cuerda. Era mucho pedir de ella y, sin embargo, no debía olvidar que ella se le había ofrecido espontáneamente, sin la menor insinuación por su parte. Se quedaría un par de cosillas para ella y, el resto, lo dejaría James en el guardamuebles. Entonces Phoebe podría ir al guardamuebles y elegir lo que quisiera, aparte de lo que le había ofrecido.

La calurosa tarde iba mediando, cuando un hombre irrumpió de pronto en la tienda, casi a hurtadillas, y le preguntó el precio de un pisapapeles del escaparate. James lo reconoció. Era el hombre que con tanta insistencia lo había estado mirando en la subasta en la que él y Humphrey conocieron a Leonora, y en otras muchas ocasiones. Pero era la primera vez que se veían desde tan cerca. James le dijo cuál era el precio del pisapapeles e intercambiaron unas palabras, a modo de charla insustancial. Entonces el hombre en cuestión aventuró una insinuación que hizo que aflorase un inconveniente rubor en las mejillas de James, pese a que no era la primera vez que le hacían proposiciones de tal naturaleza. Si su pretendiente llega a ser un poco más atractivo, y si Miss Caton no llega a estar allí en aquel momento, quién sabe lo que hubiese podido suceder.

El caso es que el hombre farfulló algo acerca de un amigo que estaba interesado en el pisapapeles, y salió de la tienda tan rápidamente como había entrado.

—Ah, ése... Anda siempre merodeando por aquí —dijo Miss Caton, con un despectivo ademán, como si espantase un insecto—. Con esa gente..., pocos tratos.

Aunque se sentía inclinado a compartir su opinión, le fastidiaba su «paternalista» actitud, casi tanto como el té que acababa de traerle en aquella taza blanca tan gruesa. Se lo bebió casi de un trago, percatándose entonces de que, en efecto, la taza de marras no cuadraba en absoluto en aquel marco.

Y de pronto, como si el día no hubiese sido ya bastante agitado, vio a Phoebe frente al escaparate, evidentemente armándose de valor para entrar.

Así, de pronto, le entró pánico. Un hombre sentado en una tienda, sobre todo tratándose de una tienda de antigüedades, se halla en situación especialmente vulnerable. Nunca había imaginado James que Phoebe pudiera ir a verlo a Londres sin invitarla. Siempre la imaginaba allá en el pueblo, en las oscuras y pequeñas habitaciones de su cottage, o sentada bajo la parra en el jardín de atrás, pero nunca allí, junto a Sloane Square, donde Leonora podía aparecer en cualquier momento. Por un instante se horrorizó al imaginar cómo podía ser su encuentro: Leonora, fría, con su habitual aplomo y elegantemente vestida; Phoebe, tímida, a la defensiva y con sus raídas ropas. Y él en medio, a sufrir. ¿Qué se dirían? Estaba claro que había que evitar a todo trance la eventualidad del encuentro.

Al abrir Phoebe la puerta y entrar, James recordó con alivio que Leonora cenaba aquella noche fuera con un antiguo pretendiente, uno de aquellos respetables admiradores que había conocido en los más hermosos jardines de Europa, de manera que no había que temer que se presentase. Podría ir con Phoebe a su apartamento,

luego a cenar, y acompañarla después hasta la estación de Waterloo a coger el tren.

A Humphrey no le hacían ninguna gracia las visitas personales, por lo que James saludó a Phoebe un poco cohibido. No la besó, aunque le cogió la mano y le susurró algo vagamente afectuoso.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó.

—Bah, es que ya estaba harta del campo y del diario de Anthea Wedge. Así que he pensado venir a verte, y luego ir a dormir a casa de mi madre.

En el barrio de Putney, recordaba que le había dicho ella una vez que vivía. Había pensado entonces que Putney no era precisamente el lugar donde a uno le gustaría que viviese una madre.

Phoebe parecía más delgaducha y abatida que de costumbre, con un vestido *beige-crêpe* que le sentaba como un tiro y que, aunque estaba de moda aquel verano, le recordaba vagamente a su madre, en una indefinida época de su juventud. Se notaba que el vestido era nuevo, y James se percató también de que se había pintado las uñas con esmalte plateado. Quedaba resultona, hasta el punto de empezarlo a poner nervioso y desear hacer el amor con ella.

Eran las cinco, hora ya de cerrar la tienda, pero demasiado pronto para cenar. De manera que decidió llevarla a su apartamento a tomar una copa.

La sala de estar de James estaba en un deprimente desorden, con toda clase de objetos y libros amontonados en el suelo. Se habían besado nada más entrar, algo azorados, como si fuese la primera vez.

—Me gusta mucho tu vestido —le dijo él—. Está muy de moda.

—Pero este color no me sienta bien —dijo ella, mirándolo con recelo.

—¿Tú crees?

Desde luego que no le sentaba bien; a no ser que se tratase de su maquillaje, o algo así. Leonora siempre acertaba con lo que le sentaba bien; tanto, que casi resultaba aburrido. Porque a James le habría gustado aconsejarle sobre qué ponerse a cualquier mujer, pero con Phoebe no sabía por dónde empezar.

Phoebe echó a vagar por la estancia. Daba la sensación de sentirse incómoda.

—Esto es bonito —dijo, cogiendo una estatuilla de madera dorada, de una iglesia española—. ¿Me lo prestas?

—Me parece que mi tío lo quiere para la tienda —le mintió, pues sabía perfectamente que Leonora quería que se lo quedase él.

—Oh. ¿Y no podría elegir ahora las cosas que me gustaría quedarme yo?

—Bueno, es que es un poco complicado. ¿No te da igual elegirlas en el guardamuebles? Además, te resultará divertido —le dijo, imaginándola en lugar tan lúgubre.

—¿Cómo crees que algo pueda resultarme divertido sin estar tú?

—Oh, Phoebe, que no voy a estar fuera tanto tiempo —dijo James, un poco azorado ante su apasionamiento.

—¿Quién va a embalarte las cosas? ¿La vecina de abajo?

James no contestó.

—Es muy triste pensar en tu apartamento vacío, y en que tú estarás lejos —insistió ella.

—El apartamento se habría quedado vacío igualmente, porque expira el contrato —dijo James, en tono de hombre práctico—, y tendré que buscarme otro al regreso.

—¿Y dónde te alojarás hasta que lo encuentres?

—En casa de mi tío. Tiene mucho sitio.

—¿No irás a quedarte en el altillo de la tienda? —le dijo ella, cambiando de pronto de talante, bromeando—. Ni con Miss Caton, eh.

—No, no hay cuidado.

Phoebe había cogido la fotografía de la madre de James y la estaba mirando.

—Parece increíble que sea tu madre, tan joven...

—Bueno, es que lo era..., relativamente.

—Ese rojo de labios tan oscuro, casi negro, igual que el esmalte de las uñas, y ese collar de perlas. Parece más antiguo incluso que la época victoriana. Pobre, no haberte conocido como eres ahora...

—Creo que tendríamos que irnos ya, y comer algo —dijo James, temiendo, como más de una vez, la desbordada imaginación de Phoebe—. ¿Adónde te parece que vayamos?

—Oh, a cualquier parte, donde tú decidas.

El restaurante que James eligió era una de las muchas tratorías italianas, pequeña y atestada de mesitas demasiado juntas, y decorada con hileras de garrafitas de Chianti. Las jóvenes camareras iban diligentes de un lado para otro, contestando con encantadora amabilidad al poco italiano, aprendido durante las vacaciones, que algunos clientes se sentían obligados a practicar con ellas. La cálida noche de verano lo parecía aún más con las llamas que calentaban algunos de los platos, que, por otra parte, daban un espurio toque de distinción al restaurante, como si preparasen *sur place* exóticas especialidades, pese a que en la mayoría de los casos no se trataba más que de guisantes congelados puestos a recalentar.

—¿Qué te apetece? —le preguntó James, cogiendo la carta.

—Nada —dijo ella, sin el menor afán de orientarlo.

—Pues no es mucho que digamos —protestó él, mientras recorría con la vista la relación de especialidades italianas.

—Quiero decir que me basta con estar contigo.

—Gracias —dijo él, en tono cariñoso y pensando que debía habersele ocurrido a él decirle algo parecido.

—Pero no vayas a hacer tú lo mismo —le dijo con su habitual franqueza—. No quiero más que un vaso de agua y un bollo... es que es uno de esos días... ya sabes.

James, por su parte, pensando en el día que había tenido, se dijo que por lo menos podía terminar mejor, y que se merecía algo más que un bollo. Luego fueron dando un paseo, cogidos de la mano, por Kensington Church Street, mirando los escaparates

de las tiendas de antigüedades. En uno de ellos, él señaló un par de jarrones que le habría gustado tener.

—A lo mejor te los regalo —dijo ella.

—Uy, eso vale una fortuna —exclamó él riendo—. Entré un día a preguntar.

—Supongo que alguien podrá permitirse regalártelos —dijo ella—. ¿Tu tío quizá?

—Sin duda. Pero no me valora tanto como para eso. Habrá que ir pensando en acompañarte a casa.

—Me encantan esos modales tuyos, al viejo estilo —le dijo ella en tono burlón—. ¿No pretenderás acompañarme hasta East Putney?

—Pues claro que sí —repuso James, un poco intimidado por el largo trayecto que le aguardaba, pero parando un taxi sin dudar.

Hubiese sido mejor volver a por su coche. Un fuerte abrazo en el taxi le haría más fácil decirle que aquélla era la última vez que se verían antes de partir él de viaje. Pero no resultó tan fácil, y, al llegar al final del largo trayecto, aún no le había dicho nada. Buena voluntad por lo menos no le había faltado, al invitarla a un buen restaurante.

—Te llamaré —le dijo al fin, utilizando la socorrida fórmula para darle las buenas noches.

Le había dicho al taxista que le aguardase, concediéndose el lujo de regresar con él a casa, y se entretuvo lo justo para darle un último y rápido beso en la escalerita de la puerta de aquella apacible casa de las afueras, hasta que la puerta se abrió y asomó una mujer de pelo gris que, como si hubiese estado aguardando aquel momento, hizo entrar a Phoebe en seguida.

Frunciendo un poco el ceño, como ante algo vagamente insatisfactorio, James se acomodó en el taxi y estuvo observando los saltos que daba el taxímetro durante todo el trayecto.

Ya acostada, Leonora tenía el teléfono en la mano y oía sonar una y otra vez el de James. Era obvio que había salido. Había tenido que cancelar su cita para cenar, porque empezó a notar que iba a tener una de sus jaquecas, una especie de migraña que sufría a menudo. Probablemente el calor y la perspectiva de una velada muy poco interesante habían sido la causa. Y entonces ansiaba que James fuese a verla, que se sentase tranquilamente junto a ella en la cama, quizá posando su fría mano en su frente, o leyéndole algo con su hermosa voz.

Colgó el teléfono, decepcionada y un poco enojada. Ahora que James estaba a punto de partir de viaje, sentía mayor necesidad de que pasase con ella todo el tiempo que le fuera posible. Se dijo que, seguramente, a él también le hubiese apetecido verla, pero entonces cayó en que él sabía que tenía aquella cita para cenar e ignoraba en cambio que la hubiese cancelado. Quizá hubiese ido al cine, que además a ella no le gustaba. Así que *no pasaba nada*. Se recostó de nuevo y, estaba ya casi dormida,

cuando sonó el teléfono. Se precipitó a cogerlo, pero era Meg. Era evidente que también estaba sola, pensó Leonora, sin percatarse de que, por un instante, hacía una implícita y absurda comparación entre ella y James, por un lado; y Meg y Colin, por el otro.

Meg no había llamado más que como excusa para hablar de Colin, y de lo duro que era el trabajo que hacía en el snack-bar. Dijo que creía que tendría que terminar dejando ese trabajo si las cosas seguían de esa manera. Andaban entonces cortos de personal en la cocina, y le hacían pelar patatas: «tendrías que verle las manos, hechas una pena; es demasiado duro». Y ¿cómo estaba ella? Eso se lo preguntó a Leonora casi al final, acordándose de ello de puro milagro.

Pero Leonora no quiso entrar en el tema y atajó la conversación. Se había desvelado y, con la radio de Miss Foxe a todo volumen, con una música muy poco adecuada para la hora, le era imposible conciliar el sueño. ¡Qué descansada se iba a quedar cuando le expirase el contrato y se pudiese deshacer de ella! Pensar en esto le alivió mucho el dolor de cabeza a Leonora, e incluso se sintió lo bastante mejor como para incorporarse y retocarse el esmalte de las uñas. Pero aquellas manchas marrones de sus manos —a diferencia de las que seguramente tenía Colin de tanto pelar patatas— ¿eran ya un signo de envejecimiento? Empezó a dolerle de nuevo la cabeza y volvió a recostarse, mientras las lágrimas resbalaban lentamente por sus mejillas.

X

James partió hacia España y Portugal con un cargamento de consejos y de cartas de presentación que le dio su tío, y de un sinfín de recomendaciones de Leonora sobre aquello que debía o no debía comer y beber. Una vez en el avión, experimentó una sensación de libertad más que comprensible —aquello casi parecía una huida—, pensando en que iba a pasar varias semanas sin tener que dar cuenta a nadie de nada. Sin embargo, dada su manera de ser, lo primero que hizo al llegar a España fue enviar tarjetas postales a Leonora y a Phoebe; diciéndole, a la primera, que había llegado bien, que todo era maravilloso, pero que la echaba de menos; y, a Phoebe, que todo era maravilloso y que les había escrito a los del guardamuebles diciéndoles que ella iría a elegir todo lo que le había prometido prestarle para su cottage. Pero a Phoebe no le dijo que la echaba de menos, porque tenía la sensación de que ella no esperaba que se lo dijese.

Tener algo que ver con el mobiliario de un hombre y, sobre todo, tener parte de él, por más que temporalmente, acrecienta considerablemente el prestigio de una. Y quizá ésa fuese la razón de que Phoebe le hubiese pedido a su amiga Jennifer que la acompañase al guardamuebles, que estaba en la zona noroeste de Londres, un poco más allá de Cricklewood.

Phoebe le había hablado mucho a su amiga de James, de la tienda de antigüedades y de lo bonitas que eran las cosas que tenía en su apartamento, de manera que Jennifer esperaba ver algo verdaderamente especial cuando abrieron un cofre y Phoebe empezó a revolver. Había muchas cosas envueltas en papel de periódico. El primero que decidió desenvolver fue uno de forma tan extraña como prometedora, acaso una figurita o una estatuilla, o algún objeto de cristal cuidadosamente protegido.

—Oh...

Al desenvolverlo se encontró con unos viejos salvamanteles de corcho, un sacacorchos con una cómica cabeza y varias cucharillas y tenedores con el baño de plata desgastado.

—Quizá este otro —dijo Phoebe, cogiendo un paquete más grande, que resultó ser una lamparita hecha con una botella de vino portugués—. Y a mí siempre me criticaba las mías —añadió perpleja—. Y fíjate tú: él tiene una. No me había dado cuenta.

—La debía de tener escondida en alguna parte. No encajaría con las cosas tan bonitas que dices que tiene.

—Sí, supongo que sí. ¿Y esto qué debe de ser?

Resultó ser otra lámpara hecha con una botella de vino, de esas tipo frasco, con pantalla de paja.

Jennifer se esforzó por no sonreír. Las maravillosas «cosas» de James no se ajustaban a las expectativas, de manera que también empezó a dudar sobre otros

aspectos de la relación, acerca de los cuales le había hablado Phoebe.

—Esta bandeja —dijo Phoebe— es modernista, ¿no? Y, mira, aquí hay un pájaro de cristal.

Por fin aparecían un par de cosas que no estaban mal. Baratijas italianas para turistas, pensó Jennifer. Algo parecido se había traído ella de sus vacaciones en Venecia.

—Me pregunto dónde estarán sus otras cosas —dijo Phoebe, desenvolviendo tres ceniceros de lo más corriente—. Recuerdo muchísimas cosas que no tienen pinta de estar aquí.

—Quizá se las ha quedado su madre —dijo Jennifer, en tono un poco agrio.

—No, su madre murió. Es huérfano.

—Pobre.

—Tenía verdadera devoción por su madre.

—Me lo figuraba. Quizá algún pariente entonces... Su tío, o *alguna* de sus amistades.

Se hizo un embarazoso silencio.

—Es poco probable —dijo Phoebe, sin excesiva convicción, porque ¿qué sabía ella?

Entonces se les acercó un empleado desde el fondo de la nave, portando pequeños complementos de mobiliario. A Phoebe se le iluminó la cara.

—Oh, mira, aquí están la mesita y la silla de estilo Victoriano, pero, ¿dónde estará la cornucopia con los cupidos? Creí que eso me lo dejaba a mí.

—Creo que se lo llevó Miss Eyre, señorita —dijo el empleado, con expresión inescrutable.

—¿*Jane Eyre*? —exclamó Jennifer—. Esto me huele mal.

—Miss Leonora Eyre —dijo el empleado—. ¿Un nombre raro no LeahNorah?

—Bah, esas oberturas leonoras —exclamó Jennifer en tono burlón—. Nunca me ha gustado Beethoven. Ese cóctel de Beethoven y Jane Eyre resulta poco tranquilizador, ¿no te parece?

—Qué bobadas dices. Probablemente es su vecina de abajo, una mujer que ronda los sesenta. Me la presentó un día en la escalera. Siempre estaba pendiente de él y supongo que habrá querido dejarle algo. Pero, con todo, no creo que la cornucopia vaya con ella. No puedo recordar cómo me dijo que se llamaba —añadió un tanto embarazada—. Seguramente es que no me lo dijo.

—Bueno, ya no puedes hacer nada —dijo Jennifer, un poco harta—. Ya lo aclararás después.

Phoebe le dio las señas al empleado para que le enviasen los muebles a su cottage y, luego, fue con Jennifer y con la madre de ésta a tomar el té a una cafetería de Wigmore Street. Jennifer iba dándole vueltas a la idea de una Jane Eyre supervisando mientras embalaban los muebles de un Mr Rochester y al hilo de ello siguió imaginando a otras heroínas en circunstancias similares. Phoebe la escuchaba sin

demasiada atención, porque se había quedado preocupada pensando en la tal Leonora Eyre, preguntándose cómo podría averiguar quién era en realidad.

XI

La cornucopia era, sin duda, muy del estilo de Leonora. El espejo estaba un poco desportillado y, según con qué luz lo enfocase, veía en él el rostro de una mujer de otra época, fascinante y de indefinida edad. Podía ser una buena idea utilizarlo para arreglarse, y ahorrarse por lo menos algunos de los penosos descubrimientos que venía haciendo últimamente: arrugas donde no las hubo, y ese ajamiento y gradual deterioro de la piel que tan descorazonador resultaba en una mañana de primavera o de verano.

Aquel día tenía que ir al dentista, Mr Lambe, un viejo amigo que la admiraba incluso en las poco propicias circunstancias en que tenían lugar sus encuentros dos veces al año. Era un hombre apuesto y bien conservado que coleccionaba *netsuke*; algo tendrían que ver los dientes con la atracción que los pequeños objetos de descolorido marfil ejercían sobre él. Le habló con entusiasmo de su última adquisición, mientras le llenaba a Leonora la boca con algodón y le colocaba el tubo de drenaje antes de empastarle una muela.

—¡Una avispa en una pera podrida! —exclamó él, con voz cantarina—. ¡Cómo no iba a llamar la atención de un coleccionista con semejante descripción! Por desgracia, no pude ir a la subasta... ¿Qué tal? Ahora, sólo apriete los dientes, Miss Eyre... ¿A que no le molesta? Algo increíble: lo adjudicaron por dos libras y media. ¡*Dos libras y media!* Por suerte se lo pude comprar... al comprador. ¡Menuda tragedia lo del robo de la tienda! ¡Pobre Mr Boyce!

Mr Lambe era también el dentista de Humphrey, que no hacía mucho había ido a verlo, de manera que estaba al cabo de la calle sobre el robo de las codornices. Leonora cerró los ojos, mientras Mr Lambe hurgaba de nuevo, para hacerle otro pequeño empaste. Dos empastes en una visita... incluso sus bonitos dientes empezaban ya a periclitarse.

—Aquellas codornices —seguía farfullando Mr Lambe—, tan primorosas. Los ladrones debían de ser de esos que saben muy bien lo que hacen. Son robos que nada tienen que ver con esos vulgares ladrones de los barrios bajos.

De uno de esos barrios bajos procedía Mr Lambe, aunque no se veía a sí mismo con tal origen.

—Creo que un ladrón que sabe lo que se hace podría robar *netsuke* incluso en los barrios bajos —dijo Leonora—, y en cambio un ladronzuelo no sabría su valor.

—No, desde luego, una persona de pocas luces difícilmente se sentiría atraída por cosas así. Le atraería más un televisor o una cubertería.

Leonora volvió a cerrar los ojos. La tarde era calurosa y la pejuguera de los empastes, unida a la conversación de Mr Lambe, hacía que se sintiese un poco mareada. Al aparecer la enfermera con su pañuelo y sus guantes, Leonora se percató de que la joven la observaba de arriba abajo mientras se ceñía cuidadosamente el pañuelo al cuello.

—Está usted un poco pálida —dijo Mr Lambe—. Debería ir a tomar un té. Hay unos sitios preciosos por Wigmore Street.

Leonora conocía de sobras varios de aquellos salones de té, donde mujeres elegantes como ella y ociosos caballeros de edad interesante solían pasarse una hora tomando té o café y comiendo pastelillos. Menos mal que Mr Lambe no le había prohibido comer, porque así podría dar buena cuenta de una de sus tartas preferidas, bucles de puré de castañas y crema sobre hojaldre o delicado bizcocho. Con toda seguridad bocados tan exquisitos habían sido creados para ocasiones como aquélla, porque Leonora no estaba precisamente de su mejor humor, después del agotador rato con el dentista y sin poder mimar a James.

Mientras aguardaba a que le trajesen el té, sacó la postal que él le había enviado, tan tierna y afectuosa, diciéndole que la echaba de menos; tan pronto; y con *todo* su amor.

—Es aquí —dijo Jennifer—, y ahí está mi madre. Pone una cara como si llevase un siglo esperando.

—Perdone el retraso —dijo Phoebe, mirando algo incómoda en derredor.

No era en modo alguno el tipo de establecimiento que le gustaba, pero se le iluminó la cara al ver que la camarera se acercaba a la mesa con una bandeja de pasteles y enarbolando las pinzas.

Leonora, desde la mesa del rincón, ponía cara de pocos amigos, porque había llegado antes y tenían que haberle servido primero. Pero, bueno, por lo menos ya tenía el té.

—Voy a tomar una de estas de castañas —dijo Jennifer—. Pero..., espera, me parece que sólo hay una. ¿La quieres tú, Phoebe?

—No, tómala tú. Prefiero una tartita de fresa.

La camarera fue entonces hacia la mesa de Leonora.

—Lo siento, señora —repuso la camarera, al pedirle Leonora lo que quería—, pero aquella joven ha pedido la última de castañas.

—Pues es un fastidio —dijo Leonora en tono petulante—. Porque vengo del dentista y no puedo comer nada duro.

—Ninguna de estas tartas es *dura*, señora —dijo la camarera, un poco airada—. Son todas de hoy.

—Bueno, pues una de estas de café.

Leonora dirigió entonces una mirada de muy pocos amigos —incluso una persona tan encantadora y amable como ella era capaz de mirar así, si la ocasión lo justificaba— en dirección a la mesa en la que estaban sentadas Phoebe, Jennifer y su madre. Pero ni aquella joven tan vulgar; ni la mujer mayor, tan poco elegante y rodeada de paquetes y bolsas de la compra; ni la jovencita vestida de manera tan inadecuada para la ciudad, con aquellas floreadas bolsas de papel, parecían dignas de que les prestase

la menor atención. Y en seguida se olvidó de ellas, concentrándose en la exquisitez de su tarta de café, casi tan deliciosa como la de castañas.

Sólo un diplomático brasileño retirado, la clase de hombre que podía disponer de tiempo libre para tomar el té de las cinco, y que estaba sentado equidistantemente de las protagonistas, se percató del pequeño drama, si es que así cabía considerarlo. ¿A qué se deberá?, se preguntó. ¿Algo serio? Una hermosa mujer disgustada por una tarta, una nadería, en realidad. Pero nunca se sabe...

Leonora salió a tomar un taxi en cuanto hubo dado cuenta del té. Ya casi frente a su casa, reparó con desagrado en las descoloridas cortinas de percal agitándose en la ventana del apartamento de Miss Foxe. ¡Qué maravillosa sería la casa cuando fuese sólo suya! Mientras se preparaba una cena ligera, Leonora empezó a darle vueltas a qué iba a hacer con el espacio sobrante. Y entonces sonó el teléfono. Era Humphrey; le preguntaba si podía ir a verla, pensando que quizá se sintiese un poco sola.

Qué amable era la gente, se dijo Leonora, preparando una bandeja para tomar unas copas, mientras aguardaba a que llegase. Coñac y café, ¿no? Ella prefería crema de menta. Se había cambiado y llevaba un vestido de chiffon verde que le había hecho pensar en la crema de menta.

Humphrey le había traído una bandejita de porcelana; la había comprado en Portobello la semana anterior. No era gran cosa, pero pensó que le agradaría. Y, en efecto, a Leonora le encantó la escena victoriana representada en la bandejita: varias jóvenes bajo un árbol, un cedro, según convinieron.

—Ah, cómo me hubiese gustado vivir en aquella época —se lamentó Leonora.

—Mi querida amiga, la habría encontrado usted de lo más desagradable —dijo Humphrey—. Tiene una idea demasiado romántica del pasado... y también del presente —añadió.

—Sí, supongo que porque una tiene la sensación de que la vida sólo es soportable viéndola con ojos románticos —admitió Leonora—. Y en realidad es una actitud un poco perversa, cuando se piensa en lo mucho que otros sufren, pero es que se siente una impotente, porque, ¿qué puede uno hacer? De manera que trata uno de vivir lo mejor posible...

Leonora se interrumpió, insatisfecha con su manera de expresarlo, porque, en cierto modo, le recordaba a Miss Foxe, yendo a la iglesia temprano los domingos por la mañana. Y no era a eso, en absoluto, a lo que se refería.

—... Goza una de las cosas hermosas y hace alguna que otra obra de caridad, desde luego, y —dijo, inclinándose a tomar un sorbo de su crema de menta— trata uno de amar al prójimo tanto como puede...

Humphrey dejó que le volviese a llenar la copa, al hacer ella una nueva pausa. No sabía cómo expresar lo que estaba pensando.

—Supongo que con eso quiere decir que quiere a James —dijo él, pese a que no

era en absoluto lo que pensaba.

—Claro, ¿cómo no va una a adorar al encantador James? —dijo ella, con mayor efusión de lo habitual.

—Pues es algo muy poco realista, querida, poner su cariño en James. No creo que se le oculte a usted que a nada puede conducir.

—Pero no hay por qué esperar que, forzosamente, tenga que *conducir* a algo, como usted dice.

—Es una relación un poco contra natura —insistió Humphrey—. Una mujer atractiva, de su edad, con James... —añadió, sin saber qué decir exactamente de su sobrino, cuyas inclinaciones sexuales nunca había tenido muy claras—. Es mucho más joven que usted. Y, algún día, querrá casarse con una chica de su edad, sin duda. ¿Y qué hará entonces usted?

No cabía duda de que, por lo menos respecto a la juventud de James, Humphrey estaba en lo cierto.

—No hay que pensar tan a largo plazo —dijo Leonora, desmayadamente—, pero, desde luego, yo sería la última persona de este mundo en interponerse en el camino de James, si él quisiera...

—Pero, es que yo *quiero*... —dijo Humphrey súbitamente—. Ya lo sabe —añadió, acercándosele e inclinando su corpachón hacia ella.

Y ahora me va a besar, pensó Leonora. De pronto le entró tal pánico que rogó a Dios que no pasase de ahí. Trató de decir algo para detenerlo, incluso de gritar, pero no logró articular el menor sonido. Humphrey era más fornido y fuerte que ella, y su beso muy distinto al reverente roce en los labios, la mejilla o la frente que era a todo lo que James parecía querer llegar. No podía perder una la dignidad, por supuesto, se dijo Leonora, porque ya no era una cría. Verse libre de este tipo de cosas era una de las ventajas de envejecer, y de ver cómo se iba marchitando la propia belleza. Lo lógico era no tener que verse en el trance de desembarazarse de ningún pulpo. Aunque le servía de bien poco pensar así en aquellos momentos. Porque la mano de Humphrey, aquella mano tan acostumbrada a apreciar objetos de *art et vertu*, se había introducido por el cuello de su vestido, y le habría, sin duda, rasgado el delicado chiffon —si no algo más—, de no ser porque unos discretos golpecitos en la puerta hicieron que la retirase de inmediato.

Aquella manera de llamar, tan discreta y cohibida, sacaba de quicio a Leonora. E incluso entonces, aunque sintiese sobre todo alivio y gratitud por la interrupción —casi providencial—, no pudo disimular del todo lo mucho que le fastidiaba la estupidez de Miss Foxe. Porque estaba segura de que sabía que ella estaba con alguien; con el coche de Humphrey aparcado tan a la vista frente a la entrada, y el vestíbulo que, seguramente, aún olía al humo de su cigarro.

Humphrey se había levantado del sofá de un salto, y estaba de pie mirando a través de la ventana cuando Leonora abrió la puerta, de manera que Miss Foxe no pudo verlo de inmediato. Cuando al fin se percató de su presencia, se deshizo en

excusas: si llega a *saberlo*... cuánto lamentaba haberla interrumpido; qué torpeza, nunca se le hubiese ocurrido llamar si *lo* llega a saber...

—Pase, Miss Foxe —dijo Leonora, bastante nerviosa—. ¿Conoce a Mr Boyce? Le presento a Miss Foxe, Humphrey, que vive en el último piso. ¿Ocurre algo, Miss Foxe?

—No, que tengo una gotera —repuso ella—, pero nada importante en realidad.

—¿Llueve? —exclamó Leonora mirando hacia la ventana.

El caluroso día había terminado en tormenta, sin que ella lo advirtiese, un verdadero filtro amoroso, o afrodisíaco, al decir de las gentes.

—Pues sí que llueve —dijo Leonora—. ¿Y qué quiere que yo haga?

—Bueno, si tuviese usted un cubo... —empezó a decir Miss Foxe.

—¿Un *cubo*? —exclamó Leonora.

Aquello era el colmo. ¿Acaso tenía ella aspecto de tener un cubo?

—Sí, mujer, algo para poner debajo de la gotera —dijo Humphrey, divertido ante la idea de dos *señoras* carentes de cubos—. Subamos a ver, si a Miss Foxe no le importa.

La siguieron escaleras arriba, hasta la salita. Humphrey reparó en que tenía un par de muebles de buena calidad y algunas cosillas de porcelana, y tomó mentalmente nota de ello. En uno de los rincones del techo había una grieta, y el agua goteaba hasta un jarrón de porcelana china.

—Pero, querida Miss Foxe, ésa es una pieza muy valiosa —dijo.

—¿De veras? —replicó ella con desenfado—. En casa teníamos dos. Solían estar en el salón llenos siempre de un montón de cosas. Me parece que fue un tío-abuelo quien lo trajo de Oriente.

—Tiene usted aquí algunas cosas preciosas —dijo Humphrey, mirando a través del cristal de una vitrina que estaba en un rincón—. Si alguna vez necesitase des...

No le pareció delicado terminar la frase.

—Es que Mr Boyce es anticuario —explicó Leonora—, y estaría encantado en aconsejarla si alguna vez quisiera usted venderse algo.

—Oh, espero no tener que hacerlo nunca —dijo Miss Foxe—. Me gusta rodearme de mis tesoros. Bah, ya no gotea tanto.

—No, es que ha parado de llover —dijo Humphrey—. ¿Sabe qué? —añadió, volviéndose hacia Leonora—. Le enviaré a mi albañil por la mañana. Es un hombre honesto que le cobrará lo justo.

—Oh, cuánto se lo agradezco —dijo Miss Foxe, en tono exageradamente efusivo, si se tenía en cuenta que era más por Leonora que por ella por lo que iba a mandarle el albañil.

Humphrey y Leonora volvieron abajo. Aún quedaba un poco de coñac en la copa de Humphrey, pero era evidente que la velada había llegado al final. Nada dijeron sobre la escena que había tenido lugar antes de la interrupción de Miss Foxe, pero Humphrey tuvo la impresión, a juzgar por la frialdad —casi exagerada— y las

afectadas maneras con que lo despidió, de que se había puesto en ridículo. Lo besó no obstante en la mejilla, como solía hacer al despedirse, y él le reiteró la promesa de enviarle al albañil por la mañana. Quizá aquel pequeño detalle práctico fuese más adecuado que darle vueltas para enviarle algún obsequio o el consabido ramo de flores. Porque, además, ¿qué había hecho para tener que hacerse perdonar? No había hecho más que mostrarle que la consideraba atractiva. ¿Acaso no les gustaba a todas las mujeres sentirse, ocasionalmente, afirmadas por gestos de esa naturaleza?

Tampoco Leonora quiso darle demasiada importancia. Aquel cómico Humphrey. Debía de haber sido el coñac. No era la clase de hombre de quien una esperase algo así. Al examinar el vestido vio que no se lo había rasgado, sólo se lo había descosido un poco por la sisa, y con dos puntadas estaba arreglado.

XII

Poco después de su visita al guardamuebles, Phoebe tuvo que ir a Londres para comprar papel carbón y una cinta nueva para la máquina de escribir, porque había pasado a máquina tal cantidad de materiales del diario de la escritora que hasta la cinta había palidecido, y le salía todo de un gris casi indescifrable. Cerca ya de la hora del té, que no era, desde luego, una de las horas ante las que el subconsciente de Phoebe reaccionaba de manera automática, se encontró cerca de Sloane Square, en dirección a la tienda de antigüedades. Se había hecho el vago propósito de hablar con alguien —aunque en realidad no tenía idea de con quién—, con la esperanza de saber algo más de James de lo que su última postal permitía deducir.

No vio a nadie al acercarse al escaparate, hasta al cabo de un momento en que vio asomar por la trastienda a una mujer con una taza blanca en la mano.

—Lo siento —dijo ésta, al ver entrar a Phoebe—. Mr Boyce está al llegar. ¿Puedo atenderla yo, entre tanto?

—Soy una amiga del sobrino de Mr Boyce —dijo Phoebe, sin arredrarse.

—Ah, en tal caso, permítame que le ofrezca una taza de té —dijo Miss Caton, visiblemente aliviada—. Me temía que fuese usted una clienta.

Phoebe aceptó el té casi de mil amores, aunque estaba terriblemente fuerte, pues estaba muerta de andar. Miss Caton era una amable personita, proclive a hablar por los codos. De manera que a Phoebe le vino casi rodado poder preguntar, como de pasada, si conocía a Miss Eyre, que era quien se había encargado de embalar los muebles de James.

—Ah, Miss Eyre —exclamó Miss Caton, en tono casi reverente—. Es *muy* amiga de Mr Boyce. ¿Recuerda que nos robaron? Pues le envió flores... ¿A que fue un detalle bonito? Y me parece... —dijo, dudando por un instante—,...me parece que Mr Boyce la lleva al Covent Garden esta noche.

Bueno. Así que Miss Eyre era amiga *de Humphrey*. Eso lo explicaba todo. Era perfectamente natural que ella supervisase la operación de embalaje de los muebles de James. Debía de ser para James casi como una tía. No tuvo tiempo de sonsacar más información, porque Humphrey llegó en seguida, evidentemente molesto por algo. Phoebe se percató de que Miss Caton escondía las tazas de té enseguida, casi como si no quisiera que él las viese.

—¡No hay derecho! —exclamó él—. Toda la tarde perdida.

Phoebe se sintió obligada a decir algo, pero él prosiguió como si no reparase en su presencia.

—El lote 90 tenía que haber salido hacia las tres, pero al llegar yo, a las tres menos diez, ya iban por el 105.

—¡Madre mía! ¿Y cómo es eso? —musitó Miss Caton.

—Porque una imbécil decidió retirar sus miserables trastos de la subasta... «Efectos Personales de una Dama... retirado».

—Esta joven es amiga de Mr James —dijo Miss Caton, señalando a Phoebe.

Humphrey pareció sobresaltarse. El aspecto un tanto extraño de Phoebe no le atraía, pero era una mujer, y joven. ¡Ajaja!, exclamó para sí, en tono deliberadamente melodramático. De manera que el joven James tenía un lío secreto. A ver qué decía de eso Leonora.

—¿Hace mucho que conoce a James? —le preguntó.

—Lo conocí hace algún tiempo, en una fiesta —explicó Phoebe—. A veces viene a verme al pueblo donde estoy viviendo... trabajando, en realidad, provisionalmente.

Acabáramos, pensó Humphrey. Ahora ya no le importaba reconocer sus dudas sobre a qué sexo debían de pertenecer los amores de James. Quizá, al ser tío y sobrino, su relación era demasiado estrecha para que se le confiase en tales cosas. O puede que se debiese a todo lo contrario: a que no fuese suficientemente estrecha. De lo que no cabía duda era de que se trataba de una chica. Se había puesto las gafas para asegurarse, porque, en estos tiempos, no siempre resultaba tan fácil.

—Ay, Dios, espero que Miss Caton la haya atendido debidamente. ¿Le apetece una copita de jerez?

—Bueno, sí —dijo Phoebe, algo cohibida.

—James me ha escrito muy contento desde Zaragoza —prosiguió Humphrey, esforzándose por pronunciar correctamente el nombre de la ciudad—, pero, naturalmente, usted debe de tener noticias más recientes que yo.

—Pues la verdad es que no —dijo Phoebe, contristada.

—Es que el correo en España va fatal y el nuestro ya no es lo que era —dijo Humphrey, quitándole hierro a la cosa—. Ahora irá a Portugal y en seguida regresará. Parece que ha conocido a alguien en el viaje.

—¿Alguien relacionado con las antigüedades? —preguntó Phoebe, tratando de no mostrar excesivo interés.

—Un norteamericano que se llama Ned —dijo Humphrey—, así que no creo.

Phoebe sintió un auténtico alivio al saber que se trataba de un hombre, porque habría podido ser perfectamente una chica.

—Así no se habrá sentido tan solo —dijo Miss Caton, por decir algo—. Es como cuando uno va solo de vacaciones. Yo prefiero ir en grupo.

—Pero James no está de vacaciones —le recordó Humphrey—. Va en viaje de compras, y confío en que se traiga algo que merezca la pena.

—Tengo que marcharme ya —dijo Phoebe—. Tengo que ir a casa de mi madre a Putney, a East Putney.

—Ah, pues tiene el metro en Sloane Square, creo que hay una buena correspondencia —dijo Humphrey, con la falta de convicción propia de quien nunca utiliza el transporte público—. ¿Verdad, Miss Caton?

—Sí, sí —dijo Miss Caton con seguridad—. Puede coger la District Line.

—¿Está segura? —dijo Humphrey—. Pregunte, de todas maneras, en la estación.

Phoebe, que sabía perfectamente que podía ir a East Putney desde Sloane Square,

se fue bastante satisfecha del resultado de su visita.

Tal como Miss Caton le había revelado a Phoebe, Humphrey iba a llevar a Leonora a la ópera aquella noche. No era un espectáculo que a él le entusiasmase en exceso, pues no sabía nada de música, aunque sí lo que le *debía* gustar. Representaban *Tosca*, que era la ópera favorita de Leonora. ¿Era aquella predilección —casi una pasión— por Puccini algo que no iba del todo con ella?, se preguntaba Humphrey. ¿No tenía aquello algo de vulgar? ¿No la habría, quizá, admirado más de ser Mozart su predilecto? Pero aquella pequeña imperfección la hacía parecer más humana, y era bastante lógico que se identificase con la heroína. Pocas mujeres debía de haber, pensaba él, que no creyesen vivir enamoradas del arte y del amor. Era una lástima tener que darle lo que podían ser para ella malas noticias. En realidad, podía callarse lo de la visita de la joven, pero pensó que era mejor que Leonora lo supiese.

¿Quién mejor que él para decírselo?

Leonora estaba muy bonita, con aquel traje de noche negro que le daba un aire distante.

—Qué música más arrebatadora —le susurró ella, inclinándose hacia él, y dejando que la manga de Humphrey rozase su brazo desnudo.

Era evidente que ya le había perdonado su impropio comportamiento de la otra noche, que él, por su parte, se había apresurado a enmendar enviando al día siguiente por la mañana a su albañil, que había reparado la gotera en seguida. Este «dicho y hecho» era lo que una esperaba de alguien como Humphrey, pensó Leonora, apartándose un poco.

¿Habría sido *Tosca* la mejor elección, teniendo en cuenta la noticia que tenía que darle? Porque, si bien no costaba mucho trabajo imaginar a Leonora como la heroína, enamorada del arte y del amor, sí era difícil imaginar a James, o a sí mismo, como Mario y Scarpia. Él no había querido forzar demasiado las cosas, se decía Humphrey, no sin cierta presunción. Se había contentado con aguardar a que ella se sintiese movida a entregarse, y aquél podía ser el momento. ¿Cuándo y dónde debía darle la noticia? No en el atestado bar, en el siguiente entreacto, porque, ya en el primero, había estado aguardando inútilmente a que le sirvieran una copa. Y, en el próximo, podía ser una crueldad, con la perspectiva del trágico último acto. Lo mejor era hacerlo mientras cenasen.

—Todo, menos el jamón de Parma ahumado —se apresuró a decir Humphrey, mientras, terminada la ópera, se hallaban ya en el restaurante mirando la carta.

Un colega había tenido una mala experiencia con aquel jamón. Una buena sopa bien caliente podía sentarles de maravilla a los dos, pero Leonora optó por aguacate relleno de gambas. Humphrey aguardó a que ella lo probase, y dijese que era delicioso, antes de atacar su objetivo.

—Querida —dijo—, tengo que darle una noticia.

—¿Noticia? ¿Sobre qué? ¿Buena o mala? —dijo ella, bromeando.

—Según se mire. No sé si considerarla del todo «buena».

—Pues, si no es del todo «buena», ¿qué es? ¿Apasionante? ¿Divertida?

—Divertida, quizá.

La verdad era que le estaba dando demasiadas vueltas.

—¿A que no sabe lo que James nos tenía muy callado? —le preguntó, en un tono deliberadamente más pomposo de lo habitual.

—¿Ah, se trata de James? —dijo ella, cambiando de expresión—. ¿Y qué es ello?

—¡Pues que tiene un lío!

Ya se lo había soltado.

—Lleva yo qué sé cuánto con una chica, en un pueblo, y nosotros sin enterarnos.

Una gamba aterrizó en el mantel, aunque quizá hubiese sido de todos modos su destino.

—Qué manera más torpe de comer —dijo Leonora con aplomo—. ¿Será la edad? No sé si atreverme a coger la mahonesa con el cuchillo.

—Vamos —dijo Humphrey, algo nervioso—. ¿No irá a decirme que ya sabía lo de James?

—Pues... algo me barruntaba —dijo Leonora, tomando un sorbo de Sauternes—. James es muy guapo, y lo lógico era pensar que tuviese algún tipo de vida amorosa. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Pues porque la chica vino a la tienda, obviamente deseosa de saber de él.

—¿Y no le ha escrito?

—Sin duda. Pero ya sabe cómo va el correo.

—Y de la manera que es James... Lo lógico es que le haya escrito. ¿Cómo es ella? ¿Joven? ¿Bonita? ¿Elegante? —dijo Leonora, tratando de que su tono no revelase excesiva curiosidad.

—Joven..., unos veinte años, calculo. No es que vista muy bien, con ese *look* que se gastan las chicas de hoy en día. Melena enmarañada y un chaquetón de cuero, de ante, me parece.

—Pues James siempre ha dicho que detesta los chaquetones de cuero. Le parecen de quiero y no puedo. ¿Y cómo se llama?

—Phoebe Sharpe.

—Phoebe Sharpe —musitó Leonora.

Y, de la misma manera que Jennifer había sentido cierta desazón y desagrado al oír el nombre «Leonora Eyre», Leonora sintió a su vez una ligera incomodidad. El nombre le recordaba algo de Gilbert and Sullivan (¿*The Yeoman of the Guard*?) y de la Becky Sharpe de Thackeray; una combinación inquietante, aunque puede que, dadas las circunstancias, cualquier nombre le hubiese resultado desagradable.

—Creo que su madre vive en Putney... En East Putney, me parece que dijo.

—Pues vaya cuadro que me pinta —dijo Leonora, riendo—. No encaja en absoluto con James. ¿Está seguro?

—Sí, sí. Iba a coger el metro, la District Line, desde Sloane Square, al salir de la tienda.

—No era nada difícil adivinar en qué parte de Putney —dijo Leonora—. Pero, ¿cómo sabe el carácter de su relación?

—Me dio esa impresión; no sabría cómo explicarlo. Además, hoy en día todos los jóvenes «se encaman». ¿No es ésa la expresión que utilizan?

—Qué sé yo —dijo Leonora un poco harta—. Rara vez tiene una ocasión de oír esas cosas, y no me interesa lo más mínimo estar al corriente de la jerga moderna. Pero eso de «encamarse» no me suena a mí tan moderno.

Humphrey parecía abatido.

—¿De manera que no le ha sorprendido en absoluto la noticia? —le preguntó.

—¿Sobre James? No, qué va; ya se lo he dicho. ¿Y quién sabe si a estas horas no se habrá liado con alguna bonita española?

—Eso me parece a mí que se temía la pobre Miss Sharpe —dijo Humphrey, aliviado al ver que Leonora se lo tomaba tan bien.

Ya en el taxi, de regreso a casa, él estuvo bastante afectuoso, en la medida en que ella se lo permitió. Pero no lo invitó a entrar. Total, pensó Humphrey, no habrían hecho más que hablar de James.

Leonora se quedó en el vano, con la puerta entreabierta, aguardando a que el taxi se alejase. Una mujer tan bonita no tiene por qué rebajarse a perder los estribos, le dijo a la cornucopia con los cupidos, aunque tampoco había que *exagerar*. En la cocina pensó que quizá «le apetecería» una taza de té indio bien cargado, pero no pegaba beber té después de una cena tan deliciosa. Estaba muy tranquila —o a lo mejor se había quedado catatónica de la impresión—, porque lo cierto era que no tenía ni la menor idea de que James estuviese saliendo con otra mujer, por más que hubiese fingido lo contrario ante Humphrey. Pero le había estado dando vueltas desde el mismo momento en que le dio la noticia, y ya sabía exactamente qué era lo que iba a hacer. Se desnudó, colgó y dobló su ropa metódicamente, y después se sentó en su escritorio y empezó a escribir una carta.

«Querida Miss Foxe», empezó, «me temo que voy a tener que pedirle que deje el apartamento a final de mes, en lugar de cuando expire el contrato, tal como habíamos convenido». «Convenido» era quizás exagerado, porque sólo habían hablado de lo que pudiese ocurrir en el futuro en términos sumamente vagos, y Leonora había confiado, con escaso éxito, en que Miss Foxe no se percatase enteramente de la fuerza que daba tener alquilado un apartamento sin muebles. De manera que, como hija de buena familia, cabía la posibilidad de que se aviniese a lo que Leonora desease. «Una persona muy querida regresa del extranjero», prosiguió Leonora, «y no tiene adónde ir, por lo que estoy segura de que se hará usted cargo de la situación». Leonora hizo otra pausa, pensando en que Miss Foxe imaginaría a la tal «persona» como a una mujer que le hubiese hecho un gran favor en alguna ocasión, acaso una ex institutriz o una amiga de la guerra. «Por supuesto haré todo lo que pueda para

ayudarle a encontrar otro apartamento». Pensó que ésta era la fórmula adecuada. «Cordialmente, Leonora M. Eyre». Por la mañana se pondría en contacto con el guardamuebles. De momento no podía hacer nada más.

XIII

James estaba leyendo una carta de Leonora. El «norteamericano llamado Ned», que había conocido durante el viaje, lo observaba esbozando una sonrisa, como si esperase que le leyese en voz alta algunos párrafos de la carta.

—¿Qué es? —preguntó, al doblar James la carta y volverla a guardar en el sobre.

—Bah, nada —musitó James.

—Vamos, Jimmie, por algo la habrás vuelto a meter en el sobre tan deprisa. Si vieras la cara que has puesto...

Ned, con una voz ligeramente aflautada, siguió bromeando y tratando de sonsacarle. Era un hombre menudo y de pulcro aspecto, de ojos azules y pelo rubio, liso. No aparentaba ni mucho menos los veintinueve años que tenía, y sólo mirando con mucho detenimiento su rostro se apreciaba la impronta de los años.

Estaban en un hotel de Lisboa, pasando unos días antes de regresar a Londres. La habitación era minúscula e interior, asfixiante con el calor de la tarde, y no tenía más vista que un patio interior al que daba la cocina y en el que se abría un pozo. Oían el entrechocar de los platos y las conversaciones a voces de quienes fregaban o preparaban la comida.

James estaba acostado en una de las camas, donde había estado leyendo la carta de Leonora. Miraba la pared, que tenía el papel rasgado en varios puntos, como el interior de una de aquellas anticuadas maletas forradas de cartón. Y no muy distinto de estar en el interior de una maleta era aquello, entre el calor y la vaga sensación de agobio que le producía la presencia de Ned, con el gimoteo de su acento americano. Con los ojos cerrados, James trataba de imaginar la fresca habitación de Leonora, y aquel papel verde por el que trepaban sus plantas, con una buena copa a su lado. Su carta, en la que le contaba todas sus cosas, hacía que se le representase con firmes trazos.

Iba a ver *Tosca* con Humphrey, el mismo día en que le escribió, y le decía que iba a ponerse el vestido negro. Y había estado viendo los anuncios de los periódicos y de las agencias inmobiliarias, por si encontraba algo que pudiera interesarle. («Porque no creo que quieras estar toda la vida pegado a Humphrey»). Para cuando él regresase, confiaba en tener una buena lista de apartamentos para que los viese, porque además sería divertido, ¿verdad? Por supuesto, aunque James hubiese preferido buscárselo él...

—¿Era de Phoebe la carta? —insistió Ned.

Phoebe. Qué lejana le parecía ahora; como si no existiese. James albergaba un ligero sentimiento de culpabilidad respecto a ella, porque sólo le había enviado unas postales, sin decirle más que cosas superficiales, y no había contestado a sus dos últimas cartas. Ned consideraba que era una pérdida de tiempo dedicarse a escribir cartas cuando uno iba de viaje, pese a que él le escribía dos veces por semana a su madre, que vivía en el Cambridge de Massachusetts.

—No, era de Leonora —repuso James escuetamente.

—Leonora, tu *elegante* amiga...

—Sí, te la presentaré cuando vengas a Londres —dijo James, tratando de imaginar cómo resultaría la presentación.

Se sentía aliviado al pensar que tal eventualidad aún tardaría bastante en producirse, porque Ned pasaría unos días en Oxford con unos amigos antes de incorporarse a su trabajo en el British Museum. Se había tomado un año sabático en una universidad de Nueva Inglaterra, donde trabajaba como adjunto en el Departamento de Inglés, y durante ese período de tiempo se proponía concluir su tesis doctoral.

—Me parece que debemos de tener mucho en común —dijo Ned, con su candidez habitual—. Me encantan las inglesas elegantes. ¿Con pamea y zapatos estrechos y de punta?

—Viste muy bien —repuso James a la defensiva.

En su carta, Leonora le incluía una descripción de la ropa que se había encargado para el otoño; un traje sastre de color lila y «otro traje de noche negro, un poco vaporoso, a tono con cómo me siento», le decía. Era imposible imaginar a Phoebe describiendo su vestuario. Su última carta era muy distinta a la modosa epístola de Leonora; un verdadero alud de sentimientos, llena de referencias a cosas que él deseaba olvidar e impregnada de implícitos reproches que acentuaban su sentimiento de culpabilidad. ¡Cómo lo perturbaba aquella muchacha, y qué mal se estaba portando con ella!

—¿Y me presentarás también a Phoebe? —siguió machacando Ned.

—Si quieres. Es una chica muy inteligente —se aventuró a decir James, percatándose de que ella y Ned podían tener mucho de que hablar.

Por lo demás, era difícil imaginarla a ella, o a cualquier otra chica, enamorándose de Ned.

—Creo que debo de tener mucho en común con Phoebe, y no sólo la literatura —dijo Ned, mirando a James por el rabillo del ojo—. Podríamos vernos *todos* juntos. Podrías dar una fiesta en tu nuevo apartamento.

—Sí, es una buena idea —dijo James, con fingido entusiasmo—. Pero, de momento, no tengo apartamento.

—Pero lo tendrás. ¿Qué harás entre tanto?

—Pues no lo sé —repuso James.

El perfume de Ned, mucho más penetrante y exótico que el discreto after-shave, que era lo máximo que se había puesto nunca James, parecía impregnar toda la habitación al acercarse Ned a la cama en la que estaba echado James, todavía con la carta de Leonora en la mano.

XIV

Deshacerse de Miss Foxe resultó sorprendentemente sencillo. Leonora le había dejado la carta sobre la mesa del vestíbulo de abajo, de manera que no pudiese dejar de verla, en lugar de arriesgarse a un embarazoso encuentro, si subía a echársela por debajo de la puerta. Después había salido a calmarse un poco y a prepararse para el mal trago, porque incluso ella —por más dura que pretendiese ser— se percataba de que echar del apartamento a una mujer mayor, y tan amable, no la iba a dejar indiferente. Dio un paseo por el sol en el parque, contemplando los arriates de heliotropos y fucsias y recordando los momentos que había pasado con James paseando por allí. Porque era por él por quien lo hacía y no por ella. Después de dar dos vueltas por el parque, se convenció de que había actuado bien, por lo que, al regresar a casa y encontrarse con Miss Foxe en el vestíbulo, lo hizo con la mayor presencia de ánimo, decidida a mostrarse firme, aunque no descortés, o por lo menos no más allá de lo necesario.

—Oh, Miss Eyre —exclamó Miss Foxe (porque nunca habían llegado a acortar las distancias llamándose por su nombre de pila)—, acabo de ver su carta. ¿Podríamos hablar?

—Por supuesto, Miss Foxe —dijo Leonora, aliviada al ver que no parecía excesivamente alterada—. Pase y tomemos un café —añadió gentilmente.

—Oh, gracias, Miss Eyre, hace usted el café de maravilla.

—Disculpe si mi carta la ha molestado —dijo Leonora, mientras le servía el café.

—Molestarme, exactamente, no. En realidad, ha sido casi un alivio. Porque hacía tiempo que no sabía cómo decirle si podía dejar el apartamento antes de que expirase el contrato, pues ya he encontrado «otro apartamento» —dijo, con una sonrisa a la que se unió Leonora—, y, como es lógico, estoy impaciente por ocuparlo en seguida.

Leonora casi se sintió decepcionada. ¿Dónde habría podido encontrar Miss Foxe un apartamento con un alquiler tan asequible para su economía?

—En St Basil's Priory —prosiguió Miss Foxe, como si Leonora pudiese adivinar de inmediato qué era—. Es una preciosa casa de campo, habilitada como residencia para personas mayores, que atienden unas monjas anglicanas —añadió—, y me han admitido.

Lo decía en tono de mujer desvalida, pensó Leonora; «admitida» por las monjas.

—Ha quedado una plaza libre a causa de un fallecimiento, me explicó Mrs Ainger, a quien usted no conoce, claro. El caso es que tengo la plaza y me gustaría irme la próxima semana.

—¿Y qué hará con los muebles? —le preguntó Leonora, pensando en Humphrey—. Supongo que querrá venderlos, ¿no?

—Ah, no. Puedo llevarlo todo conmigo. Voy a disponer de dos habitaciones sin muebles.

—Ideal para usted, ¿no?

—Sí. La verdad es que estoy encantada de la coincidencia. Al decirme usted en su nota que esa persona que regresa del extranjero no tenía adónde ir, me dije que era como si todo hubiese sido providencialmente dispuesto de antemano... —dijo mirando al techo—. Yo creo en esas cosas, Miss Eyre...

Pues, vete tú a saber, a lo mejor tenía razón, se dijo Leonora, pensando en James.

—Y hay calefacción central. Así no tendré que preocuparme más de esas pesadas latas de petróleo, siempre pendiente de que el del reparto no se olvide de pasar. Recuerdo lo amable que estuvo su sobrino aquella vez, cuando me la subió hasta arriba. Siempre tengo presente ese detalle, al pensar en tanto gamberro y en tanta violencia como hay por todas partes. No es muy corriente encontrar jóvenes así, ¿no le parece?

Por un instante, Leonora se sintió desconcertada. ¿Tan joven parecía, de verdad, su «sobrino»? Pues, si era así, tanto mejor.

—¿Tiene ya alguien que le haga la mudanza? —le preguntó—. Conozco a uno de confianza.

—Ya está todo arreglado —dijo Miss Foxe, con evidente satisfacción—. Dos hermanos legos vendrán con la furgoneta.

Leonora se quedó de piedra.

—Sí, es que también hay monjes. No viven juntos, claro, pero están muy cerca. Y ayudan a las hermanas en reparaciones y cosas así. Fíjese, uno de los hermanos legos era mozo de cuerda antes de ingresar en St Basil's.

—Qué cosas —exclamó Leonora.

No cabía duda de que aquello le iba de perilla, pero confiaba en que la llegada de los dos hermanos legos con la furgoneta no fuese demasiado aparatosa, haciendo que toda la operación pareciese un poco ridícula y la pusiese en ridículo a ella.

El día fijado para la mudanza, Leonora tuvo la suficiente presencia de ánimo como para mirar por la ventana, convenientemente oculta tras las cortinas. Uno de los hermanos legos era guapísimo, una verdadera lástima, le hacía pensar a una; mientras que el otro, probablemente el que había sido mozo de cuerda, era bajito y fornido. Leonora estuvo observando cómo cargaban las cosas de Miss Foxe en la furgoneta, fijándose sobre todo en los jarrones chinos a los que Humphrey les había echado el ojo. Una vez estuvo todo cargado, Leonora bajó a la entrada a despedirse. Ahora ya podía permitirse ser amable y se mostró de lo más encantador, deshaciéndose en buenos deseos para Miss Foxe en su nueva vida. Le daba un poco de apuro que Miss Foxe tuviese que ir en la furgoneta con los hermanos, porque la imagen que daban los tres allí delante, con Miss Foxe en medio, era un tanto extravagante. El caso es que ya se había ido. Eso era lo importante. Y ahora la casa sería muy distinta.

Leonora no pudo resistir la tentación de correr escaleras arriba y entrar en el vacío apartamento, imaginando todas las cosas de James colocadas en las habitaciones, porque entonces podía ya reconocer sin tapujos, en su interior, que tenía la intención de que James fuese a vivir bajo su techo. Eran las circunstancias las que la habían

inducido a tomar tal decisión; y la ansiedad —el desconsuelo, casi podríamos decir— había quedado desechada, con todo el trajín de la mudanza de Miss Foxe. Pero también empezó a darle vueltas a lo que Humphrey le había dicho, pensando que debía tomárselo en serio y ver qué podía hacer. A juzgar por la descripción que Humphrey había dado de la joven, la cosa le sonaba un poco sórdida y de poca monta; la clase de relación de la que, sin duda, James debía de avergonzarse y que debía de significar bien poco para él. Porque nada podría interponerse en *su* relación, en aquella extraña y maravillosa amistad. No le cabía a Leonora duda alguna. Con todo, sentía curiosidad por la joven. Sabía que James le iba a prestar algunas de sus cosas a alguien de un pueblo, pero no le había dado mayor importancia. ¿Sería ese alguien la tal Phoebe Sharpe? Sería fácil averiguarlo en cuanto dispusiese el traslado de los muebles de James al vacío apartamento. Además, así se ahorraría James lo que costaba el guardamuebles, pudiendo tenerlo todo en su casa. Ya elegiría él la decoración a su regreso.

El encargado del guardamuebles se mostró muy solícito —Leonora ya lo había clasificado de «persona amabilísima»— y le dio la dirección de la joven a quien habían enviado parte de los muebles. Y, tal como era de prever, se llamaba Phoebe Sharpe.

¿Qué hacía? ¿Le escribía anunciándole su visita, o se presentaba de improviso? En los pueblos la gente siempre está en casa. Así vería por sí misma «el lugar del crimen» de James, por decirlo cargando un poco las tintas.

Leonora, por supuesto, no tenía coche, ni quería recurrir a la ayuda de Humphrey en tal ocasión. Quería ir sola; llegar anónimamente en tren o en autocar. Tenía algo de placentera aventura viajar en los autocares de la Green Line, pues, por una afortunada coincidencia, había uno que paraba en el pueblo. Una vez allí no le sería difícil dar con Vine Cottage.

Leonora fue la única persona que se apeó del autocar en el pueblo. Mediaba la tarde y hacía un tiempo caluroso y soleado. No se veía un alma, como si estuviese en Italia, o en España, y todo el mundo durmiese la siesta. Y, como no pudo encontrar a nadie para preguntarle el camino, empezó a caminar lentamente por la ancha calle mayor, hasta llegar a la iglesia. Al ver lo que tenía toda la pinta de ser un cottage, asomando de una fronda, fue hacia allí, y llegó hasta una verja junto a la que pendía una descolorida placa de madera con la inscripción «Vine Cottage».

Así que allí era. A ojos de Leonora parecía una casa desvencijada, casi mísera, lo menos parecido a lo que ella pudiera haber elegido para vivir. Con todo, el umbrío jardín y las ventanitas rebosantes de airosas rosas constituían un marco ideal para un romance. Y se echó a temblar de tal modo que tuvo que detenerse un momento, con la mano apoyada en la verja, para ordenar sus ideas. Se anunciaría diciendo que era la amiga de James que se había encargado del embalaje de sus muebles, que él iba a

regresar de un momento a otro y que los iba a necesitar. Y, a partir de ahí, a ver qué pasaba.

La puerta tenía un picaporte de bronce deslustrado que representaba un delfín. Era una pena que Miss Sharpe no hiciese los metales más a menudo, pensó Leonora, al levantarlo para llamar. Y no es que el jardín no necesitase también una buena mano. Probablemente la parra debía de estar en la parte de atrás, porque allí no se veía ni rastro.

«Soy Leonora Eyre», se dijo, mientras aguardaba a que saliesen a abrir, para infundirse valor y seguridad. Volvió a llamar al cabo de un instante, pero tampoco contestó nadie. Entonces empujó la puerta y se abrió. Qué poco precavida era la gente en los pueblos, pensó, al advertir que también todas las ventanas estaban abiertas, como si ladrones e intrusos no les inspirasen el más mínimo temor.

Dio con una pequeña salita de techo bajo, oscura y fresca, que contrastaba con el soleado exterior. Estaba muy desordenada.

«¿Hay alguien?», se aventuró a llamar, porque Miss Sharpe podía estar arriba, o en la parte de atrás. Pero nadie contestó. Optó entonces por sentarse, porque estaba muy cansada. Incluso había confiado en que la invitasen a tomar una taza de té, aunque, dadas las circunstancias de su visita, no era muy probable, aparte de que el aspecto del interior de la casa no hacía pensar en una invitación tan convencional. Casi todo el espacio de la salita lo ocupaba una mesa redonda, sobre la que había una máquina de escribir, montones de libros, papeles y cartas, un lío de ropa lavada, seca, pero muy arrugada, y restos de comida: una hogaza, queso, mantequilla y un tazón a medio llenar, con un líquido marronoso. Y, presidiéndolo todo, había un gato atigrado, enroscado y durmiendo. Adosado a una de las paredes había un sofá, con muchos cojines de chillones colores, discos de gramófono y más libros. Resultaba difícil, por no decir imposible, imaginar a James en semejante marco, y Leonora empezó a afirmarse en lo que creía evidente —entre otras cosas porque no se veía rastro de sus muebles—, en cuanto a que no había, realmente, nada entre James y Phoebe Sharpe. Ciertamente Phoebe había estado en la tienda de Humphrey, y había hablado de James como si de un amigo *íntimo* se tratara, pero puede que Humphrey hubiese llegado erróneamente a esa conclusión. De ahí que Leonora optase por reservarse cualquier opinión hasta conocer a la joven.

Leonora se levantó y miró en derredor. Se fijó en una lámpara hecha con una botella de vino y sonrió, al recordar que James había tenido una, hasta que ella, entre bromas y veras, le había aconsejado que la tirase. No había cuadros ni objetos que pudiesen dar alguna idea sobre cuáles eran los gustos de Phoebe Sharpe, a excepción, posiblemente, de los libros. Leonora abrió uno de ellos; era un libro de poesía, pero sin las gafas no podía leer. Había marcado un punto con un sobre en el que se veía la inconfundible y ampulosa caligrafía de James. No necesitaba gafas para identificarla. Le produjo una fuerte impresión ver una carta de James dirigida a otra persona, y se quedó allí unos instantes, con la carta en la mano, dudando entre abrirla o no. Por

supuesto que estaba muy mal leer cartas ajenas, y ella no era de la clase de personas que hacen estas cosas, pero, dadas las circunstancias, teniendo en cuenta la estrecha relación que la unía a James, y en contra de todos sus principios...

Entonces se oyeron unos golpecitos en la puerta. Leonora volvió a meter rápidamente la carta entre las páginas del libro y adoptó el talante de quien aguarda pacientemente, aunque sin que le pasase inadvertido que difícilmente iba a ser Phoebe quien llamase a su propia puerta.

—Ah... ¿No está Miss Phoebe? —exclamó una mujer alta y rubia, de aproximadamente la misma edad que Leonora, a la vez que entraba.

Leonora se levantó y ambas quedaron frente a frente.

—También yo venía a verla, pero al parecer no está —dijo—. Soy Leonora Eyre —aclaró, pronunciando al fin las mismas palabras que había pensado decir, para infundirse ánimo y seguridad, cuando Phoebe saliese a abrir.

—Rose Culver —correspondió la mujer, en tono casi desafiante.

Leonora recogió el guante midiéndola de arriba abajo, fijándose en cómo iba vestida: vestido de algodón, sin medias, y zapatillas de lona. ¿Había que vestir forzosamente así en un pueblo? No por ello carecía Miss Culver de un sello de *distinción*, si cabe invocar la literalidad para decir que era el típico sello de la solterona inglesa.

—Un amigo mío le prestó a Miss Sharpe algunos muebles —explicó Leonora— y he venido a verla para concretar sobre la devolución. Estoy amueblándole el apartamento a mi amigo y lo va a necesitar todo.

—¿Y ha hecho todo este viaje sólo para eso? —inquirió Miss Culver, como si le sonase extraño—. ¿No podía haberle escrito o telefoneado?

Leonora no estaba acostumbrada a que le enmendasen la plana, ni a que la criticasen, e iba ya a replicar con acritud cuando Miss Culver suavizó su actitud, refiriéndose a lo calurosa que era la tarde e invitando a Leonora a tomar una taza de té en su propio cottage.

—Oh, es usted muy amable... —repuso Leonora, vacilante—. ¿Cree que Miss Sharpe volverá esta tarde?

—Es probable que haya ido a Londres y que no regrese hasta la noche. ¿Quiere dejarle una nota?

—No, ya le escribiré al volver a casa.

Las cosas no habían ido, ni mucho menos, como Leonora esperaba, y no veía nada claro cuál debía ser el siguiente paso a dar. Por supuesto no podía hacerle ninguna confidencia a Miss Culver, pero, como se moría por un té, aceptó de buen grado entrar al cottage de al lado; que la dejase pasar a «lavarse las manos»; que le diese una de esas toallas bordadas reservadas para las visitas, y que la acomodase luego en un sillón con toldillo y escabel en su precioso jardín. Incluso fue tan amable Miss Culver de preguntarle si prefería «Earl Grey» o «Darjeeling».

Leonora se recostó y cerró los ojos. La verdad es que, en muchos aspectos, el

campo era muy agradable, y Miss Culver parecía una buena mujer. Incluso puede que hubiese sido mejor que Phoebe Sharpe no estuviese en casa. Era mucho más digno no llegar a conocerla y, después de ver en qué estado se encontraba su salita, no le apetecía ni poco ni mucho.

Miss Culver le sirvió el té y le ofreció una finísima rebanadita de pan moreno cubierto de mantequilla.

—Delicioso —musitó Leonora—. Qué amable ha sido.

Después de su segunda taza de té, Leonora hizo una discreta insinuación para ver si Miss Culver conocía a James.

—Ah, vienen muchos jóvenes a ver a Phoebe Sharpe —dijo Miss Culver, desenfadadamente—. Pero no sé cómo se llama ninguno.

A Leonora esto le pareció tranquilizador, y se sintió un poco aliviada. Quizá James no era más que uno de tantos.

—Es muy amigo mío —dijo—, íntimo.

—Lo malo con los hombres es que nunca sabe una a qué atenerse. Cuando más cerca crees tenerlos dan la espantada.

Leonora se sobresaltó, preguntándose si habría oído bien. Por un instante las dos solteronas se miraron de una manera que venía a decir: ¿y qué sabrá ella de lo que es tener cerca a un hombre? Pero la embarazosa conjetura duró sólo un instante. Leonora se rehízo enseguida, concluyendo que Miss Culver era, evidentemente, una de esas excéntricas mujeres que viven solas y que no siempre se percatan de lo que dicen.

—Qué huerto más bonito —le comentó—. No he visto nunca un perejil tan hermoso.

—Sí, no es fácil que crezca por aquí. ¿Quiere llevarse un poco?

—Es una tentación, sí, gracias. Pero tendré que irme ya a tomar el autocar.

—Es el 54. Entre semana no va lleno, pero a mí también me gusta llegar con tiempo. Saldré a indicarle dónde está la parada.

Qué gris y corriente le parecía entonces Miss Culver, mientras caminaban juntas, con el ramito de perejil que Leonora portaba con tal elegancia que parecía un exótico complemento de su indumentaria. En el autocar le estuvo dando vueltas al inesperado comentario de Miss Culver, sobre eso de que los hombres «dan la espantada» cuando más cerca crees tenerlos. Le costaba reconocerlo, pero, a veces, sentía cierto desasosiego cuando no veía a James, y la relación de éste con Phoebe Sharpe —con independencia de que fuese más o menos importante— le demostraba que su ansiedad estaba justificada. No es que ella pensase que James fuese «como todos», desde luego, ni que pudiese verlo con los mismos ojos que otras. No podía, por ejemplo, pensar en *casarse* con James, aunque era divertido jugar con la idea. «Vivir apaciblemente en Londres», leía una a veces, «muy apaciblemente» incluso. Porque no cabía duda de que en la vida —y en la literatura— no faltaban precedentes de esta clase de matrimonios. Y entonces recordó a Humphrey, echándosele encima

aquella noche, de una manera que a James no se le habría ocurrido siquiera imaginar...

Al llegar a casa, le escribió una nota a Phoebe acerca de los muebles, explicándole que los necesitaban, y proponiéndole una fecha para la recogida. Sólo unas líneas, frías pero educadas, que, sin duda, surtirían el efecto deseado.

XV

Tres días después, Leonora se encontraba en una tienda de antigüedades de Kensington Church Street, examinando un par de jarrones de porcelana.

—Están impecables, señora —le dijo la dependienta con frialdad—. No va a encontrarles ninguna tara, se lo aseguro.

—No lo dudo —repuso Leonora con la misma frialdad—, pero me gusta verlo por mí misma.

Impecables, desde luego, les habían parecido aquella tarde, cuando ella y James se detuvieron a verlos al pasar frente a la tienda. Pero Humphrey le había inculcado que era muy importante asegurarse siempre bien.

—¿Cuánto quiere por ellos? —preguntó, con mayor frialdad que antes.

La dependienta le dio el precio en tono algo arrogante.

Leonora repitió en voz alta la cantidad, en tono inquisitivo, como si no pudiese creer lo que acababa de oír.

—Ése es el precio, señora.

La temperatura del interior de la pequeña tienda descendió entonces a cero, pese a que era una calurosa tarde de setiembre. Un gélido silencio se hizo entre ambas mujeres.

—Pues, muy bien, me los quedo.

No iba una a regatear, se dijo Leonora, y su ligera vacilación no se debía tanto a que considerase que aquellos hermosos jarrones fuesen demasiado caros como a que, quizá, se estuviese excediendo gastando tanto dinero en el regalo de cumpleaños de James. Además, a ella también le gustaban; eran preciosos y, comoquiera que James iba a vivir en su casa, serían, en cierto modo, también un poco suyos. Se sentó frente a una mesita, preciosa también aunque más modesta, y empezó a extender el cheque.

—¿Quiere que se los enviemos, señora? —le preguntó la dependienta, esbozando una sonrisa.

—No, gracias —repuso Leonora, con una sonrisa también esbozada—. Tengo un taxi aguardándome. Envuélvamelos un poco solamente...

—No faltaba más, señora.

Leonora se puso sus violáceos guantes mientras la dependienta manipulaba un montón de virutas, papel y una caja grande. Después salió hasta el taxi y le entregó a Leonora el paquete.

—Qué bonito paquete. Muchísimas gracias —exclamó Leonora, radiante.

Por su mente cruzó de pronto un ridículo lema, una especie de conseja más bien; esa clase de sentencias que ve uno, o que recuerda, acerca de que sólo pasamos por este mundo una vez y que, por lo tanto, hay que ser amable con los semejantes; algo absurdo, porque podía perfectamente volver a aquella tienda. Y, además, ¿se podía saber por qué la dependienta la había llamado, una y otra vez, «señora», tan innecesariamente después de cada frase? ¿Acaso no podían considerarse socialmente

iguales? Ahí debía de estar el quid. ¿Tan fría, orgullosa e intimidante parecía, pese a no ser nada de todo eso?

—No se puede estacionar aquí tanto tiempo, *miss* —dijo el taxista refunfuñando, pero seguro de que le iba a caer una buena propina.

—Sí, ya lo sé —dijo Leonora en tono amable—. Se lo agradezco mucho —añadió con un suspiro de alivio, casi acunando el precioso paquete entre sus brazos.

Al llegar a casa, encontró varias cartas en la portería, tiradas por el suelo, a la condenada usanza de los carteros ingleses. Una tarjeta postal de James desde Lisboa, con una cariñosa nota expresando su deseo de verla pronto de nuevo; y una carta en un ordinario sobre de color crema, con las señas escritas con una esquinada caligrafía y los sellos casi solapándose en una esquina. No era la clase de sobre que estaba acostumbrada a recibir, y Leonora se preguntó de quién podía ser.

«Querida Miss Eyre», leyó, «recibí su carta acerca de los muebles de James y no me parece *oportuno* que vengan a recogerlos el lunes, ni ningún otro día. No tengo la menor intención de devolverlos hasta que James me lo pida. Atentamente, P. J. Sharpe».

Leonora tardó unos instantes en percatarse de que aquellas iniciales, tan poco elocuentes y que sonaban casi masculinas —P. J. Sharpe—, correspondían a la joven Phoebe Sharpe, pese a que la nota sobre los muebles estaba clarísima. ¡Qué asunto más enojoso! ¿Qué iba a hacer ahora, con todo lo que James había dejado en el guardamuebles instalado ya en el piso de arriba? Era un verdadero contratiempo que le agudó la satisfacción de haber comprado los jarrones. Quizá Humphrey pudiese aconsejarla.

Eran las tres y media, y decidió invitarlo a tomar el té.

Humphrey estaba tratando de venderle un par de figuritas de Staffordshire a una judía muy dura de pelar de Brondesbury, cuando Miss Caton asomó por la trastienda anunciándole que tenía «una llamada telefónica urgente de Miss Eyre». Humphrey se excusó y fue a coger el teléfono, pero, en el par de minutos que duró la conversación, la potencial compradora cambió de idea, y la conspicua judía norteamericana le salió con que «sólo quería echar una ojeada», aparte de que, de pronto, había recordado que su esposo la aguardaba dentro de veinte minutos en el Hilton, y no se acababa de decidir por aquel Acteón de bronce acosado por los perros.

No venía de una venta, se dijo Humphrey al entrar en su coche, porque, además, a Leonora se la veía muy afectada por algo. Aunque, en el fondo, parecía una tormenta en un vaso de agua, tanto aspaviento por los cuatro trastos de James. Podía prestarle algunas de las cosas de la tienda que tenían menos salida, si era necesario. Pero Leonora no se daba por satisfecha con eso y quería hacer algo a toda costa.

—Es una barbaridad, mi querida Leonora, tanta preocupación por los cuatro trastos de James —le espetó, al sentarse con ella en la pequeña galería donde a veces tomaban el té.

—Quería que todo estuviese precioso al regresar —balbució Leonora a punto de

llorar.

—Ya lo sé, encanto —dijo Humphrey en su tono más cariñoso—, y lo estará. Nos acercamos ahora mismo con el coche y lo traemos todo.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? No son más que las cuatro y cuarto. Podemos llegar perfectamente a las seis.

—Pero así, tan de improviso... No quiero llevarme un sofocón.

—No tienes que hacer nada. Te quedas sentada en el coche y aguardas, ya *me* encargaré yo.

—De acuerdo entonces. Estoy lista enseguida.

Leonora fue a su dormitorio y se puso una chaqueta de estambre de color malva, un pañuelo de chiffon negro ceñido a la cabeza y gafas oscuras. En el último momento, metió un frasquito de sales aromáticas en su bolso: nunca se sabía, e igual acababan teniéndoselas.

Entre tanto, Humphrey vació la parte de atrás de la furgoneta, retirando el marco de un cuadro roto, un busto de mármol, varios *The Times* y un paraguas; cosas que podían dar una pista de a qué se dedicaba. Cuanto antes zanjasen aquel asunto mejor, pensó. Llevarse los muebles que tenía la chica, colocarlos en casa de Leonora y dejar que las cosas siguiesen su curso. Le había producido un cierto desencanto la repentina y, en su opinión, brusca decisión de Leonora de querer traerse los muebles de James a su casa. Porque, además, ¿era de verdad prudente ir, casi por la brava, a por los muebles que James le había prestado a su *amante* —que es como Humphrey consideraba a Phoebe— sin previo aviso? Y, sin embargo, en su fuero interno alentaba la esperanza, por más que sin mucho fundamento, de que, en aquella ocasión, Leonora hubiese ido demasiado lejos. Porque, si James se sublevaba y la dejaba, ¿qué haría entonces ella? ¿Qué otra cosa iba a poder hacer sino pasar de sobrino a tío, que era algo mucho más adecuado?

Debía de haber algo en el ambiente de Vine Cottage que hacía que todos quisiesen identificarse, al objeto de que no cupiesen dudas sobre quién era quién. Y, tal como lo hicieron Leonora y Miss Culver en su momento, así lo hizo Humphrey, aunque ya se hubiesen conocido en la tienda.

—Soy el tío de James —dijo, al asomar Phoebe.

—Ah...

Su sobresaltada expresión parecía indicar que temía malas noticias. Podía haberle ocurrido algo a James. Podía haber muerto en accidente de automóvil. Quizá su avión se había estrellado, se fue diciendo Phoebe con aprensión hasta que Humphrey le aclaró el motivo de su visita.

—Venía a recoger las cuatro cosas que le prestó James, si no le importa.

De manera que James no había muerto. Ni siquiera su orgullo de mujer podría

salvar ya del naufragio.

—Puede llevárselos —repuso con aspereza—. ¿Le envía Miss Eyre?

—Yo me he ofrecido a recogerlos —contestó Humphrey, con mayor frialdad—. Soy el tío de James —añadió, como si lo considerase una fórmula mágica—. Si es tan amable de indicarme dónde...

—Tengo esta silla, y una mesita arriba.

La siguió por las escaleras que conducían a la planta superior, un poco violento al entrar en lo que, evidentemente, era su dormitorio. Con enojado ademán, Phoebe retiró el montón de libros que había sobre la mesita.

—Ésta es —dijo—. Y hay un par de cosas más.

Humphrey cargó con la mesita. No pesaba mucho, pero era engorrosa de llevar, al bajar por la estrecha escalera. Phoebe no se brindó a ayudarle, sino que permaneció en el vano, mirando hacia la mujer que estaba en el coche. En seguida se percató de que era Leonora Eyre, aquella fría y elegante figura del vestido malva, con el pelo recogido con un pañuelo de chiffon negro. Ocultaba los ojos tras unas gafas oscuras, pero entrevió su pálida mejilla y su bien perfilada boca. No tenía desde luego pinta de ser la tranquilizadora y maternal vecina de pelo gris, a quien había imaginado embalando los efectos personales de James; ni a tenor de la descripción que Miss Caton había hecho de ella, una persona de la familia, que hubiese podido ser perfectamente su tía. Ver a Leonora —que no *conocerla*, ciertamente— hizo que Phoebe percibiese una nueva dimensión en la vida de James. Una romántica relación con una mujer mayor. Eso explicaba muchas cosas. Menospreciándola, le colgó a Leonora la etiqueta de figura maternal que viene a reemplazar a la difunta madre; en lo que pudo haberse convertido la joven de la fotografía, de haber vivido hasta entonces. Se preguntaba si James y Leonora habrían hecho el amor alguna vez, pero era una idea demasiado desagradable para complacerse en ella. No cabía duda de que aquella alabastrina mejilla incitaba a que la besasen, y quizá eso le bastase a James.

El coche se alejó. Humphrey esbozó un apaciguador ademán a modo de saludo, en dirección a Phoebe —lo sentía por ella—, pero Leonora permaneció inmutable, sin volver la cabeza. Lo que no significaba que no hubiese mirado a Phoebe disimuladamente —ninguna mujer hubiese podido resistir esa tentación—, pero en aquel momento de triunfo prefirió no mirar a la joven a quien consideraba entonces como una rival vencida.

XVI

—Pero, Jimmie, ¿estás seguro de que sabes lo que haces?

La ansiedad aflautó aún más la voz de Ned, de tal manera que, unida al runrún del avión, hizo que James tuviese la sensación de que un mosquito revoloteaba alrededor de su cabeza.

—Por supuesto —repuso algo enojado, diciéndose que estaba por ver si Ned era de los que siempre saben lo que se hacen—. Simplemente, me parece lo más conveniente, hasta que encuentre nuevo apartamento. En algún sitio tengo que vivir...

—Pero con Leonora, y en la misma casa... Jimmie, tienes que mostrarte firme con ella y no dejar que manipule tu vida. Hazme caso; luego podría serte muy difícil despegarte. Eres demasiado bueno, y podrías creerte *obligado* a ella. ¿Y entonces qué?

James no contestó, y ladeó la cabeza, desviando la mirada hacia la ventanilla. Estaban cruzando un banco de nubes grises, adentrándose en uno de esos lluviosos días del otoño inglés.

Como a Ned lo habían ido a esperar al aeropuerto sus amigos de Oxford en coche, James fue hasta Cromwell Road en autobús, a solas con sus pensamientos, viendo a través de la ventanilla la lluviosa y desapacible tarde. Le había comprado un cartón de cigarrillos a Phoebe en el avión, para dárselo a la primera oportunidad. Era consciente de que no era un regalo muy personal —quizá hubiese quedado mejor con unos afiligranados pendientes, o con un azulejo portugués—, pero ya era tarde para enmendarlo. El trayecto, bajo un cielo encapotado y entre descuidados campos, lo sumió en una profunda melancolía, como debía de ocurrirles a otros viajeros con vidas menos complicadas de lo que la suya era entonces. Ned, Leonora, Phoebe... Sus nombres acudían a su mente en este orden. ¿Cómo iba a encajar todas las piezas? Ni siquiera estaba seguro de querer que encajasen. Más o menos, ya se había distanciado de Phoebe, y, si no la veía para darle los cigarrillos, quizá ella tampoco diese señales de vida, como había ocurrido con otras. ¿Pero podría prescindir de Leonora?

Al apearse del autobús vio que Leonora estaba esperándolo, con un impermeable iridiscente como las alas de un bonito insecto. Al ser él quien la vio, y no a la inversa, pudo sorprenderla un instante con cara de preocupación, avejentada. Y sintió una lacerante mezcla de amor y de compasión por ella.

—¡James!

Al verlo se le iluminó la cara. Era tan halagador como turbador pensar que verlo pudiese operar tal transformación.

—Tengo un coche esperando. Así que podemos ir derechos a casa.

No era un taxi corriente, no, sino uno de lujo, inidentificable como taxi, que había alquilado especialmente para ir a recibirlo.

A casa, pensó él, imaginando su viejo apartamento con todas sus cosas por el medio. Pero ir *a casa* significaba entonces ir al apartamento de la planta superior de la finca de Leonora, en el que había vivido Miss Foxe y en el que nunca había entrado. Puede que no supiese muy bien «lo que hacía», pero, ¿cómo hubiese podido rehusar? Y, además, tal como le había dicho a Ned, era sólo temporalmente.

—Está por decorar, claro —le previno Leonora—, porque lo he dejado para que lo pongas tú a tu gusto.

—Precioso —musitó James.

Estaba mucho mejor de lo que había imaginado. Leonora había arreglado maravillosamente, por así decirlo, a base de crisantemos y margaritas, la sala de estar.

—¡Oh, es estupendo que estés de vuelta! —exclamó Leonora, impulsivamente, rodeándolo con sus brazos.

James la abrazó a su vez y, por un instante, permanecieron entrelazados plácidamente. Después James desvió su atención hacia la ventana, contempló los árboles y los tejados.

—¿Y por qué esos barrotes?

—¿Qué, cariño? Ah... Esto debió de ser la leonera de los críos en otro tiempo. Nunca me había fijado, aunque maldita la falta que hacían los barrotes con Miss Foxe aquí arriba. Haré que los quiten, si te producen claustrofobia.

James rió a medias.

—Vas a estar absolutamente independiente, que conste —dijo Leonora—. Mañana vendrán a instalar el teléfono, de manera que no podremos curiosear en nuestras llamadas.

—Supongo que tendrás que hacerme contrato —dijo James, entre bromas y veras.

—Bah, creo que con domiciliar los recibos va que arde, ¿no te parece? Menos papeleo. Total, igualmente voy a sacarte el dinero. Le he preguntado a Humphrey qué alquiler cree él que debo cobrarte. Porque ten en cuenta que el contrato de Miss Foxe no era indefinido.

—¿Y el mío sí?

—¡Totalmente indefinido, cariño!

Fueron entonces hacia el dormitorio.

—*Más flores* —dijo James—. Desde luego lo has dejado todo precioso.

—Sí, me gusta ese jarrón con rosas tardías junto a la cama.

¿Había un dejo de ironía en la frase de Leonora? James empezó a barruntar, con cierta incomodidad, la posible significación de las rosas, porque Leonora no era tan directa como Phoebe. Entonces se fijó en la mesilla de noche.

—¡Pero si es la que le presté a una persona! —exclamó—. O, por lo menos, eso creía.

—Sí... Pero está de vuelta —dijo Leonora, en un impasible tono divertido.

—Oh, pero yo no querría...

¿Qué significaba *aquello*?

—Me pareció que te haría falta y fui a por ella.

James se sentó al borde de la cama, derrotado.

—Oh, no te pongas así, cariño. ¿Qué más daba? ¿No crees?

James asintió con la cabeza, ante el horror que le produjo el inexpresado perdón de Leonora. Ni siquiera tuvo valor para preguntar si ella y Phoebe habían llegado a hablar, y temblaba ante la sola idea.

—Primero pensé en una cena fría, pero al final te he hecho una de *mis* sopas —le estaba diciendo Leonora—, sólo porque es el primer día. Humphrey quiere que vayamos luego a tomar café y unas copas. Pero deja que primero te enseñe tu cocina, donde podrás hacerte esos deliciosos guisos *à la française*.

Al día siguiente, James fue ya a trabajar. Todo parecía tan tranquilizadora como deprimentemente igual. Las salas de subastas no habían reanudado todavía su actividad después del paréntesis del verano, y lo único que hacía interesante el trabajo era que, de vez en cuando, entrase algún cliente.

James bajó aquella mañana casi de puntillas desde su apartamento, para no molestar a Leonora, pero no se oía ni una mosca. Acaso injustificadamente, pensó que Leonora no debía de estar muy presentable por la mañana. Sólo una jovencita podía resultar favorecida en bata, despeinada y con ojos de sueño. Aunque Phoebe siempre parecía tener el mismo aspecto, recordaba, salvo cuando iba a verlo a Londres y hacía esfuerzos por vestirse adecuadamente.

—Hay un paquete para usted —le dijo Miss Caton, con voz cantarina.

Había tomado sus vacaciones en plena canícula y la apergaminada piel se le había puesto como un salmonete. Y, al traer el consabido café liofilizado de media mañana, en aquellas vergonzantes tazas blancas de un dedo de grosor, se notaba que ardía en deseos de contárselo todo de pe a pa.

Pero estaba preocupado y distraído, recordando que al día siguiente era su cumpleaños y sospechando que el paquete era de Phoebe.

Era un libro, una antología de poesía contemporánea. ¿De quién podía ser si no? No había tarjeta ni nota que indicase quién era el remitente. Ni siquiera se atrevió a hojearlo, temiendo encontrar algo que lo turbase.

—Es un libro, ¿verdad? —preguntó Miss Caton—. Oh, de poesía —añadió en tono declamatorio—. Me ha dicho Mr Boyce que hoy no va a venir, ya que aún no han abierto las salas de subastas. Una norteamericana parece interesada en esas figuras de bronce. A lo mejor vuelve. Dice Mr Boyce que la atienda usted, a ver si se decide.

—¿Qué tal sus vacaciones, Miss Caton? —dijo James, que no tenía muchas ganas de trabajar—. ¿Ha hecho un *tour* en autocar, no? Interesante. ¿Por dónde ha estado?

Miss Caton respiró profundamente y empezó a contárselo. James escuchaba sin demasiada atención, haciendo de vez en cuando algún comentario apropiado. Pero, al

cabo de un rato, empezó a tomarle gusto al monótono y detallado relato del viaje en avión a París, el recorrido en autocar por Francia y Suiza, y la visita al lago Maggiore. Miss Caton le describió con la mayor elocuencia el mal rato que le dio el estómago a su amiga, y el desagrado de ésta hacia el catolicismo europeo, conviniendo al fin ambos en las excelencias de las comidas sencillas y saludables, y de la Iglesia Anglicana.

Al atardecer, James empezó a verse regresando ya al apartamento de la casa de Leonora y preparándose la cena en la cocina. Como al día siguiente era su cumpleaños, cenaría sin duda con ella, pero, ¿qué se iba a hacer hoy para cenar? ¿Se compraba algo para hacer en casa? ¿Un poco de carne a la parrilla y un trozo de pizza? Porque no iba a ponerse a hacer un curry, ni a freír cebolla ni pescado. No podía impregnar de semejantes olores la elegante escalera de Leonora. Al final pensó que sería mucho más sencillo cenar fuera, meterse luego en el cine y llegar a casa sobre las once, sin hacer ruido, para no molestar a Leonora, caso de que ya se hubiese acostado. ¿Debía quizá llamar a su puerta para darle las buenas noches? Sería agradable tomar una tacita de té-jazmín con ella. Pero, justo al acercarse a la puerta, oyó una carcajada y la voz de la amiga de Leonora, Liz, diciendo sarcásticamente: «Pero, querida, no son precisamente sentimientos maternos los que puede inspirar un hombre *así*».

¿Sobre qué y sobre quién estarían hablando? ¿No sería de él, eh? Se sintió desplazado de antemano de aquella conversación, y algo molesto por lo que le pareció un poco de doblez por parte de Leonora.

Pero, por supuesto, al día siguiente por la noche, las cosas transcurrieron de modo distinto. Mientras Leonora trajinaba en la cocina, James estaba sentado frente a la mesa de hierro esmaltada de blanco del patio, tratando de escribirle una carta a Phoebe. Tenía que darle las gracias por el anónimo envío del libro, proponerle una cita, hacer algo para tranquilizar su conciencia. Además, algo tendría que hacer con el cartón de cigarrillos que le había comprado. Miraba displicentemente las flores que a Leonora parecían crecerle incluso cuando no era la época: begonias, dalias y una segunda floración de rosas. Se preguntaba si las uvas de la parra de Vine Cottage estarían ya en sazón, o si era de esas parras bordes.

Notó que algo se movía detrás de él y vio que era Leonora, que le traía algo de beber. Llevaba un vestido negro, de chiffon le pareció que era. Había ido a la peluquería y unos bucles caían sobre sus mejillas; un peinado quizá demasiado *joven* para ella, pero que le sentaba bastante bien allí en la penumbra.

—Si apenas se ve ya —dijo ella—. Toma, le he puesto un poco de ginebra.

James había tapado automáticamente con la mano la hoja de papel, en la que aún no había escrito más que la fecha y el encabezamiento: «Queridísima Phoebe».

—¿Una carta difícil? —preguntó Leonora en tono comprensivo.

—Imposible diría yo —repuso él suspirando.

—Sí, a veces hay cartas que se le resisten a uno. Pero déjate de cartas en tu cumpleaños. Puedes escribirla mañana, ¿no?

James musitó algo ininteligible.

—Puede que ni siquiera sea necesaria —prosiguió Leonora—. El silencio es a veces lo mejor.

—Sí, supongo que sí.

Lo iba a dejar correr de momento. Si Phoebe lo amaba, lo comprendería y, si no, ¿qué importaba? Arrugó la hoja y se la guardó en el bolsillo. No era cuestión de dejarla por allí.

—¿Listos pues para festejar el cumpleaños?

—Claro —dijo James, levantándose y entrando con ella en el salón.

—Mira: éste es tu regalo. A ver si te gusta.

La radiante expresión de Leonora se le contagió mientras desenvolvía el paquete. Y allí estaban: aquellos dos preciosos jarrones que había admirado en un escaparate una tarde, mientras paseaba con Phoebe, y, en otra ocasión anterior, con Leonora.

—Eres demasiado buena conmigo. No sé cómo agradecerártelo.

—Con un beso me basta —dijo Leonora desenfadadamente.

Se inclinó a besarla en la mejilla y le tocó el enlacado pelo, que daba la sensación de estar hecho de una extraña sustancia.

—Son preciosos, querida. ¿Te acompañó Humphrey a comprarlos?

—No, quería que fuese un secreto. Ya sabes cómo es Humphrey. No es por criticarlo, pero esa manía suya de regatear hasta el límite... No sé, ir a comprar en compañía de un anticuario la cohibe a una.

Sí, porque, además, lo más probable era que su tío conociese al otro anticuario, pensó James. Sentía escalofríos sólo con pensar que Leonora era capaz de gastarse tanto dinero para su regalo de cumpleaños. Con todo, al ver los jarrones de nuevo, ya no le parecieron tan bonitos como la primera vez que los vio. Tenía algo de enfermizo aquel color y le parecían un poco recargados. Al contemplarlos entonces se sentía como... (como un niño tenía que ser, forzosamente) que se hubiese atiborrado de pasteles, o de cualquier otra golosina. Contristado, se sentó a la mesa dispuesto a dar cuenta de su deliciosa cena de cumpleaños.

XVII

—Hola, Jimmie, ¡adivina quién soy!

—Ned, claro —dijo James quedamente, porque su tío estaba en la tienda y la llamada telefónica lo había dejado con la palabra en la boca.

Había estado discursando a su sobrino sobre la conveniencia de que se pusiese a estudiar, en serio, algunos aspectos del mundo de las antigüedades.

—Ya sé que se aprende mucho yendo asiduamente a las subastas —le había dicho —, pero deberías procurar especializarte en algo; bronce, porcelanas, o incluso muebles. Pero no en netsuke —añadió, recordando quizá sus visitas a Mr Lambe, el dentista.

Y justo cuando James iba a decir «porcelanas», pensando quizá en el regalo que Leonora le había hecho para su cumpleaños, había sonado el teléfono.

—Ve tú a ver —le había dicho Humphrey, en tono enojado—. Si es Mrs Hirschberg, sobre los bronce, ya hablaré yo con ella.

—¿Estás ocupado? —preguntó Ned.

—Bueno, sí —repuso James con cautela.

—Bueno, entonces abrevio. He de pasar unos días ahí, en el British, de manera que podríamos vernos el fin de semana.

—Pero es que...

James se sentía confuso, tanto por la presencia de su tío como ante la idea de que Ned fuese a verlo a casa de Leonora.

—¿Estarás, no?

—Probablemente sí. Pero, ¿podría confirmártelo?

—Es que no va a haber tiempo y, además, no sé dónde voy a estar. Lo intentaré. Si estás te veo y, si no, pues nada. Es de lo más sencillo, ¿no, Jimmie?

—Sí, claro. Ahora tengo que dejarte.

Sencillo. ¿Había algo *sencillo* tratándose de Ned?

—¿Quién era? ¿Tu novia? —preguntó Humphrey, casi por decir algo—. Espero que hayas quedado bien con ella con eso de los muebles. No me hizo ninguna gracia ir a recogerlos de una manera tan expeditiva, pero Leonora parecía preocupada pensando que iban a hacerte falta y ya sabes cómo es... Las mujeres hacen siempre una montaña —añadió, no como una crítica sino generalizando.

—Sí, es verdad, sí —convino James.

El caso es que Leonora se estaba portando maravillosamente y él se sentía muy cómodo en su apartamento. Se había temido que ella se dedicase a entrar y salir continuamente, metiéndose en lo que hacía o dejaba de hacer, pero no se había entrometido en absoluto. De vez en cuando, al regresar por la noche, notaba que Leonora le había cambiado las flores de la salita. Y siempre se aseguraba de que tuviese leche fresca en el frigorífico, de que le bajasen la basura y de todos esos pequeños detalles prácticos que contribuyen a hacer la vida más cómoda, pero de los

que a uno no le suele gustar ocuparse.

Aquella noche cenaba con ella, y James iba a toda prisa. Había tenido que pasar por Harrods, de camino a casa, para comprar unos sorbetes de limón, que a Leonora le encantaban. Trató luego de arreglar un poco las flores, no con tanto arte como lo hubiese hecho ella, le pareció. Luego se «arregló» él y, justo en el momento en que estaba listo, llamaron a la puerta.

—¿No será demasiado temprano, verdad? —dijo ella.

—Qué va. Tú siempre eres oportuna.

Si el cumplido tenía algún doblez, Leonora no se dio por aludida.

—Por lo general, llego unos minutos tarde, por coquetería —reconoció.

—Pues me alegro de que en esta ocasión no, porque estaba impaciente por verte —dijo él, sin mentir en absoluto, porque se sentía mucho más cómodo con ella que con Phoebe o con Ned.

Era casi como si fuese la primera vez que saliesen, o como si hiciese muy pocos días que se conocían, se dijo Leonora con satisfacción. Aquel condenado asunto de Phoebe Sharpe y de los muebles había sido como una pesadilla, aunque tampoco había que exagerar.

Cuando la velada estuviese avanzada, Leonora se proponía decir *algo* sobre Phoebe, para acabar de dejar las cosas claras. Sólo faltaba un pequeño toque para zanjar definitivamente el asunto.

—¿Sorbetes de limón, eh, granujilla?

—Me dije que sería un milagro que no se deshiciesen antes de llegar.

Pensó en el trabajo que se había dado el pobre para traérselos, cuando ella podía perfectamente habérselos hecho traer de Harrods llamando por teléfono. Pero no hubiese sido lo mismo.

—¿Quieres que corramos las cortinas para tomar el café? —le preguntó él—. ¿O prefieres que nos sentemos en la penumbra con sólo la lámpara del rincón?

—En la penumbra, mejor. *Penumbra*... ¿Qué palabra más bonita, verdad? ¿Procede del latín?

—Pues no me atrevería a asegurarlo.

—Esa inteligente amiga tuya seguro que lo sabría. ¿No me dijiste que era licenciada en Filología o algo así?

—¿Phoebe Sharpe? —exclamó James, enarcando las cejas y mirando su taza.

Lo dejó perplejo que Leonora quisiese arriesgarse a empañar lo que estaba siendo una velada perfecta.

—Sí, Phoebe Sharpe.

—¿Y a qué viene? —inquirió James, algo incomodado.

—No nada, me he acordado de ella al pensar en el origen de *penumbra*.

James sirvió el café.

—Mira, cariño, no quiero *seguir* con eso, pero confío en que no estuvieses demasiado desagradable con la pobre Miss Sharpe.

—Por supuesto que no —exclamó James indignado.

Porque, además, «Miss Sharpe» no le sonaba en absoluto a Phoebe.

—No te enfades conmigo, pero me pareció esa clase de chica a quien no le resulta muy fácil atraer a un hombre.

—Carece de elegancia y de encanto, desde luego. No fue más que... Pero ¿qué necesidad hay de hablar de ella? No voy a volver a verla.

—No vas a volver a verla —repitió Leonora, arrastrando las palabras, sin el menor dejo inquisitivo, sino dándolo por hecho.

—No. He recibido esta carta de ella agradeciéndome los cigarrillos y diciéndome que deja el cottage, que va a pasar el invierno en Mallorca con lo que ha ganado, para escribir una novela o no sé qué.

Leonora sonrió en la penumbra, porque le pareció una buenísima noticia.

—No es cuestión de que nadie se sienta herido —dijo gentilmente.

—Ah, Phoebe no tiene por qué. Pero, por favor, dejemos ya de hablar de ella.

—De acuerdo. Sólo quería que supieses que me hago cargo de todo. Y no quiero que pienses que voy a interponerme si algún día... una joven bonita y cultivada, de veintidós o veintitrés años —dijo Leonora con talante pensativo—... Mira, cariño, haría todo lo posible por *uniros*. Alguien interesado por el arte y las antigüedades, claro está...

Leonora se interrumpió porque se dijo que no era nada difícil que James encontrase a una joven así en Christie's o en Sotheby's el día menos pensado.

—¿Quieres un poco de crema de menta con el café? —le preguntó James, ansioso por cambiar de tema.

—*Crême de menthe* —repitió Leonora con exagerado énfasis—. ¡Ni hablar!

—Creí que era tu licor favorito.

—Lo era y lo es, cariño. Sólo que me recuerda la última vez que lo tomé.

—¿Cuándo? —inquirió James un poco picado.

—Una noche que vino Humphrey, y Miss Foxe tenía una gotera en su... en *tu* apartamento. Parece que hace siglos ya.

Qué manera de echársele encima Humphrey... surgiendo de la penumbra... pensó riendo para sí, sin poder compartir con James la imagen que se le representaba.

—Pues esta noche no parece probable... —dijo James.

—Por supuesto que no —dijo Leonora, volviendo a sonreír en la oscuridad.

¿Le habría importado de haber sido *James*?, se preguntaba Leonora. Lo dudaba.

—Anda, siéntate a mi lado —le dijo.

—Me sentaré aquí en el suelo —dijo James, cogiendo un cojín.

—Así podré acariciarte el pelo. ¡Qué rizado lo tienes! Como espigas doradas, o comoquiera que lo dijese los poetas isabelinos.

Literatura inglesa no, por favor, se dijo James. Después de haberse deshecho de Phoebe no era cuestión de que le recordasen ahora a Ned.

XVIII

Al día siguiente era sábado, pero la prometida visita de Ned no se produjo. James pensó que le habría dado pereza llegarse hasta tan lejos; y, en cualquier caso, le habría llamado antes por teléfono, que sonó una vez, pero se habían equivocado de número. Por la noche, James intentó leer un poco, pero no podía concentrarse. Notaba un ligero escozor en la garganta y se temía haber pillado un resfriado.

El domingo por la mañana lo despertaron las campanas de la iglesia, al tocar para el servicio religioso de las ocho. Era la iglesia a la que Miss Foxe solía asistir, le había dicho Leonora. Podía ver la torre sin moverse de la cama. Se volvió del otro lado y se quedó de nuevo profundamente dormido, soñando sobre todo lo que habían vivido con Ned en Portugal, hasta las nueve y media. Entonces se percató de que, en efecto, había pillado un resfriado y siguió echado, compadeciéndose y deseando que un alma caritativa le trajese una taza de té. Pero estaba seguro de que Leonora no querría molestarlo y, si quería té, tendría que levantarse de la cama y hacérselo él. Siguió holgazaneando un poco más, mirando en derredor de la habitación, admirado de cómo Leonora había dispuesto sus muebles y todos los demás objetos, mucho mejor de lo que lo hubiese podido hacer él. Sólo faltaba la cornucopia. ¿Se la habría prestado a Phoebe y se la habría ella quedado? No acababa de entenderlo, porque no lo podía recordar, pero, pachucho como estaba, no quiso darle más vueltas. Al incorporarse notó que se le iba un poco la cabeza. A lo peor no era un simple resfriado. Seguro que tenía fiebre.

Mientras preparaba el almuerzo del domingo, Leonora se percató de que arriba no se oía ni una mosca, sumamente sensible como era al menor ruido que procediese del apartamento de James, que, seguramente, estaba haciendo un poco el vago, se dijo indulgente. Aún era lo bastante joven como para levantarse tarde por las mañanas, algo que ella ya era incapaz de hacer. Le hubiese encantado subirle el desayuno — imaginaba la bandeja primorosamente preparada— y hablar sobre lo que decía la prensa del domingo. Pero no quería convertirse en un incordio, no fuese a ser «que diese la espantada». Se había limitado a subir de puntillas, hacia las ocho y media, a meterle los periódicos por debajo de la puerta. Quizá luego bajase a tomar una copa con ella, o cenasen algo. Entre tanto... la rutina dominical que, para Leonora, incluía dar una cabezada por la tarde, dormitando sobre un periódico o un libro. A cierta edad, necesitaba una descansar un poco, si quería estar fresca por la noche.

Justo al poco de dar las cuatro, Leonora se despertó y conectó la *kettle* para hacer té. Seguía in oírse ningún ruido en el apartamento de James. Quizá había salido, silenciosamente, mientras ella dormitaba. Qué extraña manera tenían ambos de subir y bajar, siempre sigilosamente, para no molestar. ¿Sería ése el secreto de su perfecta relación?

Estaba tomando ya el té cuando llamaron a la puerta. Podía ser Humphrey, o su amiga Liz. Por si acaso, se empolvó un poco y se perfiló los labios antes de salir a

abrir.

Era un desconocido, un joven rubio; quizá no tan joven, fijándose mejor, pero más joven que ella, y muy bien parecido y atractivo.

—Debe de ser usted Miss Eyre —dijo él—, Leonora... que es como siempre la he oído llamar, si no le importa. Jimmie me ha hablado mucho de usted.

Leonora se puso al instante en guardia. No habría sabido decir por qué, acaso por oír que llamaba «Jimmie» a James, aunque era más probable que se debiese a que el aspecto y el talante del joven le hizo pensar que aquel amigo de James no tenía nada que ver con ex compañeros de colegio como Jeremy o Simón.

—Lo siento, pero no está —dijo Leonora.

No era del todo mentira, porque —ahora que caía— estaba segura de haberlo oído salir mientras descansaba.

—Pues, qué lástima. Tenía que haberle llamado primero, por si acaso. Le dije que estaría en Londres este fin de semana. Qué se le va hacer —dijo Ned, como si fuese ya a despedirse—. Si es tan amable, díglele que ha venido Ned.

—Ah, entonces usted debe de ser el norteamericano que James conoció en el viaje.

—El mismo.

—¿Quiere pasar y tomar un té? —le preguntó amable Leonora.

Tuvo la intuición de que no debía dejar que Ned se fuese así, y de que debía aprovechar aquella oportunidad —acaso la única que tuviese— para averiguar algo sobre él.

—Sí, muchas gracias.

Ned pasó al recibidor, mirando hacia su reflejo en la cornucopia y deteniéndose en ella un instante.

El implícito antagonismo que había entre ellos se manifestó con tanta frialdad como educación; con un talante parecido al que presidió el breve contacto entre ella y la dependienta de la tienda, donde compró el regalo de cumpleaños para James. La diferencia estaba en que, en este caso, no cabían componendas por pura urbanidad. Iba a ser una confrontación en toda regla, con té de por medio, se dijo Leonora, haciendo acopio de tanto aplomo como pudo mientras sacaba otra taza y otro platito y le servía el té. La palabra que le había inspirado la visita —«confrontación»— no era de las que ella solía utilizar, pero le parecía muy apropiada mientras escuchaba la pausada voz del norteamericano, tan educado y encantador, de palabra fácil y agradable.

—Cómo le hubiese gustado a mi madre ver una casa tan acogedora —dijo él, mirando en derredor—. Le encanta todo lo inglés. Y qué porcelanas más bonitas tiene usted. Y el té. ¿Earl Grey, verdad?

Hablar de madres y de té podía ser muy tranquilizador, pero no por ello se disipó la incomodidad que sentía Leonora. Sabía, intuitivamente, que Ned era mucho más peligroso que Phoebe. Era algo que siempre le había dado pánico en su relación con

James, y la parecía «injusto» tener que afrontarlo un domingo por la tarde, cuando rara era la mujer de su edad que no estuviese en horas bajas.

Y, encima, Ned la miraba de un modo un tanto extraño. La estaba midiendo de arriba abajo; paseando la mirada por su cara, su cuerpo y sus piernas; ni siquiera sus pies escaparon a su escrutadora revisión. Recordó cómo algunos hombres, sobre todo «los extranjeros», «te desnudaban con la mirada», como se decía antes, pese a que la mirada de Ned estaba totalmente exenta de sexualidad o de deseo. Sólo al cabo de un rato se percató Leonora del sentido de la mirada de Ned: estaba calculando lo que costaba su ropa y todo lo que la rodeaba: su peinado, su maquillaje, sus joyas y hasta sus zapatos.

Él, a su vez, debió de advertir que ella lo había notado y sonrió, inclinándose hacia adelante y tocando con la yema del dedo la manga de su blusa.

—¿Seda cruda? —dijo, con un quedo deje inquisitivo, que dio a sus palabras una siniestra implicación.

—Sí —repuso Leonora, haciéndose hacia atrás.

—Jimmie siempre me decía que vestía usted muy bien, y veo que estaba en lo cierto.

Eran palabras halagadoras, y a Leonora le gustaban los cumplidos, pero, por más encantador que se mostrase, aquel joven quería quitarle a James y no iba a permitirselo.

—Ha sido una suerte que tuviese usted un apartamento para Jimmie —dijo Ned, con suavidad—. Le ha venido de perilla. Me hablaba maravillas de su encantadora casa.

A Leonora no le hacía ninguna gracia la idea de que ambos hubiesen estado hablando de ella, como seguramente habían hecho. Quizá, a sus espaldas, James la criticase.

—Tengo entendido que está usted realizando un trabajo de investigación en el British —dijo ella.

—¡Mi condenada tesis! —exclamó Ned, con talante de *enfant terrible*—. A ver si la termino de una vez.

—¿Sobre qué versa?

—Es un estudio sobre algunos de los poemas menores de Keats.

—Vaya, Keats —dijo Leonora, con cierto alivio, al ver que se trataba de un tema familiar.

Pese a ello, Keats no figuraba entre sus poetas favoritos, y no habría podido recordar en aquel momento ninguno de sus poemas menores. Ned había cogido de la repisa de la chimenea una paloma de alabastro, un regalo que James le había hecho a Leonora, y la estaba acariciando. Leonora se fijó en lo pequeñas que tenía las manos.

—Seguro que debe de conocer su poema sobre la paloma —dijo él.

—Ah, sí, el de la paloma —dijo ella, aunque no lo recordaba.

Ned citó los dos primeros versos.

*Yo tenía una paloma, y la dulce paloma murió;
y la creí muerta de congoja...*

—Ah, sí, aquel poemilla tan triste —dijo Leonora, al ver que se trataba de algo tan sencillo e inocuo, como si hubiese dado en suponer que sería complicado.

—Murió, sí —añadió Leonora—. ¿Quiere un poco más de té?

Ned le tendió su taza y siguió con el poema, arrastrando las palabras y dándoles un extraño énfasis.

*Oh, ¿qué la acongojaría? Sus patas estaban atadas
con un solo hilo por mi propia mano tejido...*

—Tendría usted que ir a visitar la casa donde vivió Keats en Hampstead —dijo Leonora, un poco nerviosa, porque el inocuo poemilla había tomado luego otro sesgo, como si ocultase una oscura y extraña significación. Aunque, probablemente, eran figuraciones suyas, un poco ridículas.

—Podríamos ir los tres —añadió Leonora, con viveza—. No creo que James haya estado nunca.

—Me gustaría —dijo Ned, levantándose—. Debo irme ya. Me ha encantado conocerla. ¿Le diré a Jimmie que he venido? —inquirió, fingiendo dudarlo, en son de broma.

—Por supuesto. Y tiene que venir usted un día a almorzar.

«Almuerzo», sí —que no «comida» como decían algunos—, que así era como había que llamarlo, felicitándose por la corrección del término.

—Me encantaría —dijo, con un leve parpadeo y una sonrisa, despidiéndose ya.

Leonora cerró la puerta y permaneció unos instantes apoyada en ella. Estaba temblando. Había resistido estoicamente el mal trago, pensó, y había sido inteligente por su parte sugerir que podían volver a verse, pero el poema seguía martilleando en su cerebro. ¿Sería así como los demás —acaso el propio James— veían su relación? Fue hacia la cornucopia, cual si buscara una autoafirmación, y se vio pálida y tensa. De pronto se sintió demasiado vieja para luchar, aunque, ¿se era alguna vez demasiado vieja para luchar por un amor? ¿No había que aferrarse a él con tanta tenacidad como a la propia vida? Siempre se había visto como una mujer débil, demasiado dependiente de los hombres —sobre todo de hombres como Humphrey—, necesitada de sentirse arropada en la cotidianeidad. Pero, en los momentos verdaderamente difíciles, era quizá más fuerte que ellos. Y, desde luego, más fuerte que James.

James había estado durmiendo casi toda la tarde y se despertó ya casi oscurecido.

Le había parecido oír que llamaban a la puerta, y la voz de Ned, pero, cuando trató de aguzar el oído, se dijo que debía de estar soñando.

Se levantó y se puso el batín. Sintió que se le iba un poco la cabeza, y necesidad de tomar algo, aunque no sabía qué. Fue hacia la puerta y la abrió, pensando bajar al apartamento de Leonora, pero no se oía nada, y se dijo que quizá hubiese salido.

—Leonora —llamó.

—Vaya, James, pensé que habías salido. ¿Es que has estado ahí todo el día?

—Sí, no estaba muy fino al despertarme, y me he quedado durmiendo. Creo que he pillado una gripe, o yo qué sé.

—Pobre James... Si lo llego a saber... ¿No has comido nada?

—No, no me apetecía. Y no tenía ánimos...

—Pues vuelve a la cama y te subiré algo.

Al subir Leonora con la bandeja, primorosamente dispuesta —sopa, tostadas, huevos revueltos y un racimo de uva negra—, James estaba arrellanado entre los cojines y ya se sentía mejor. Era esa hora de las tardes de los domingos en que las campanas empiezan a tocar a vísperas, una hora que puede ser muy agradable, o melancólica, según las circunstancias.

—Qué pronto oscurece ahora —dijo Leonora, acercándose a la ventana—, y los sicomoros se están quedando sin hojas. Hay una verdadera alfombra en el jardín.

—Las barreré en cuanto esté un poco más animado —dijo James, que detestaba trabajar en el jardín, pensando que era lo menos que podía hacer por ella.

Permanecieron allí, en agradable silencio, durante un rato, mientras James comía con pulcritud y Leonora estaba sentada en una silla junto a la cama.

—Ah, por cierto —dijo ella al fin—, ha venido una visita esta tarde.

Una visita... O sea que no lo había soñado.

—Tu amigo norteamericano, Ned.

—¿Ned? ¿Y qué está haciendo en Londres?

—Trabajando en el British, me parece. Dijo que ya lo sabías.

James sintió como un sofocón, ante el tono de Leonora, tan frío y exento del menor dejo de reproche. Hubiese preferido que le hubiese hecho una escena. No recordaba, en aquel momento, haberle hablado de Ned. Muy poco, en cualquier caso. En cierto modo era como si la hubiese engañado dos veces; primero con Phoebe y luego con Ned. Desvió la mirada hacia la ventana. Vio caer unas hojas del sicomoro. Ned, como todos los norteamericanos, le llamaba al otoño «la caída». Sintió el impulso de correr escaleras abajo y hundirse en aquellas hojas, en un extravagante ritual de ocultación, de «regreso al útero», o comoquiera que lo llamasen. Pero pensó en cómo se hubiese reído Leonora, y en su callada comprensión. Era inútil tratar de escapar de nada. Lo estaba apremiando a que comiese uva.

—Siempre habría que tener uva en casa —dijo ella—. La necesita una cuando menos lo espera.

—¿Y qué ha dicho Ned? —preguntó él.

—Oh, ha estado encantador. He pensado en invitarlo a almorzar con algunos amigos y presentárselos. Es un encanto.

Pero poco *encantado*, pensó James. Aunque, si Leonora lo agarraba por su cuenta, quién sabe. Podía deshacerse de él con la misma facilidad con que se había deshecho de Phoebe. Eso sin contar lo bien que lo había manejado a él. Con todo, no le parecía Ned tan fácil de manipular. Ned era de esas personas básicamente poco influenciables y podía ponérselo muy difícil a Leonora.

—Podríamos ser —iba diciendo ella— tú y yo, Humphrey y Liz. ¿Crees que debiéramos invitar a otra chica? ¿Qué te parece?

—A Miss Caton —dijo James, burlándose.

—¡Eres un demonio, cariño! Es una pena que Miss Sharpe se haya ido a Mallorca. Me hubiese gustado tener ocasión de conocerla mejor, y a Ned le hubiese encantado. Con lo que a ambos les gusta la literatura —James alargó la mano y cogió otro grano de uva. No le hacía ninguna gracia que Leonora hurgase en aquello, porque le hacía sentirse como un muñeco. Cerró los ojos, y se sintió aliviado al ver que ella optaba por no seguir y guardaba silencio.

XIX

A Leonora no le cabía la menor duda de que algo tendría que hacer respecto a Ned, pero ir por la brava, aunque no le hubiese costado «ni tanto así» hacerlo, resultaba muy incómodo y fatigoso. Aparte de que podía pasarle como a Hércules: cortar la cabeza de la Hidra y encontrarse con que le crecía otra. Era obvio que no iba a poder deshacerse de Ned tan fácilmente como de Miss Foxe o de Phoebe, que tan oportunamente se había quitado de en medio. Con todo, Ned sólo iba a estar un año en Inglaterra, poco tiempo en comparación a toda una vida. Primero aquel almuerzo, y luego la visita a la casa de Keats. No era que fuese a ser muy divertido para ninguno de los tres. Y, cuanto más vueltas le daba, más peligrosa le parecía la perspectiva que se abría ante ella. Quizá fuese mejor llegar a un compromiso, en virtud del cual Ned pudiese «entretejerse en el tejido» de sus vidas, con sutiles hilos que no perturbasen la armonía. Pero, en cuanto Ned puso los pies en su casa, se convirtió de inmediato en el centro de atención, y el brillo de su personalidad hizo que Leonora no pareciese más que una vieja empingorotada, Liz una mujer insignificante y gruñona, James un joven inmaduro y Humphrey un pariente petulante.

—¡Me alegra muchísimo verla! —exclamó Ned, rozando su mejilla con los labios, a la vez que su suave y pequeña mano se posaba un instante en su brazo.

No contaba con que la besase, no habiéndose visto más que una vez, y se dijo que, en cuanto a «entretejerse en el tejido de sus vidas», ya se le estaba adelantando.

James, que tenía a su cargo servir las copas como un silencioso y eficiente criado o camarero, se sentía tan descorazonado como incómodo por el sesgo que estaban tomando las cosas. Ojalá nunca le hubiese hablado de Ned a su tío en aquella carta. No se le había ocurrido pensar que Humphrey se lo comentase a Leonora, que Ned fuese a presentarse en su casa y que hubiesen intimado de manera tan inesperada. Tenía que haberlo mantenido en secreto —igual que había hecho con Phoebe—, pero, ¿cómo iba a adivinar el cariz que iban a tomar las cosas entre él y Ned? ¿No iría Leonora a pegárseles adondequiera que fuesen? Le estaba dando vueltas a todo esto mientras iba sin mucho garbo a la cocina a traer el asado, un succulento redondo de ternera.

Humphrey se levantó para cortarlo. Era uno de esos hombres que se sienten a sus anchas en tal menester, y aquel espléndido asado bien merecía sus habilidades.

—Un plato de lo más inglés, me temo... —dijo Leonora, volviéndose hacia Ned, como excusándose.

—Ah, el roast-beef, es formidable —exclamó Ned, dirigiéndole a Leonora su mejor sonrisa—. Y pudding estilo Yorkshire... No se lo creerá si le digo que es uno de mis platos favoritos.

Leonora se felicitó al ver con qué buen apetito comían, pero estaba emocionalmente demasiado agotada para comer ella demasiado. Estaba en gran

tensión con Ned allí, y James apenas había abierto la boca desde que llegó. ¿Qué le ocurría? Al marcharse Humphrey y James a su trabajo en la tienda, aprovechando para acercar a Ned al centro, Leonora supuso que también Liz se marcharía. Pero Liz, como hacen algunas mujeres cuando se las invita, insistió en quedarse a ayudarla a fregar los platos y a arreglar la cocina en la que, de paso, se entretuvo en aprovechar todo resto de carne de los platos para sus gatos.

—James parece haber intimado mucho con su nuevo amigo —dijo Liz.

—¿Tú crees? Pues no había reparado en ello —dijo Leonora, desenfadadamente.

—Lo he estado observando mientras hablabas con Ned, y su cara era todo un poema.

—Sí, pobre. No sé qué ha pasado que no le hemos dejado abrir la boca. No es tan fácil hacer que encaje la gente.

—Ni falta que te hace. Yo no me fiaría de Ned ni tanto *así* —dijo Liz, con tono de suficiencia.

—Bueno, pero no se trata aquí de fiarse de él o no.

—No, claro... Nosotras estamos ya de vuelta.

Liz lo dijo con el despegue de quien está más allá de toda implicación emocional y, al incluir a Leonora, trataba quizá de advertirle que se retirase, ahora que aún estaba a tiempo. Y, sin embargo, por otro lado deseaba que siguiese adelante, para comprobar, hasta donde le fuese posible, si la fría, orgullosa y bien organizada Leonora era capaz de sufrir como ella había sufrido, y podía así proporcionarse un espectáculo interesante, un poco de diversión para combatir el tedio de la vida cotidiana.

—Me pregunto qué pensará Humphrey de todo esto —añadió Liz, en vista de que Leonora no contestaba.

—No me parece oportuno en absoluto —dijo Humphrey, irritado—. Ya sabes que no me gusta dejar a Miss Caton sola por las tardes.

Sonaba como si su tío temiese que la pudiese atracar o violar cualquier comprador, pensó James.

—Ella sabe arreglárselas tan bien como yo —dijo James—. Y le he prometido a Leonora llevarla con Ned a ver la casa de Keats. Él necesita conocer la casa, además, para su tesis.

Humphrey guardó silencio, sin atreverse a aguar la fiesta, con la promesa a Leonora por un lado y la «tesis» de Ned por otro, aunque esto último no le producía ni frío ni calor, como solía decir. No acababa de entender el giro que estaban tomando las cosas desde que Ned había entrado en sus vidas. ¿A qué estaba jugando James? Primero una novia y ahora un amante. ¿Y a qué venía que Leonora hiciese una montaña de lo de Ned? Porque era evidente que, por muy encantador que fuese, a ella no le caía bien. Lo más sensato que podía hacer era reconocer su derrota y abandonar.

—Pues de acuerdo, muy bien —dijo al fin Humphrey—. No quiero que desaires a

Leonora. Pero no lo tomes por costumbre. Es una lástima que llueva tanto esta tarde —añadió, con un malicioso dejo de satisfacción.

Leonora fue hacia el coche con aquel bonito impermeable iridiscente que llevaba cuando fue a recibir a James al aeropuerto. No estaba una precisamente muy favorecida bajo la lluvia. Y era precisamente un día en que tenía que haber estado radiante. Había imaginado que la excursión coincidiese con una de esas doradas tardes de otoño —estación de brumas y de añeja fecundidad, ¿no?—, porque casi siempre que había salido con James habían tenido suerte con el tiempo.

—Parece que he llamado a la tormenta —dijo Ned desenfadadamente, al besarla en la mejilla—. Con el día tan espléndido que hizo *ayer* —añadió, mirando a James y esbozando una sonrisa.

Pero James estaba ayudando a Leonora a subir al coche y fue ella quien captó la mirada.

Domingo había sido el día anterior, un día de verdad espléndido. Leonora oyó que James salía temprano, nada más desayunar, y no regresó hasta altas horas de la noche. Se esforzó por no aventurar dónde podía haber estado y se propuso no preguntárselo.

—Como no vamos a tener que andar mucho por fuera —dijo James—, no nos mojaremos.

Lo que no iba a ser obstáculo para que el encapotado cielo y la persistente lluvia rodeasen la casita de Keats, con sus casi desnudas habitaciones, de un halo de tristeza. No había más visitantes que ellos y una mujer de mediana edad, con un chubasquero con capucha y unas de esas botas de plástico transparente que se ponen encima de los zapatos. Llevaba una bolsa de la compra llena de libros y, sobre los libros, una de esas bandejitas de menús individuales de las tiendas de «comidas para llevar». A través del plástico de la bandejita, Leonora veía las lonchas de roast-beef simétricamente dispuestas, bañadas en salsa, una porción de pudding estilo Yorkshire, dos bolas de puré de patata y unos hermosos guisantes. Su primera reacción fue el habitual desdén que sentía por todo aquel capaz de vivir de ese modo. Pero luego, acaso porque su creciente infelicidad la había hecho más sensible, pensó en aquella mujer, que iría a encerrarse en la acogedora soledad de su hogar, a calentarse la cena en un santiamén sin molestarse en hacer nada, a leer algún libro mientras cenaba, saboreando el recuerdo de su visita a la casa de Keats. Vio fugazmente sus facciones, corrientes pero radiantes, al levantar la mujer la cara tras contemplar la vitrina que contenía conmovedoras reliquias del poeta. Se le habían caído las lágrimas.

Leonora fue hacia un pequeño invernadero en el que había algunas flores tardías; begonias y geranios malva que aún florecían. Los racimos que colgaban de una parra le recordaron el cottage de Phoebe. ¡Qué fácil había sido *aquello* comparado con *esto*! Se sentía muy deprimida y, al ver a James y a Ned a cierta distancia, hablando en voz baja, se sintió derrotada. Pensó que hubiese sido mejor no haber ido. A ella Keats no le decía nada, no significaba para ella otra cosa que el recuerdo de la voz de Ned aquel domingo por la tarde, recitándole aquellos horribles versos sobre la

paloma.

—¡El anillo de *compromiso* de Fanny Brawne! —exclamó Ned en su entusiástico tono—. Y la piedra es una almandina, dice aquí. ¿Qué es, Jimmie?

—No tengo ni idea —dijo James, para quien Keats tampoco significaba nada.

—Parece un granate —dijo Leonora, que se les había acercado.

—Sí, creo que sí —convino Ned, posando la mano en el brazo de Leonora y mirándola con fijeza—. Me parece, Leonora, que está usted necesitando su té. La veo *agotada* —añadió gentilmente.

—¿Te has fatigado ya, no, Leonora? —le preguntó James, en su tono solícito de siempre.

Pese a ello, Leonora se preguntó si habría reparado James en su cansancio, caso de no haberlo hecho Ned.

—Que voy a estar cansada —dijo con cierta acritud.

—La verdad es que es agotador andar por los museos. Mi madre siempre lo dice —dijo Ned—, y la culpa es mía. Aunque, si supiera cuánto significa esto para mí...

Leonora no veía demasiado claro que aquello significase tanto para él.

—Me hago cargo —dijo—, y además fue idea mía venir.

Pero entonces Ned, caprichoso como un crío, decidió de pronto que también él estaba harto e hizo que fuesen todos a tomar el té, con bollos y tostadas calientes con mantequilla. Y luego a ver el apartamento que había encontrado, el «nidito de Ned», como dijo él.

Esa curiosidad y cierta obstinación que una mujer frágil puede mostrar, incluso en las circunstancias menos halagadoras, hizo que Leonora, pese a lo cansada que ciertamente estaba, fuese con ellos hasta Brompton Oratory («es que a mí lo católico me va mucho», había comentado Ned), donde había alquilado un apartamento amueblado.

Entraron en la sala de estar, totalmente a oscuras. Ned encendió entonces una lamparita, que alumbró lo justo para que Leonora viese las paredes empapeladas de color verde oliva y un tresillo tapizado en piel negra. Una alfombra negra, grande, de piel sintética cubría la mitad del suelo, y en un rincón había un diván rojo, con un montón de cojines, también de piel artificial. Aquello daba una vaga sensación desagradable, quizá porque no tenía nada que ver con los gustos de Leonora, ni con la gente de su ambiente. Le recordó el oscuro e inhóspito sótano donde Colin servía las ensaladas.

—Es de un actor que está de viaje, rodando una película —dijo James, como si se sintiese obligado a decir algo.

—Claro, así no ha podido ponerlo usted a su gusto —dijo Leonora, pensando que podía perfectamente cuadrar con el de Ned.

—No exactamente... Pero es simpático, ¿no? Y el dormitorio sí que me gusta —dijo, abriendo una puerta y dejando ver una cama de enormes dimensiones con una colcha de terciopelo malva.

—¿Es cómoda? —dijo Leonora, percatándose de que era una estupidez preguntarlo.

—Me parece que sí —dijo Ned—, aunque no es que me importe mucho.

—Este papel a franjas es bonito —dijo Leonora, esforzándose al máximo por ser amable.

Volvieron entonces a la salita y Ned sacó unas copas. Había whisky, vodka y crema de menta. Leonora aceptó medio vaso de tónica, pero empezó a dolerle la cabeza y lo dejó casi intacto, tras el primer sorbo. James tomó whisky, y Ned se sirvió crema de menta con cubitos. Se enfrascaron hablando de no sé qué manera de partir el hielo que Ned y James parecían encontrar muy divertida. Leonora no le veía la gracia, y cada vez se sentía más incómoda en la atmósfera que se estaba creando en torno a ellos dos. Iba ya a pedirle a James que la llevase a casa, cuando Ned se adelantó a hablar en su tono más meloso.

—Leonora está cansada y hemos sido un poco egoístas haciéndola quedarse tanto rato. Ha sido una tarde deliciosa. Así que voy a pedirle un taxi para que la lleve a casa.

Ned había cogido ya el teléfono —un elegante aparato «antiguo»—, sin darle tiempo a Leonora a protestar y decir que, por supuesto, la llevaría a casa James. Tampoco James se ofreció. Se limitó a quedarse sentado en una de las sillas de skai, cavilando, viendo cómo iban fundiéndose los cubitos en su vaso. Al llegar el taxi, la acompañaron los dos. Ambos la besaron y hubo gracias y adioses, hasta que el taxi arrancó y ellos volvieron a entrar.

—Bueno, Jimmie, ¡felicidades! —exclamó Ned, al quedar frente a frente ambos en el interior del ascensor—. ¡Al fin te decidiste!

—¿Decidirme a qué?

—Pues a deshacerte de Leonora. Creí que no iba a irse nunca.

—Me parece que no ha estado bien que no la haya acompañado a casa —reconoció James.

—Pero, hombre, por Dios. ¿Le hemos llamado un taxi, no? Ni siquiera ha tenido que ir en autobús, como hace casi todo el mundo.

—Pues Leonora, no, desde luego. Quizá tendría que llamarla luego por teléfono. Es un detalle que no cuesta nada.

—¡Pero, *Jimmie*! ¿Es que nunca vamos a hacer carrera con esa mala conciencia tuya?

James sonrió, más relajado ya, ahora que estaba con Ned a solas.

—No, de mala conciencia nada —replicó—. Pero es que Leonora me tiene mucho cariño.

—Y yo también. Y *esto* no puede seguir así. Lo primero que tienes que hacer es marcharte de su casa.

—Ya lo sé. Estoy buscando otro apartamento. Acepté el de Leonora sólo temporalmente.

—¿Y lo entendió ella así?

—Por supuesto.

Ned sonrió.

—Bueno, algo es algo —dijo, al cabo de un instante—. No estando allí te será mucho más fácil despegarte de ella.

James lo miró con expresión sobresaltada.

—Con no llamarla ni ir a verla, listo —prosiguió Ned—. En seguida captará el mensaje.

James hizo un ademán de disconformidad, pero no supo acompañarlo con las palabras.

—¿Crees que ella hará algo por verte?

—No lo sé, probablemente no. Siempre se ha mostrado muy res... —dijo, sin llegar a terminar la frase, porque no le parecía bien hablar de Leonora en tales términos.

—Me lo imagino. Es esa clase de mujer orgullosa que prefiere sufrir en silencio. Como un animal herido que va a ocultarse para morir —dijo Ned, riendo con crueldad—. Así que no pongas esa cara... ¿Me oyes?

Las palabras de Ned tuvieron el efecto de retrotraer a James a su infancia: tenía una gata a la que todos querían mucho en casa, y un día desapareció. Él y su madre la encontraron en una arboleda, donde se había ocultado después de que la atropellase un coche. Tenía coágulos de sangre en la boca y su precioso manto había perdido su brillo.

—No lo entiendes —dijo James.

—Claro que lo entiendo —replicó Ned, en un tono que súbitamente se tornó amable.

Incluso estaban a punto de saltársele las lágrimas. Sólo el más cínico y desapasionado de los observadores hubiese podido advertir un dejo de complacencia en lo que dijo después:

—La vida es cruel, y nos hacemos *cosas terribles* los unos a los otros.

—Sí, eso es lo peor.

—Es algo que hay que aceptar... También yo he hecho daño, y me ha dolido mucho, noches enteras en vela... No lo sabes bien.

—Quizá Leonora llegue a comprender —dijo James.

—Anda, que estoy muerto de hambre —dijo Ned, que parecía ya harto del tema—. Vamos a cenar fuera.

Leonora se acostó a las once, decidida a «no perder la cabeza». Estuvo leyendo un rato —un grueso volumen de memorias de personajes de la época victoriana—, hasta que se le cayó el libro de las manos, con un sordo golpe en el suelo. Al cabo de un rato se despertó sobresaltada. Había oído un ruido. Seguramente era James, que

subía a su apartamento. ¿O sería un ladrón, y a lo mejor iba ya escaleras arriba, con sus pisadas amortiguadas por la gruesa alfombra? Se puso la bata y las zapatillas, abrió la puerta y aguzó el oído. En plena madrugada el silencio era absoluto, no se oía ni una mosca. Puede que sí hubiese sido James que había entrado. Subiría de puntillas, a ver si había luz. Pero, al llegar arriba, vio que un paquete y unas cartas que le había dejado allí antes seguían frente a la puerta.

«James», lo llamó quedamente, aunque segura de que no estaba. Eran las tres y estaba con Ned. ¿Qué era peor, que estuviese con Ned o con Phoebe?, se preguntó, tratando de considerar la situación con calma. Claro que, cuando James estaba en su otro apartamento, ella no sabía qué hacía él por las noches. Quizá hubiese sido mejor no enterarse de nada.

De pronto, ya de nuevo en cama, oyó un penetrante gemido. Asustada, se tapó hasta la cabeza, aunque enseguida se percató de que había sido uno de los gatos de Liz. Se había vuelto a desvelar, y pensó que lo mejor que podía hacer era bajar a prepararse un té, ese té que tanto parecía reconfortar a esa clase de personas que tanto solía desdeñar. Porque la verdad era que no resultaba del todo desagradable estar en la cama con la manta eléctrica y una bandeja de té sobre la mesilla de noche. Se incorporó, se echó por los hombros su camisón de chiffon plisado y pensó leer un poco a Browning, «Dos en la Campagna», quizá. El recuerdo del lejano y bello escenario, y de sus gratas imágenes, la reconfortó, aunque no tuvo ánimos para abrir el libro y buscar el poema. Al cabo de un rato empezó a ver las cosas con más tranquilidad. De haberla podido oír alguien, hubiese dicho «Soy Leonora Eyre», como había hecho en Vine Cottage. Por la mañana lo vería todo «con mejor color». Decidió no decirle nada a James respecto al hecho de que no había ido a la casa a dormir. Había tratado de comprender lo de Phoebe, y lo mismo iba a hacer con Ned.

XX

James colgó el teléfono y siguió estudiando el catálogo de porcelanas que Christie's iba a subastar próximamente, pero no lograba concentrarse. Se había inventado una mentira para Leonora y todo había resultado la mar de sencillo. «Dile que vas a pasar el fin de semana fuera», le había sugerido Ned, y ella lo había aceptado sin más, de la misma manera en que había aceptado muchas verdades a medias, que él se había visto obligado a contarle para ocultar que, prácticamente, estaba viviendo ya con Ned. Por supuesto que ella lo veía, lo notaba, y se estaba esforzando por mostrarse «respetuosa» y «comprensiva», hasta el punto de hacer que, en algunos momentos, él prefiriese que ella se olvidase de su dignidad y le hiciese una escena.

—¿Era Leonora? —le preguntó Humphrey a James, al ver que no hacía ningún comentario sobre la llamada—. ¿Le has dicho ya que has encontrado otro apartamento?

—Sabe que lo he estado buscando, pero he preferido aguardar hasta haber firmado el contrato y todo eso, antes de decirle nada.

—Yo ceno con ella esta noche. ¿Quieres que le diga algo?

James dudó. Habría aceptado encantado que su tío le facilitase las cosas, pero pensó que debía dar la cara ante Leonora. Lo que no sabía era cómo hacerlo.

—Déjalo de mi cuenta —dijo Humphrey, levantándose y empezando a tararear una canción de moda.

Llevaba unos días de muy buen humor porque, como es lógico, frecuentaba más a Leonora últimamente, y, aunque tenía el suficiente tacto como para no hablarle mucho de James y de su nueva relación, era obvio que ella le estaba agradecida porque saliese con ella a menudo al campo, a visitar mansiones interesantes, y la llevase a agradables restaurantes, para distraerla sobre lo que ocurría «en su propia casa», se decía Humphrey. Porque las frecuentes ausencias de James debían de resultarle a ella tan dolorosas como si se hubiese traído a Ned al apartamento.

—Es increíble —dijo Humphrey—, pero ya hace casi un año que la conocimos en la subasta. Y parece como si hubiese sido ayer.

A James le parecía que había transcurrido aún más tiempo, de tantas cosas como le habían acontecido, como por otra parte era lógico que le sucediese a un hombre de veinticinco años en comparación a uno de sesenta. Leonora, Phoebe, Ned —tantas experiencias, y tan distintas—, y por los tres había sentido verdadero amor, y aún lo sentía en cierto modo. Sólo que entonces, inexplicablemente, era Ned quien lo absorbía de una manera como nunca lo había absorbido ninguna mujer.

—¿Así que vas a pasar el fin de semana fuera? —le preguntó Humphrey.

—Sí —repuso James escuetamente, porque aún no había pensado en qué mentira inventar para su tío, y no habría sabido qué añadir.

Por suerte su tío no le pidió más explicaciones. Salió de la tienda sin dejar de

tararear, y James se quedó a solas con Miss Caton.

—Noviembre es un mes que puede ser muy agradable para salir al campo —comentó ella—, y hasta ahora el tiempo nos está respetando. Pero yo de usted me pondría algo que abrigue, por si acaso.

James asintió amablemente, divertido ante la idea de llevar ropa de abrigo en el supercaldeado apartamento de Ned, con la calefacción siempre a tope. Volvió a su trabajo, tratando de no pensar en Leonora. Se alegraba de que Humphrey fuese a cenar con ella. Porque lo que de verdad le dolía era pensar que estuviese sola y esperándolo. De manera que optó por la receta de Ned: cuando se te haga insoportable pensar en algo, no lo pienses. Y, al cabo de un rato, funcionó.

Humphrey no iba a llegar hasta las ocho, y la cena ya la tenía lista, pero Leonora no estaba de humor para ver a Meg, que le había preguntado si podía pasar por su casa a charlar un rato al salir de la oficina antes de ir a casa. Había que evitar todo contacto con esas personas de tono bajo si quería una estar animada, y estaba segura de que Meg no haría más que hablarle de su salud y de los problemas de las mujeres como ellas, de «su» edad, que no era precisamente un tema muy oportuno. Al final, allí la tenía, y, tal como temiera, hablándole de sí misma y de sus problemas... que *una doctora muy comprensiva* le había ayudado a entender mejor. Por lo visto, *todo* —el cansancio, la depresión, el llanto, la frustración y toda lamentación por el pasado — tenía una explicación.

Leonora la escuchaba con creciente indignación. Nunca se había considerado una persona frustrada y, aunque no pudiese negar que era una mujer, le resultaba insoportable que Meg tuviese con ella esa característica en común.

—Al parecer es muy positivo interesarse por alguien más joven, porque viene a ser como una superposición del amor maternal —prosiguió Meg—. Todo el mundo *necesita* amar. Y todo lo que hay que hacer es dejar que el amor fluya, dice el Dr. Hirschler —añadió Meg, haciendo elocuentes ademanes—, y no dejar que se te pudra dentro, o avergonzarte de él.

—Pero a veces puede resultar embarazoso —dijo Leonora, preguntándose si no le habría llenado demasiado las copas a Meg.

—Y todos tenemos que realizarnos a nuestra manera —siguió diciendo Meg— y, aunque algunas veces las cosas se tuerzan, no por ello debemos dejar de amar. Así es como lo veo yo, por lo menos.

Leonora se preguntaba qué habría hecho para darle la impresión a Meg de que no veía a James con mucha frecuencia últimamente. Porque Meg parecía condolerse con ella, como si insinuase que James la tenía un poco olvidada. Pero ni siquiera entonces se resignaba a reconocer —y menos aún delante de Meg— que «se hubiese torcido» algo con James.

—Pasó lo mismo cuando Colin conoció a Harold —dijo Meg—. Al principio fue muy duro para mí, pero ahora que ya no están juntos...

—¿Ah, sí? No lo sabía —exclamó Leonora, en un tono ligeramente más animado.

—Pues sí. Creí habértelo comentado. Al final las cosas no salieron como habíamos esperado.

Lo dijo en un tono casi enternecido, como si pretendiese hacerle creer a Leonora que pensaba en «los tres» —Colin, Harold y ella—, con sus respectivas esperanzas, en un mismo plano.

—¿Qué sucedió? —preguntó Leonora.

—Lo de siempre. Harold conoció a uno en el dentista (uno que llevaba un caniche, o puede que fuese un pequinés, no sé...) —dijo Meg, frunciendo el ceño, tratando de recordar lo que a Leonora le pareció un detalle totalmente irrelevante—. El caso es que era un perro pequeño, y él tenía un problema en la muela... El caso es que Harold y el dueño del perro se gustaron y decidieron vivir juntos.

—Pues qué bien —musitó Leonora.

—Colin lo pasó muy mal, claro, pero sabe que siempre me tiene a mí. Yo soy la única que nunca cambia —dijo Meg, con firmeza.

Meg, sentada allí con su viejo chaquetón de piel de oveja, que parecía ser su única prenda de abrigo. Quizá otros viesan en su actitud rasgos de patetismo, incluso de nobleza, pero no Leonora.

—Lo siento, Meg —le dijo—, pero vas a tener que dejarme. Humphrey viene a cenar y llegará a las ocho.

—Con Humphrey tendrías que casarte —exclamó Meg, disponiéndose a marcharse—. No acierto a comprender por qué no te has casado, Leonora.

Leonora sonrió enigmáticamente. No le habían faltado oportunidades, ni mucho menos, como a Meg seguramente no le había pasado inadvertido. La acompañó hasta la puerta para despedirse, y luego se detuvo a mirarse en la cornucopia, que le devolvió la habitual y halagadora imagen. Se dijo que a la luz de las velas, durante la cena, estaría muy favorecida, con aquel traje de noche negro que tanto le gustaba a Humphrey. Puede que aquella noche dejase que la besara. Le había preparado los platos que más le gustaban: pollo al estragón y mousse de chocolate. Hasta que no le trajo la mousse, y Humphrey la rechazó, no recordó que él detestaba todo lo que llevase chocolate. Era a James a quien le gustaba la mousse de chocolate.

—Sólo un poco de queso, cariño, si tienes. El toque perfecto.

Claro que tenía queso —y de varias clases—, pensó Leonora, mientras iba a por él. Pero al llegar a la despensa se sumió en el mayor desconsuelo. Se inclinó hacia uno de los estantes y apoyó la cabeza en las latas —de gambas, de langosta, de espárragos y de melocotón en almíbar— que siempre tenía por si acaso James se presentaba a comer o a cenar sin avisar. ¡Pero hacía ya tanto tiempo! ¡Cómo le hubiese gustado, al volver a la salita, encontrar a James sentado allí en lugar de a Humphrey!

Humphrey eligió precisamente aquel momento, al entrar ella con el queso, para decirle que James había encontrado otro apartamento y que no tardaría en hacer el traslado.

—¿Dónde? —preguntó ella, ya totalmente tranquila.

—En Fulham, aunque ahora lo llamen Chelsea. Los pisos se han revalorizado mucho en esa zona, en los últimos años, y creo que hará una buena inversión. Porque si, como es de suponer, James decide un día casarse y comprar una casa, podrá sacar un buen dinero por el traspaso. Siempre que no agote la duración del contrato, claro está.

Leonora comentó que estaba bien, cerca de la tienda; y lo dejó allí, mientras él seguía hablándole y ella preparaba el café.

Humphrey la veía con mayor distancia de lo habitual. Parecía cansada, se dijo; y aquel traje de noche negro no le sentaba tan bien como otras veces. Las mujeres de la generación de Leonora estaban convencidas de que el negro siempre sentaba bien, pero a menudo se equivocaban. Pensaba irse pronto y dejar que se acostase. Rechazó el coñac que ella le ofreció y se levantó, disponiéndose a marcharse, a una hora que a Leonora le pareció inusualmente temprana.

La besó ligeramente en la mejilla y le dio unas palmaditas en el hombro, susurrando algo así como «anda, anda», igual que podía habérselo dicho a una criatura o a un animalito.

Se sintió chasqueada, porque esperaba una más cálida demostración de afecto: el beso con el que contaba, y que había decidido dejarse dar. Incluso podían haber terminado en la cama, y le habría resultado tan agradable como reconfortante.

—Supongo que entonces James tendrá que llevarse los muebles —dijo ella, cuando ya se despedían.

—Bueno, supongo que sí.

La verdad era que, de seguir así, aquellos muebles iban a caer hechos pedazos, pensó Humphrey. Primero en el apartamento de James en Notting Hill Gate; luego, en el guardamuebles; después, los sacan del guardamuebles para llevárselos al cottage del pueblo; de allí a casa de Leonora, y ahora a Fulham.

—Pero no te preocupes tú de nada —añadió él—, ya me encargaré yo.

—¿Cómo me va a preocupar que se lleve cuatro cosas? —dijo Leonora, con suma frialdad.

—Bueno, querida, si me necesitas para algo... —dijo Humphrey, un poco desinflado.

Volvió a darle unas palmaditas en el hombro y ella entró en la casa con la sensación de que la velada no había sido precisamente un éxito.

XXI

—¿Sabes que tienes unos *pies* preciosos, Jimmie? ¿No te lo habían dicho nunca? James meneó la cabeza. Nadie le había hecho nunca semejante cumplido.

—¿Caminas mucho descalzo? Porque podría ser por eso.

—Bueno, en Inglaterra no.

—Pero esto no parece Inglaterra, ¿verdad? —dijo Ned, desperezándose sobre la negra alfombra de fibra.

—No se parece a nada —dijo James.

—Y, sin embargo, es *todo*.

Ned iba a citar a John Donne, pero recordó que James no sabía una palabra de literatura inglesa y que, con él, no cabía pensar en el placer de un toma y daca de citas.

—¿Sabes lo que te digo? —exclamó James, al cabo de un momento—. Que me parece que tendré que ir a verla.

—Ah, ¿te refieres a Leonora? ¿Pero acaso no lo sabe ya? Tu tío se lo habrá dicho.

—Sí, se lo ha dicho. Pero no puedo limitarme a llevarme los muebles y no decirle nada. Además le sigo teniendo cariño y no quiero herirla más de lo necesario.

—Oh, Jimmie, ¡otra vez esa mala conciencia tuya! De manera que aún le tienes cariño... ¿Qué significa para ti, exactamente, tenerle *cariño*? La has herido, sí, pero así es el amor: herir y ser herido. Créeme, lo sé muy bien.

No era la primera vez que hablaban de ello. A menudo se había preguntado James si Ned habría sufrido de verdad alguna vez, o si habría sido siempre él quien había hecho sufrir a los demás.

—He tenido que herir a los demás *muchas veces* —prosiguió Ned—. ¡Y es algo que lo destroza a uno, Jimmie!

—Y puede destrozar a la otra persona también —comentó James, con un dejo de cinismo inusual en él—. Iré a verla mañana.

Por un instante, el rostro de Ned reflejó ansiedad, pero fue sólo una sombra que en seguida se disipó. James no iba a ser la excepción a la regla de que nadie se cansaba de Ned antes de que él se cansase.

James estaba nervioso, mientras aguardaba frente a la puerta a que Leonora le abriese. De no ser porque había dejado las llaves en la tienda, hubiese subido al apartamento a tomarse una copa para infundirse valor. Pero eran las cuatro de la tarde y, pensándolo bien, le hubiese extrañado a ella mucho notar que había bebido durante el día.

—¡Querido James! —exclamó ella.

—Oh, Leonora...

No hubo más que un instante de vacilación antes de abrazarse y, por un momento, pareció como si todo fuese a volver a ser como antes.

Pero en cuanto empezaron a hablar se hizo patente que las cosas habían

cambiado. La conversación se hizo embarazosa. Leonora le preguntó educadamente por Ned, y él le dijo que estaba bien; y, al interesarse ella por cómo iba su tesis, James dijo también que bien, pero no muy convencido. Pensó entonces James que Leonora debía de saber lo del nuevo apartamento, como en efecto así era. Y adivinó también Leonora que había ido para quedar de acuerdo sobre cuándo hacer el traslado.

Mientras hablaban de todo aquello, apenas se miraban. James notó que Leonora había ido a la peluquería hacía poco, y que llevaba un vestido azul marino que no le había visto antes. Llevaba colgado del cuello un broche esmaltado, que representaba un paisaje. Leonora notó que James necesitaba cortarse el pelo —¿o se lo estaría dejando largo?— y que llevaba al cuello un fular de seda, que ella le había regalado en los primeros tiempos de su amistad. De todo ello se habían ido percatando en breves y casi recelosas miradas, sin llegar nunca a mirarse de frente. Ni él ni ella parecían capaces de hacerlo.

—Humphrey me dijo que ya se ocuparía él de todo —dijo Leonora—, pero hasta la fecha...

—Puedo perfectamente arreglarme solo para el traslado —dijo James, encantado de descargar su sentimiento de culpabilidad en su tío.

—Avisé para que dejaran de traerte la leche, ya hace tiempo —dijo Leonora—, pero, al principio, mientras la seguían trayendo, no sabía qué hacer.

—Lo siento. Tenía que habértelo dicho —musitó James, pensando que sólo una mujer era capaz de avisar para que no siguiesen trayendo la leche en plena crisis amorosa.

—No, no pasa nada. Liz siempre necesita mucha para sus gatos. Y además me la ha pagado.

—Tienes que venir a ver el nuevo apartamento un día de éstos —dijo James.

—Por supuesto —dijo Leonora ladeando la cabeza.

Se hizo un silencio muy embarazoso. James sentía pánico de que se le echase a llorar o le hiciese una escena.

—Oh, Leonora —empezó a decir—, no es que no te quiera...

Leonora lo miró sobresaltada. La palabra «querer» era la primera vez que se mencionaba entre ellos.

—Yo siempre te querré —prosiguió James, no consiguiendo más que empeorar las cosas, porque «siempre» sonaba de modo tan «terminal» como si hubiese dicho «nunca».

—Mira, James, cariño, eres un poco tonto —dijo ella con frialdad—. Sabes perfectamente que nunca he pretendido interponerme entre tú y tus amigos, que no soy de temer. Antes querías a Phoebe y ahora a Ned. Y, cuando Ned vuelva a Estados Unidos, como tendrá que hacer algún día, querrás a otra persona.

—Pero, Leonora, yo *no* soy así. Si pudiera explicarte... —dijo James, meneando la cabeza de un lado a otro con expresión de impotencia.

—Voy a tener que dejarte ya, James. Ceno con un amigo italiano y antes quiero descansar un poco.

No esperó con la puerta abierta a verlo marchar, pero aguardó dentro hasta que oyó arrancar el coche. Luego fue arriba a recuperarse y a ponerse elegante para el Conde, que se atracaba de steak, de kidney pudding y de Guinness siempre que estaba en Londres. Apenas sentía satisfacción al recordar la herida expresión de James, pero estaba contenta de haber tenido el valor de afrontarlo como lo había hecho. Atreverse a verbalizar la palabra «querer» habría sido algo superior a las fuerzas de otras personas; de la pobre Meg, sin ir más lejos.

Un día antes de que James hiciese el traslado, Leonora aceptó la invitación que le habían hecho hacía tiempo para pasar unos días en el campo, en el cottage de los Murray. Siempre los había desdeñado, y, desde luego, noviembre no era el mes ideal para salir de Londres, pero sabía que tenían una casa muy comfortable. Además, Joan había organizado para el viernes por la noche una fiesta que podía resultar divertida. Humphrey y James supervisarían el traslado de los muebles el sábado, y Liz le había prometido echar un vistazo cuando se hubiesen ido.

El viaje en tren, en un cómodo vagón de primera, le sirvió a Leonora de lenitivo. Sólo había otros tres viajeros, dos hombres de aspecto acomodado, ocupados en sacar papeles de sus maletines y en volverlos a guardar, y una joven absorta en una novela barata con una pornográfica cubierta. Leonora fue la única que fue al vagón-restaurante cuando avisaron para el té, y le tocó sentarse junto a la ventanilla, en una mesa en la que ya había otra persona. Se instaló allí sin levantar la mirada, como hacen algunas mujeres al encontrarse frente a un extraño. Leonora desconfiaba siempre de la clase de hombres que suele una conocer en los trenes, aunque, en su juventud, no se había mostrado tan reservada. Llevaba con ella una edición de *In Memoriam* de Tennyson, bellamente encuadernada en piel, que en seguida abrió y trató de leer. Pero le resultaba difícil concentrarse, en parte porque se distraía cada vez que trataba de servirse el té sin derramarlo a causa del traqueteo del tren; y, en parte, porque *In Memoriam* no era, quizá, la lectura más adecuada en sus circunstancias. También en casa de los Murray intentaría concentrarse en la lectura de aquel libro, desvelada, la mayor parte del tiempo, y tratando de coger el sueño.

Primero se sirvió, sin percance alguno, un poco de leche de la jarrita que le tocaba compartir con su compañero de mesa, y después el té de una de las teteras individuales, también sin derramarlo. Luego les trajeron unas tostadas calientes con mantequilla.

—¿Quiere un poco de mermelada? —le dijo su compañero de mesa, tendiéndole amablemente la bandejita.

Al alzar la vista vio que su compañero de mesa era un clérigo muy bien parecido.

—Pues no sé...

Leonora estaba habituada a que los hombres le hiciesen sugerencias sobre qué comer en los restaurantes, o que eligiesen por ella, pero en aquel caso era distinto.

—¿Amarillo, rojo, verde o púrpura?

—¿Qué me recomienda usted?

—Ah, depende. Alguien que lee a Tennyson quizá prefiera el púrpura, ¿no? —dijo el clérigo, en tono galante.

—Pues sí, el púrpura. El rojo y el amarillo no le cuadran —repuso ella sonriendo y mirándolo.

Con un clérigo, por más bien parecido que fuese, nada tenía que *temer*, se dijo, aunque puede que fuese un poco anticuado pensar así. Podía coquetear tranquilamente un poco, de esa manera en que suelen hacerlo hoy en día las personas de mediana edad.

El clérigo iba a Malvern, donde tenía un hermano que dirigía una escuela primaria. Le insinuó que era una lástima que no fuese ella también a Malvern.

—Yo me quedo en Moreton-in-Marsh. Unos amigos me esperan en la estación —explicó Leonora.

—Qué pena —exclamó él, sonriendo.

—¿Junto? —preguntó el camarero al acercarse a cobrarles.

—No, separado —se apresuró a decir Leonora.

Él era un hombre de maneras demasiado delicadas para insistir en invitarla. Porque, en efecto, Leonora se dijo que habría sido un atrevimiento. Luego, mientras ella volvía tambaleándose, como es de rigor en los trenes, pasillo adelante —él se había quedado atrás, en uno de los vagones de segunda—, se sintió un poco más animada por el breve encuentro. Seguía siendo una mujer hermosa, todavía «deseable», dicho sea sin ánimo de exagerar. Así tendría algo que contar mientras iba con Joan desde la estación a su casa.

Pero, una vez en el coche, Joan empezó a darle una interminable explicación sobre que tenía que pasar por una cafetería, que regentaban dos mujeres, que le habían prometido prepararle unas empanadas para la fiesta, porque aún no las tenían cuando había pasado antes a por ellas. Y que Richard había comprado caviar y que tenían que preparar los emparedados; si querría Leonora ayudarla, porque no le había dado tiempo ni a hacerle la cama.

Leonora iba un poco envarada, preguntándose por qué se le habría ocurrido aceptar la invitación. Se dijo que aquello pintaba mal; ni siquiera le habían hecho la cama, como si no la esperasen. Porque era un fin de semana en el que necesitaba de verdad que *la mimasen*.

Al llegar al cottage se animó un poco. Richard abrió una botella de champán para reanimarla tras el viaje, y la habitación que le habían preparado era tranquila y tenía vista al jardín. Mientras Joan estaba fuera, alguien había hecho la cama y le había puesto flores en un brillante jarrón rosado en la mesilla de noche. *In Memoriam* cuadraba perfectamente entre los bonitos objetos de estilo victoriano que adornaban

la repisa de la chimenea y la coqueta. Joan entró mientras Leonora se estaba cambiando, con el pretexto de ayudarla, pero, en realidad, para preguntarle por James.

—Es que nos han contado unas cosas, querida... ¿Es cierto?

Afortunadamente llamaron a la puerta de la casa antes de que Leonora pudiese contestar. Nunca le había costado el menor esfuerzo desenvolverse cuando iba de visita, y fue a la sala de estar con su habitual confianza en sí misma. Pero los amigos de los Murray resultaron ser personas muy poco interesantes, y Leonora se percató entonces de que estaba demasiado cansada para esforzarse por mantener una conversación animada, por mucho que le hubiese apetecido. Al cabo de un rato se vio sentada en un sofá junto a una mujer, que iba sin pareja. Llevaba un vestido azul brillante, y no sólo se había pegado a ella, sino que la miraba de arriba abajo con cierta impertinencia.

—Se nota que es usted de Londres —le dijo—. Se la ve *aburrida*.

Aquella mujer rubicunda y dentada no tenía desde luego pinta de lo mismo. Le bastó una ojeada a Leonora para felicitarle por parecerle *aburrida*, fuese lo que fuese lo que hubiese querido decir exactamente con la palabrita de marras.

—¿A qué se dedica usted? —le preguntó entonces la mujer—. Creo que Joan me comentó que trabajaba usted en la BBC. A ver si hace algo para que no nos martiricen con tanto pop.

Leonora le explicó, con frialdad, que no trabajaba en la BBC, ni en ninguna parte.

—¿O sea que no hace nada?

—Vivir.

—Pero podría hacer algo para distraerse, ¿no?

Era una pregunta que no merecería la pena contestar, pero el silencio de Leonora no sirvió más que para que la mujer empezase a enumerarle todas las cosas que podría hacer; ayudar en algún hospital, a los ancianos, a los niños subnormales, a las personas que vivían solas. Había tanta gente sola...

—Bueno, Ba —dijo Richard acudiendo al rescate—, todos se marchan ya. Si te das prisa puedes ir en el coche con los Fosdyke.

—¿Tan tarde es ya?

La tal «Ba» se levantó entonces y salió casi patinando hacia el vestíbulo.

En cuestión de segundos se hubieron ido todos.

—¡Esta Ba...! —exclamó Richard—. Siempre es la primera en llegar y la última en marcharse. Siento que se te haya pegado como una lapa.

Leonora le sonrió con expresión comprensiva, aunque en su fuero interno tal comprensión brillase por su ausencia. Debía haber tenido un poco más de tacto como anfitrión, ¿no?

—Pobre vieja Leonora —dijo Richard bastante después, mientras él y Joan enjuagaban las copas—. No parece estar tan en forma como de costumbre.

—¡Pero es siempre tan elegante y llevaba un vestido tan bonito! —dijo Joan leal

—. Qué mala pata que se le haya pegado Ba.

—Aunque es tan fría e inhumana, o no sé... —dijo Richard—. Siempre me dan ganas de...

—Vamos, cariño, no seas así con Leonora —dijo Joan con una risita de complicidad.

—Pero supón que... ya me entiendes. Porque es lo que *necesita*. ¿Crees tú que Humphrey habrá llegado a...?

—¿Tú te los imaginas? Lo que es yo no... —dijo Joan, tratando de sofocar la risa.

De modo que Leonora, que estaba ya echada en la cama justo encima, oyó algo así como sollozos procedentes de la cocina.

Sólo al cabo de un instante se percató de que eran risas. Joan y Richard riendo sobre vete tú a saber qué, como solían. Pensó que hubiese sido preferible no aceptar la invitación, pero se dijo que era mucho mejor no estar en casa cuando James fuese a por sus cosas. Dudaba que pudiese conciliar el sueño. Porque, aunque la cama era cómoda, la extrañaría, y, al levantar la vista, no vio más que oscuridad a través de la ventana.

Al día siguiente, Leonora tuvo una de sus migrañas. Y no podía hacer nada, salvo quedarse allí en una cama que no era la suya, durmiendo a ratos, medio mareada, y con la cabeza que le estallaba, pensando en los muebles de James arriba y abajo, como en una noria que le hacía sentir un angustioso vértigo. De vez en cuando, Joan subía de puntillas, asomaba la cabeza por la puerta con expresión de culpabilidad y le preguntaba si quería algo. En una ocasión oyó a Richard cantar, hasta que Joan lo mandó callar con aspereza. Era consciente de que estaba siendo una pejuguera para ellos y de que no la volverían a invitar, pero estaba demasiado cansada para preocuparse por ello.

El dolor de cabeza y el mareo le duraron hasta la noche, y entonces sí se sintió con ánimos para tomarse un té. Aliviada al sentirse bien de nuevo, también empezó a ver lo demás con tintes menos sombríos. Richard había prometido acompañarla en coche al día siguiente a Londres. Y casi la ilusionaba volver a coger las riendas de su vida con firmeza.

XXII

Era ya casi Navidad; de nuevo, inexorable, a la vuelta de la esquina, con la embarazosa obligación de prodigar detalles que, aquel año, parecían tener que ser más numerosos de lo usual. Ned pasaría las fiestas en Oxford, con sus amigos, algo molestos por el poco caso que les venía haciendo. La noche anterior al día de su partida, James lo invitó a cenar a Chelsea para darle su regalo, unos gemelos, muy caros por cierto. Para James había sido relativamente sencillo elegir, porque todo lo que le pedía Ned a un regalo era que fuese caro. Elegir el de Leonora había sido mucho más difícil. Los suplementos dominicales de la prensa no incluían la menor sugerencia sobre qué regalar a una mujer mayor con quien uno tenía conciencia de haberse portado mal. Cualquier cosa semejante a los «amorosos detalles» de otro tiempo parecía inadecuada. De manera que, al final, James optó por un libro de reproducciones de pinturas de la época victoriana. Sabía que Leonora se sentiría decepcionada. Y, aunque no se lo dijese en la cara, lo notaría por su tono de voz al darle las gracias; igual que se lo notó a Miss Caton, al abrir ésta el libro de poemas que Phoebe le envió a él para su cumpleaños. En tanto que regalo, a los libros les faltaba siempre algo —un toque romántico, quizá— y hacían menos ilusión. Se sintió aliviado al saber que Humphrey le iba a regalar unos pendientes con amatistas, confiando en que el regalo de su tío la compensase. Aunque, en el fondo, sabía que no iba a ser así.

Por lo que se refiere a los días de vacaciones, James había optado por pasarlos «en la nieve», como de costumbre, con lo que Humphrey llamaba «un grupo de jóvenes», de una manera que hacía que sonase como algo muy alejado de su mundo y del de Leonora.

—¿Qué vas a hacer por Navidad? —le preguntó Humphrey—. Podríamos pasarla juntos, si quieres.

—Gracias, querido Humphrey..., pero en ocasiones así siempre tengo un poco de mala conciencia respecto de Liz. Casi me siento obligada a invitarla a cenar el día de Navidad. Siempre está ahí, la pobre, con todos esos gatos y los malos recuerdos del sinvergüenza que le tocó por marido. Hace que se sienta una...

Humphrey siempre había creído que Liz era una persona feliz a su manera, pero se alegró de no tener que contar con Leonora, porque prefería pasar tranquilamente el día en su club, durmiendo o jugando al bridge.

Meg había invitado a Leonora a cenar en Nochebuena. Había pollo frío y ensalada, que Colin, temporalmente «libre», había preparado exactamente igual que las que servía en el snack-bar.

—Qué distinto es todo del año pasado —le susurró Meg a Leonora, aprovechando que Colin no estaba en aquel momento en el comedor—. Pasé una temporada horrible, convencida de que nunca iba a volver, pero sí.

Leonora hubiese podido decirle que, en efecto, aquella Navidad iba a ser muy

distinta también para ella, pero no le apetecía hablar de su situación con Meg. Pronto empezaría el nuevo año, un año durante el cual Ned tendría que regresar a los Estados Unidos.

Enero fue un mes desapacible y descorazonador, y la espera se le hizo a Leonora más difícil de lo que supuso. Cada día que pasaba estaba más cerca la fecha de la marcha de Ned, pero, al mismo tiempo, parecía separarla más de James. Conforme enero fue avanzando, le resultó más evidente que James la había «plantado» de manera definitiva. Humphrey apenas hablaba ya de él, como si hubiese muerto. Los días se le hacían largos y descorazonadores, y Leonora empezó a lamentar haber dejado de trabajar, pues la rutina que hubiese encontrado en cualquier empleo le habría, por lo menos, llenado la mayor parte del día. Pero carecía de la energía y de la iniciativa necesarias para buscar empleo. Recordaba a aquella horrible mujer —¿Ba, se llamaba, no?— que había conocido en la fiesta de los Murray, y su impertinente sugerencia sobre las numerosas maneras de ocupar el tiempo ayudando a los demás. Pero, siempre que Leonora daba en pensar en ello, le encontraba algún inconveniente. ¿Cómo iba, por ejemplo, a trabajar para la parroquia, si ella no pisaba una iglesia? ¿Cómo iba a ocuparse de los ancianos, si siempre le habían parecido un latazo y físicamente repelentes? ¿O cómo iba a ocuparse de niños subnormales, si sólo de pensar en ellos se sentía mal?

Humphrey, percatándose de que estaba baja de moral, le sugirió que volviese a alquilar el apartamento que había quedado vacío. Era obvio que James no iba a volver y, si alquilaba el apartamento, se sentiría menos sola. Incluso podía ser un aliciente. Pensaba que podía alquilárselo a una mujer de su edad, o a una joven estudiante, o incluso a un matrimonio joven, pero Leonora no se sentía con ánimos de soportar a nadie. Otra mujer podía perturbar su independencia, y una «joven estudiante» no sabía una nunca por dónde le podía salir. Y, en cuanto a un joven matrimonio, lo más probable era que tuviesen un crío, y no estaba ella para aguantar críos de nadie.

Al final Leonora se olvidó del vacío apartamento y dejó de subir, como había estado haciendo con frecuencia al poco de marchar James. Siempre había sentido por los objetos la misma devoción que por las personas, y pasaba horas contemplando todo lo que la rodeaba, limpiando los jarrones y figuritas de porcelana, y sus objetos de plata, de manera obsesiva, y cambiando a menudo la decoración de las habitaciones. El hecho de que James se hubiese llevado la cornucopia la había afectado de manera exagerada, y Humphrey había buscado por todas partes para encontrarle otra. Las mujeres sensibles podían resultar crispantes a veces, se decía él, porque además ni siquiera era una cornucopia excesivamente valiosa. Al final había dado con una que guardaba cierto parecido con la de James, con preciosos adornos, aunque muy mal conservada. Leonora había trabajado lo indecible, puliéndola amorosamente. Pero, al mirarse en ella, la imagen que le devolvía era distinta a la que reflejaba la de James, en la que siempre aparecía como una mujer fascinante, de edad indefinida. No le gustaba su imagen en aquella cornucopia, porque se veía ajada, casi

vieja. ¿O es que era ése ya el aspecto que correspondía a su edad?

Su gusto por los objetos bellos hizo que volviese a frecuentar las salas de subastas. Iba a hojear los libros de flores en la sala de subastas de libros de Sotheby's, pero sin ánimos para pujar por nada. Difícilmente volvería a tener nunca tanta suerte como aquella vez.

Iba también a Christie's, a ver qué había. Pero nunca hablaba de ello con Humphrey y elegía siempre aquellas horas en que era poco probable tropezarse con él, porque, en su fuero interno, no había abandonado la esperanza de encontrarse con James el día menos pensado.

Pero nunca se topó con él.

Y, una de esas gélidas mañanas en que se tiene la sensación de que el invierno se hace eterno, mientras examinaba unas joyas en Christie's —piedras preciosas engastadas en monturas de la época eduardiana o de los años veinte, el tipo de cosas sobre las que ella y James tanto se habían reído a menudo, imaginando a quienes las llevaban en solemnidades increíblemente fastuosas—, comprendió hasta qué punto se sentía desgraciada. Se le hizo un nudo en la garganta y se le saltaron las lágrimas, no sólo al pensar en ella sino también en los propietarios de aquellas joyas, ancianos ya y algunos probablemente muertos, quizá como único contrapunto para ayudarse a salir dignamente de la sala y bajar por la amplia escalinata hasta la calle. Se sentía perdida, sin saber qué hacer ni adónde ir, y empezó a vagar sin rumbo. Debía de haber tropezado con alguien sin percatarse de ello, porque reparó en que una mujer se excusaba en tono educado y con un dejo de sorpresa, como si Leonora mostrase un extraño talante. Había que evitar a toda costa ponerse en evidencia, pensó, tratando de serenarse, hasta que se encontró frente a un café.

Sólo al cabo de un buen rato, sentada ya en el interior, se percató de que estaba en un self-service y de que, además, había estado allí con James. Siempre había sido él quien iba a por el café, claro está, pero tendría que ser ella ahora quien fuese a la barra a por él. No era precisamente muy de su gusto, pese a que no le había importado ir con Meg, de vez en cuando, al snack-bar donde trabajaba Colin. Y, al volver a su mesa con el café, reparó en otros aspectos igualmente desagradables.

La mujer, ya mayor, que se encargaba de retirar las bandejas le pareció más avejentada y frágil que cuando estuvo allí con James. Recordaba que James solía llamarla «the Polish Countess». Tenía unas facciones ajadas y aristocráticas, y murmuraba, de manera molesta, algo con acento extranjero. En sus barruntos, Leonora asociaba a aquella vieja con las joyas que acababa de ver. Para acabar de empeorar las cosas, la mujer le plantó encima de la mesa una bandeja en la que no había sólo tazas sucias, platitos y bandejitas, sino toda suerte de restos de comida —hojas de lechuga, trozos de tomate, de tartas e incluso un montón de colillas—, algo de verdad desagradable.

—Haga el favor de llevarse esta bandeja de aquí —le dijo Leonora en tono glacial.

—En algún sitio tengo que dejarla, señora —replicó la vieja refunfuñando.

Se produjo un silencio hostil, durante el cual Leonora se percató de que también ella formaba parte de aquel mundo de las joyas, de la vieja, y de la atmósfera que se creaba en torno a todo aquello que había conocido mejores tiempos. Incluso las migas, los restos de tarta y las colillas tenían su significado. Sin dejar de murmurar, la mujer retiró la bandeja y la dejó en otra mesa, en la que estaba sentado un cliente dispuesto a atacar un donut con cuchillo y tenedor, de una manera que a Leonora la hizo estremecerse. Ladeó la cabeza y la semiocultó en el cuello de su chaquetón de piel, sintiéndose humillada, rebajada y pisoteada, «hecha una ruina». Terriblemente sola me encuentro, pensó.

Por suerte, rara vez está uno «terriblemente solo». Leonora lo veía así porque James la había abandonado. No contaba con los amigos que aún tenía, como Humphrey y otros admiradores de edad interesante que la llevaban a cenar a restaurantes caros, ni tampoco con sus amigas y conocidas. Cuando se siente una así, hay momentos en que se preferiría no tener de verdad *a nadie*. Quizá por esta razón se le cayó el alma a los pies cuando una mujer que portaba una taza de café se sentó a su lado exclamando: «¡Pero, si es Leonora!».

No iba a fingir no reconocer a su prima Daphne, pese a que se veían de uvas a peras. La chaqueta y el sombrero de piel eran elegantes, pero aquellas botas de piel de oveja eran de palurda, fue lo primero que le pasó a Leonora por la cabeza.

—Cómo me alegro de encontrarte —siguió diciendo Daphne—. He venido sólo por un día, a ver la exposición de la Academy.

Qué gente más petulantemente culta, acercarse a Londres sólo por eso, se dijo Leonora con su desdeñoso talante habitual.

Pese a todo, Daphne era una mujer amable y puede que, conforme se hacía uno mayor, la amabilidad fuese algo muy a tener en cuenta. De manera que Leonora aceptó de buen grado la invitación para almorzar con ella en su club.

Resultaba un poco deprimente ver a tantas mujeres reunidas en un mismo lugar. Daphne no se excusó —¿por qué hubiese tenido que hacerlo?— de que no hubiese hombres, pues no había más que «un par», casi ufanos, se diría, al verse rodeados de tantas mujeres.

—Está algo anticuado esto de reunirse sólo mujeres —dijo Daphne, respondiendo a un comentario de Leonora— y, sin embargo, a mí me sigue gustando.

En el transcurso del almuerzo, Leonora sintió el absurdo deseo de confiarse a Daphne. Puede que el vino la hubiese desinhibido, pese a que procuraba beber sin excederse, e interpretaba la mayor cordialidad que iba sintiendo hacia su prima como una señal de alerta.

—¿Has cogido la gripe este invierno? —le preguntó, animada, Daphne—. Porque menuda la que ha habido.

—Sí, no he estado muy fina —repuso Leonora evasivamente.

—Tendrías que tomar un reconstituyente, Sanatogen Tonic Wine. He visto un

anuncio en la estación, mientras esperaba el tren. Lleva hierro.

Leonora la miró sorprendida, pero no advirtió en la expresión de Daphne el menor indicio de que hablase en broma.

—O Wincarnis —prosiguió Daphne—, que es lo que solían tomar nuestras madres.

Sería su madre, en todo caso —la tía Hilda—, que no la de Leonora, con aquel amante suyo italiano, de quien la habían considerado demasiado cría para hablarle.

Quedaba todavía un poco en la media botella de Chablis que habían bebido con el pollo. Daphne se lo sirvió a Leonora. Parecía un caldo muy pálido y flojo, en comparación al tonificante vino reconstituyente.

La camarera se acercó con la carta para que eligiesen el postre. Como era de esperar, Leonora meneó la cabeza casi con desagrado. Daphne, pese a que quizá le hubiese apetecido la tarta de mermelada que tan bien seguían haciendo en el club, lo rechazó también.

—Tomaremos sólo café, gracias.

—¿Vives sola, no? —dijo Daphne, arrellanándose en uno de los sillones de piel; dispuesta a la charla de «sobremesa», pensó Leonora, asintiendo con la cabeza.

—¿Y no te afecta a veces la soledad?

—No, nunca me ha afectado.

—Claro que tú debes de tener muchos amigos en el extranjero, después de haber vivido tanto tiempo fuera. Yo que tú, no pasaba el invierno en Inglaterra.

Y así es como se veía entonces Leonora, «en el extranjero», sentada frente a una mesa de mármol con un refresco, observando a la gente a través de sus gafas oscuras, o abriendo los postigos, después de la siesta, y saliendo al balcón a pasear la mirada por distantes tejados que acaso dejasen entrever el mar. O visitando a amigos de la familia, viejos ya, que recordarían a sus padres, y a ella de niña. Con todo, mejor estaba en casa, cambiando las cosas de sitio y esperando a James.

—Me gusta más vivir en Londres —repuso.

—Bueno...

La conversación empezaba a hacer aguas. Leonora le dio las gracias a Daphne por el almuerzo e incluso se unió al deseo de ésta de que «había que repetirlo». Se despidieron en la calle, sin la menor seguridad de que fuesen a volverse a ver.

Leonora fue entonces hacia Fortnum and Mason y entró en la monumental tienda. Le apetecía notar las mullidas alfombras bajo sus pies, y verse rodeada de latas de foie-gras y de botellas con melocotones al coñac. Un club de mujeres, por más que Daphne hubiese sido tan amable al invitarla... ¿Cómo podía la gente soportar lugares así? No era el lugar para «encontrarse a sí misma».

—¿Taxi, señora? —le preguntó el portero, tan solícito como este tipo de personas solía mostrarse con Leonora, protegiéndola con el paraguas de la nieve que empezaba a caer.

—Gracias, sí —repuso Leonora sonriéndole.

La nevada arreciaba y, al llegar a casa, su pequeño patio estaba casi blanco. Leonora se asomó un momento a ver, y uno de los gatos de Liz se le acercó maullando y restregándose contra sus piernas. ¿Cómo habría entrado allí?, se preguntó. Trató de espantarlo para que saltase el muro, pero el animalito no se quería marchar, y seguía dando vueltas a su alrededor y maullando lastimeramente. ¿Qué querría? No sabía qué «decirle», porque nunca había logrado aprenderse de memoria los nombres de los gatos de Liz, y «michino» le pareció un tratamiento demasiado vulgar e impropio. Mientras le daba vueltas al problema, asomó Liz por el otro lado del muro con su agitado talante habitual.

—Ah, *ahí* está —exclamó—. Yo no sé qué diablos pensaba que podía haberle pasado.

Por nada del mundo hubiese querido parecerse a ese tipo de personas que llenan el vacío de sus vidas con un animal, pensó Leonora, volviendo a entrar.

XXIII

Ned se había cansado. Había sido divertido ver si podía alejar a James de Leonora —aunque, en el fondo, nunca lo había dudado, porque, ¿cuándo había él fallado en estas cosas?—, pero, una vez que lo había logrado, ¿qué iba a hacer con él? Jimmie era un chico encantador, pero, con el paso del tiempo, la inocencia y la ingenuidad que al principio tanto habían atraído a Ned empezaron a hacérsele tediosas, a inspirarle incluso lástima. Y cada vez le parecía que tenían menos cosas en común. Jimmie no era muy inteligente, tenía escaso sentido del humor y estaba siempre «encima» de una manera que empezaba a ser irritante.

Una noche, en el teatro, James fue durante el entreacto al bar a por unas copas. Mientras lo aguardaba, Ned dejó vagar la mirada entre la gente, hasta que reparó en un joven moreno, que aguardaba también, al parecer, a alguien que debía de haber ido a por unas copas. Se miraron, se acercaron, se citaron para el día siguiente, y listo. Había sido un encuentro tan sencillo y romántico como el de Ned con James en una estafeta de correos en España. A partir de aquel momento, Ned se vio obligado a poner en práctica una serie de triquiñuelas con James; a veces no contestando al teléfono, a veces fingiendo acento extranjero o distorsionando la voz. Era sorprendente comprobar que fácil era «dársela» a Jimmie, por lo que Ned estaba llegando a la conclusión de que acaso James fuera un completo imbécil. ¿Por qué, por ejemplo, dejar a Leonora de manera tan definitiva? Porque lo que era él, Ned, no había pretendido eso ni mucho menos. Las amigas de los amigos había que saberlas apartar a veces con suavidad y al mismo tiempo con firmeza, si era necesario, pero había que hacerlo con habilidad.

—Querido Jimmie —le dijo una noche—, ¿no irás a decirme que no la llamas *nunca*?

—Tú me dijiste que era lo mejor que podía hacer —replicó James, como reprochándoselo—, y, además, la última vez que nos vimos resultó muy embarazoso. No pareció que tuviésemos ya nada que decirnos. Por supuesto que la he visto, con Humphrey, alguna que otra vez, pero desde Navidad no le he dicho una palabra.

—¡Desde Navidad! Pero, Jimmie, ¡qué cosas tienes! ¡Con la devoción que Leonora te tenía! ¡Y me dices a mí que soy cruel!

—Bueno, tampoco ella me ha dicho una palabra —repuso James, a la defensiva—. Y, además, mi tío la ve muy a menudo. Si alguna vez estuviese enferma, o yo qué sé, me lo diría él.

—Pero y luego, ¿qué harás?

—No lo sé. La cosa ya no tiene remedio.

—Pues creo que deberías intentarlo —dijo Ned, cuyos azules ojos reflejaban preocupación—. No va contigo mostrarte tan desapegado.

—¿Y qué quieres entonces?

Ned vaciló y miró el reloj.

—Pues no sabría qué decirte ahora exactamente, Jimmie. Estoy esperando a aquella amiga de mi madre de quien te hablé.

—De acuerdo, ya me voy. ¿Almorzamos mañana como siempre?

—Pues, almorzar no sé... Te llamo.

—Supongo que la llevarás a ver la Torre de Londres —dijo James, pretendiendo mostrarse sarcástico.

Ned se echó a reír.

—Lo más probable es que la lleve a ver la Colección Wallace. Las amigas de mi madre son *muuuuyyyy* cultas.

Al salir James del ascensor, un joven moreno aguardaba para tomarlo. Sus dedos llegaron a rozarse, al sostener ambos educadamente la puerta.

James fue entonces a su coche y arrancó, con expresión preocupada. Al llegar a casa se sirvió una copa y se sentó mirando en derredor. Las habitaciones de su nuevo apartamento eran más espaciaosas que las del anterior, y tanto sus muebles como todos los objetos lucían más. Pese a ello, no acababa de gustarle. Entrada ya la noche, no tenía intención de hacer nada especial, habiendo dado antes por supuesto que la pasaría con Ned.

—Hace días que Miss Eyre no da señales de vida —dijo Miss Caton, lamentándolo—. Ahora que hace tan buen tiempo, casi primaveral esta mañana, a lo mejor se deja caer.

—Sí, Miss Caton, bien pudiera ser —dijo Humphrey quedamente.

James, que estaba estudiando un catálogo y marcando algunos de los objetos, guardó silencio. Había estado pensando en lo que Ned le había dicho, respecto a llamar a Leonora, pero se sentía incapaz de decidirse. No hacía mucho que la había visto una mañana en Bond Street, pero, por suerte —así se lo parecía entonces—, le había dado tiempo a meterse por un callejón para no encontrársela.

Habría jurado que ella no lo había visto, pero, claro está, no podía estar absolutamente seguro, y luego le había estado dando vueltas durante horas. No es que no quisiese verla, mas pensaba que resultaría embarazoso encontrarse con ella y que se sentiría avergonzado. No iba a saber qué decirle.

—Aquella cestita de Rockingham —dijo Miss Caton—. Seguro que a Miss Eyre le gustaría. En cuanto vi esa cestita, me dije que era muy de su estilo. Es una mujer tan elegante; viste siempre tan bien.

Miss Caton era de esas mujeres que admiraba siempre, sin el menor asomo de envidia, a toda mujer que vistiese con mayor elegancia que ella. Y se preguntaba qué se habría comprado Miss Eyre aquella primavera, qué colores elegiría.

—A una mujer así se la imagina una casada —prosiguió diciendo Miss Caton con inusual desenvoltura (porque no acostumbraba a hablar en tales términos con Humphrey ni con James), aunque se percataba de que quizá se estuviese

extralimitando.

—Hay muchas mujeres que no se casan —dijo Humphrey—. No tiene nada de sorprendente. No casarse tiene sus ventajas. Piense en usted misma, sin ir más lejos —añadió, en un tono distraídamente galante.

Humphrey dio la impresión de ir a añadir algo más, como si su intento de cumplido no lo hubiese dejado muy satisfecho. Pero Miss Caton era una mujer que se valoraba muy poco para saber corresponder, de alguna manera, a un cumplido, y lo que pudo ser un momento algo embarazoso no lo fue. Humphrey prometió hacer que Leonora fuese a la tienda un día a ver las nuevas adquisiciones, y Miss Caton pareció darse por satisfecha.

James y Humphrey iban a ir aquella tarde a ver los lotes que James había estado marcando en el catálogo, que correspondía a aquello por lo que consideraba que merecía la pena pujar, y hasta cuánto. Humphrey le diría entonces si estaba o no de acuerdo, a modo de entrenamiento. Era una especie de juego que a ambos les gustaba. Pero aquella tarde James estaba muy abatido y preocupado.

—¿No es ahí donde vive tu amigo norteamericano? —le preguntó Humphrey, al ver la cúpula del Brompton Oratory.

—Sí, en esta misma manzana —repuso James, aunque mirando en dirección contraria.

Últimamente no hacía más que darle vueltas a lo que pudiese estar haciendo Ned a todas horas, algo que antes sabía siempre.

—Supongo que pronto regresará a Estados Unidos, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—Leonora lo encuentra encantador. Me lo ha dicho más de una vez.

—Parece que Ned siempre les cae bien a las mujeres mayores.

—No es nada extraño. Ya sabes el cariño que Leonora te tenía, y *que te tiene*.

Siguieron caminando en silencio durante un rato. Humphrey tenía la sensación de que debía decirle algo a James acerca de Leonora, pero no encontraba las palabras adecuadas. En su fuero interno, era consciente de que albergaba un cierto resentimiento hacia su sobrino. Al aparecer Phoebe en su vida, Humphrey había confiado en que Leonora volviese los ojos hacia él; y, cuando apareció Ned, llegó a estar completamente seguro de que así sería. Pero había ocurrido lo contrario, hasta tal punto, que incluso la agradable relación que venía manteniendo con Leonora corría peligro de acabar. En cierto modo, se sentía responsable del comportamiento de su sobrino y el sentimiento de culpabilidad que albergaba hacía que sus regalos fuesen cada vez más caros y sus ramos de flores más grandes, como si quisiese desagraviarla por algo de lo que él no tenía la menor culpa.

—¿Qué ha pasado exactamente? —le preguntó al fin—. ¿Qué ha ocurrido entre tú y Leonora?

James miró a su tío sorprendido. ¿Acaso no lo sabía ya? Y, si no lo sabía, difícilmente iban a poder hablar de ello. Se encogió de hombros, como indicando que

prefería no hablar del tema, y entraron en la sala de subastas.

XXIV

A Leonora le encantaba mayo, y se podía decir que era casi su mes favorito, con los tulipanes y las azucenas que crecían en su patio y las lilas y codesos que entreveía en los jardines vecinos. Aquel año, había seguido con su costumbre de comprarse ropa de estación, y de sustituir su refinado perfume invernal por uno más fresco y ligero. Aunque parecía como si una parte de ella hubiese muerto en aquel crudo y cruel invierno que le había arrebatado a James. La primavera la había reanimado hasta el punto de sentirse como una adolescente de aquella generación que había crecido en los años treinta, que todavía creía y buscaba —aunque rara vez lo encontrase— el «amor romántico». En aquel entonces esperaba vivir tal experiencia con verdadera impaciencia, pero, siempre que había estado a punto, había terminado por echarse atrás, siempre pasaba algo. Ahora, claro está, no esperaba ya vivir nada semejante o, quizá fuese más exacto decir, nada en absoluto. Pero, en las noches serenas, más de una vez subía al apartamento de arriba y se asomaba a ver la calle.

Y, una de esas noches, mientras estaba de pie frente aquella ventana con barrotes —los barrotes sobre los que habían bromeado con James el día que él se trasladó a vivir allí—, vio que un joven se acercaba a la casa caminando. James nunca había ido a verla a pie, y se entristeció al pensar que ni siquiera sabía cómo era el coche nuevo que Humphrey le había dicho que se había comprado aquella primavera.

Leonora veía muy bien de lejos, y reconoció al joven mucho antes de que éste llegase a la casa. Era Ned. La descorazonó notar el efecto que le produjo verlo, *todo* volvió de pronto a su mente. Por un instante, pensó en hacer como si no estuviese en casa, pero en seguida se impuso su innata presencia de ánimo. Ned seguía siendo «un enemigo a batir». Fue al dormitorio a «retocarse» un poco, y luego se sentó a esperar.

Ned se había imaginado a sí mismo avanzando hacia aquella casa a primera hora de una soleada tarde, para ir a darle a Leonora lo que consideraba como una buena noticia. Había estado pensando qué flores llevarle y, al final, optó por un sencillo ramito de azucenas, como si se viese a sí mismo en la sencillez de aquellas flores, como si él —que seguía siendo el amor de su madre, que estaba allá en su jardín de Nueva Inglaterra— las hubiese cogido con sus propias manos.

—Pero, *Ned*... —exclamó Leonora, en un tono sorprendido que sonó de lo más convincente.

Ned veía también muy bien de lejos y la había visto asomada a la ventana al acercarse a la casa.

—Querida Leonora...

Sus mejillas se rozaron levemente y, por un instante, sus perfumes se mezclaron.

—Son para *usted*, claro está, estas flores —dijo él, acercándole el ramo con cohibido ademán, casi como un niño que se lo ofrendase a un miembro de la realeza—. Claro que, con tantas como tiene en su jardín. No caí...

—Bah. Si apenas tengo. Y me encantan. Aquí quedarán preciosas —dijo Leonora,

arreglándolas en un jarrón Victoriano, con ramitas de nomeolvides esmaltadas al fuego.

—Seguro que debió de regalárselo James —dijo Ned amablemente.

Leonora no contestó, pero se apresuró a ofrecerle una copa y a servírsela, acompañándolo ella también.

—Es, en parte, por Jimmie por lo que he venido a verla —siguió diciendo Ned.

—¿Ah, sí?

Leonora aún no le había preguntado *por qué* había venido, aunque difícilmente no iba a estar su visita relacionada con James.

—¿Verdad que antes tenía usted la sala de estar de otra manera? Me gusta así. Y ese vestido la favorece mucho; no se lo había visto.

Ned dejó vagar la mirada, especulando sobre el precio de todo lo que veía, tal como hiciera en su primera visita.

—¿Qué me iba a decir sobre James? —le preguntó Leonora, harta ya de su escrutadora observación.

—Ah, Jimmie... —exclamó él, con fingido desenfado—. Quizá lo entenderá en seguida si le digo que he venido a despedirme.

—¿Vuelve a los Estados Unidos?

—Sí. Mi madre no se encuentra muy bien últimamente, y creo que debo estar con ella.

Ned siguió allí sentado, con modoso talante, mirando su copa, que sujetaba firmemente entre las manos, mientras aguardaba a ver cómo reaccionaba Leonora. A Ned se le había complicado mucho la vida en Londres últimamente —porque el encuentro con aquel joven en el bar del teatro no había sido el último, ni mucho menos— y huir parecía la única solución. Varias personas, entre quienes consideraba a James la más importante, desaparecían así de su vida de un solo golpe, porque ninguna de ellas estaba en condiciones de seguirlo a los Estados Unidos ni de dudar de que su madre lo necesitaba.

—¿Está muy enferma acaso? —preguntó Leonora.

La ligerísima vacilación de Ned, apenas perceptible, le dio la respuesta.

—Lo siento de veras —le dijo ella, por cumplir—, pero confío en que su estancia en Londres le haya resultado positiva. Me refiero a que haya podido terminar su investigación... —añadió, superponiendo sus palabras al recuerdo de aquella tarde, en la que fueron a la casa de Keats—. James lo echará de menos.

—Qué va, Leonora —exclamó él, inclinándose hacia adelante, como si fuese a cogerle las manos.

Leonora se hizo hacia atrás.

—De eso quería hablarle —prosiguió Ned—. Es que yo ignoraba... Me quedé de una pieza cuando supe que había dejado de verla.

—¿No irá a decirme que no lo sabía? —dijo Leonora, estupefacta.

—Pues le juro que no. Ni en sueños hubiese imaginado yo que Jimmie pudiese

mostrarse tan des... —dijo Ned, como si no acertase con la palabra justa, que Leonora no se molestó en completar—. Pero, ahora que yo me voy, todo puede volver a ser igual que antes. Créame, Leonora, si yo hubiese *siquiera imaginado*... Cuando Jimmie me lo dijo, estuve noches sin poder dormir, pensando en lo que debía usted haber sufrido.

Leonora no hizo ningún comentario.

—Me consta que a Jimmie le encanta esto —prosiguió Ned, mirando en derredor—. Todo tan bonito... La ha echado mucho de menos, y supongo que también usted a él.

Ella trató de decir algo, pero no le salían las palabras. Tuvo que hacer acopio de toda su fortaleza, y de su capacidad para controlarse, para que no se le saltasen las lágrimas.

Ned la observaba sin asomo de emoción, preguntándose si acabaría por derrumbarse y disponiéndose a consolarla si así era. Las lágrimas, que tantos consideran como el arma más poderosa de la mujer, no lo conmovían a él en absoluto, pero se le daba bien consolar a las mujeres cuando lloraban. Había habido muchas en su vida; empezando por su madre y terminando por mujeres, mayores o más jóvenes que él, lo bastante tontas como para esperar más de lo que estaba dispuesto a darles. Había visto muchas veces, con desagrado, rostros enrojecidos e inflamados de tanto llorar, de manera no muy distinta a como Leonora había visto a Meg llorar por Colin. Hacían muy mal las mujeres mayores no sabiendo contener las lágrimas, porque se les ponía un aspecto horrible.

Pero Leonora parecía estar afrontando la situación con tanta elegancia como solía afrontarlo todo. Si confiaba en que se le derrumbase, se había llevado una desilusión. ¿Cabía imaginar que Jimmie ya no le importase en absoluto?

—No tiene por qué preocuparse por mí —le dijo él en un tono casi cariñoso—. Puede que nunca volvamos a vernos. Sólo deseo que usted y Jimmie sigan felices con su *maravillosa* amistad.

Ned se sintió generoso —bondadoso también— al decirlo, porque lo dijo sinceramente. Su copa estaba ya vacía y esperaba que Leonora se la volviese a llenar y le diese las gracias por devolverle a James. Pero ella no hizo ni lo uno ni lo otro. Su silencio le resultó a Ned desconcertante.

—Tiene que *perdonarlo* —prosiguió él.

Eso era lo que debían hacer las mujeres, y lo que tantas veces hacían, a tenor de su experiencia. Sabían restarle importancia a las cosas, aceptar a quien volvía a ellas; y, sobre todo, sabían perdonar.

—Pero es que James no me ha pedido que lo perdone.

¡Que no se lo había pedido! La verdad era que Jimmie se lo podía haber puesto un poco más fácil.

—Pues, si no lo ha hecho, lo hará, y usted no debe ser excesivamente dura con él. ¿No lo perdonaría si se lo pidiese de rodillas?

Leonora no contestó.

—¿No irá a decirme que si llamase a su puerta se la cerraría?, ¿que lo dejaría marchar, como en aquel pasaje final de *Washington Square*? Porque seguro que ha leído usted a Henry James, un novelista que va mucho con su carácter.

—Claro que he leído a Henry James —dijo ella, remetiéndose en la manga el pañuelo bordado que había estado estrujando, y levantándose—. Adiós, Ned. Espero que cuando llegue a su casa encuentre a su madre ya muy mejorada.

—¿Mi madre? Ah, gracias, seguro que sí. Y eso me recuerda que voy a tener que ir a Liberty's a comprarles regalos a mis amigas. ¿Qué me aconseja usted? Preciosas telas para vestidos, supongo, pero siempre me entran ganas de comprar uno de esos hipopótamos de piel, para una tía mía que no es precisamente santo de mi devoción —fue diciendo Ned, con su habitual facundia—. Lo he pasado maravillosamente en Londres, y ha sido *estupendo* conocerla, Leonora. Estoy seguro de que, con el tiempo, usted y Jimmie... —añadió mirando a través de la ventana, como si albergase la esperanza de ver a James llegar, arrastrándose penosamente hasta la casa como un penitente.

Ya en el vestíbulo, dirigió la mirada, con ufano talante, hacia donde solía estar la cornucopia de James, pero ya no estaba allí. Y se quedó con las ganas de contemplarse en el espejo. Se volvió hacia Leonora y la besó, marchándose sin más dilación. Justo entonces pasaba un taxi y Ned lo cogió.

Leonora se quedó en el umbral viendo cómo se alejaba, con la sensación de haberse desquitado no poco, e incluso de haber conseguido una relativa victoria, aunque ya poco pudiese importar.

Con el sol de la tarde, se fijó en que sus jarrones de porcelana y sus objetos de cristal estaban sucios de polvo y se puso a limpiarlos. Así se entretendría. Y, al coger un jarrón en miniatura, decorado con flores, se percató de que uno de los pétalos de los nomeolvides se había desconchado. ¿Cómo no se había fijado antes? No podía soportar la menor imperfección en su sala de estar y, justo en el momento en que se disponía a retirar la miniatura y a guardarla en un armario, sonó el teléfono.

Era Meg. Le preguntó si podía pasar a verla. Quería preguntarle algo, algo que sería mucho más fácil hablar personalmente que por teléfono.

Una de las cosas de las que James había privado a Leonora era del placer de los momentos de soledad *querida*, de los que antes tanto había disfrutado. Y, ahora, casi se alegraba de las irrupciones de Liz y de la pejuguera de Meg hablándole siempre de Colin. Notó que acogía con entusiasmo la llamada de Meg, al decirle que estaría encantada de verla.

—¿Has cambiado algo en la sala de estar, verdad? —dijo Meg, nada más entrar—. El sofá estaba en otro sitio, ¿a que sí?

Leonora sirvió unas copas y se sentaron. Al tomar un sorbo de su copa de ginebra, recordó que ya se había bebido una bien cumplida con Ned. Porque la había necesitado. Así que por eso notaba la cabeza un poco ida, como si soñase.

—¿Y cómo está James? —le preguntó Meg, con su habitual propensión al cotilleo—. Pensé que habrías salido con él, o que estaría aquí contigo al llamar. ¿Está de viaje? ¿Ha ido a Europa, en viaje de compras para la tienda?

—James está...

Leonora no pudo seguir. Las lágrimas que había estado conteniendo, para que no se le saltasen delante de Ned, se desbordaron ahora, y empezó a sollozar y a temblar de puro desconsuelo. Por más que la emoción la pudiese, se percataba de cuánto la avergonzaba haber estallado. Era el colmo de la ironía que fuese a derrumbarse precisamente delante de Meg. Se tentó la manga en busca del pañuelo, porfiando por controlarse, por decir algo que justificase comportarse de una manera tan poco habitual en ella. Pero Meg se le adelantó, prodigándole palabras de consuelo. Se acercó al sillón en el que estaba sentada Leonora y la rodeó con sus brazos; y, aunque a Leonora su contacto le resultó desagradable y trató de desasirse, no tuvo fuerzas ni para eso.

—Querida, ya sabía yo lo que había pasado —musitó Meg—. Lo imaginé... lo de James. En Navidad trataste de hacer como si tal cosa, pero yo me di cuenta. ¿Te ha dejado, no?

Leonora no necesitó contestar.

—Otro igual que Colin —prosiguió Meg—. He pasado tantas veces por lo mismo... Pero, al final, siempre vuelven. Ya lo verás.

—No... —exclamó Leonora, sorprendida de su propia vehemencia—. Ya nunca sería igual.

—Ahora lo ves así —le dijo Meg—, pero ya verás... Todo se arreglará. No puedes pretender que todo sea siempre perfecto, Leonora, porque nunca lo es.

Leonora, recuperando un poco la compostura, empezaba a percatarse de lo ridícula que estaba Meg, arrodillada allí en el suelo, por más nobles y generosos que fuesen los sentimientos que expresaba, respecto a aceptar a los demás tal como son, y a amarlos, con independencia de lo que hagan.

—Parece que se llora mucho últimamente en esta casa —dijo Leonora, tratando de recuperar su buen humor—. ¿Habrá sido la ginebra? Deja que te sirva otra copa, Meg. Estoy segura de que la necesitas.

—Bueno, pero ponme sólo un poco y con mucha tónica —dijo Meg, volviendo a su sillón.

—Habías venido a preguntarme algo —dijo Leonora—. ¿De qué se trata?

—Ah, sí. Es por tu apartamento de arriba... Pensaba si lo habrías vuelto a alquilar. Porque el hermano de Colin está buscando uno, y es un joven encantador. Estoy segura de que te caería bien y de que sería un inquilino modélico.

—Oh, Meg, me temo que eso va a ser imposible —dijo Leonora con su tono más amable—. No creo que fuese capaz de soportar a *un joven*.

—Pues podría ser bueno para ti —dijo Meg—. Me refiero a que... Oh, Leonora, ¿qué va a pasar con James, y contigo? ¿Has pensado en ello?

—Lo superaré, Meg, gracias. Y, en cuanto a James, ¿quién sabe? Puede que incluso llegue a casarse.

—¿Tú crees? Estoy segura de que Colin nunca se casará —dijo Meg, con un ligero aire de superioridad.

XXV

James y Ned se despidieron de manera bastante amistosa, después de la terrible escena que tuvieron, diciéndose cosas imperdonables el uno al otro y tirándose, literalmente, los trastos a la cabeza: los mullidos cojines de piel, e incluso un pesado pisapapeles de cristal veneciano que, no sólo estuvo a punto de darle a Ned, que era a quien iba dirigido, sino al enorme espejo que llenaba una de las paredes. A Ned le brillaban los ojos, porque era obvio que se lo había pasado en grande con todo aquello. La referida escena no había sido sino una de las muchas que había protagonizado. James, herido por las infidelidades de Ned y dolido por las cosas que le había dicho, no lo había encontrado divertido, pues no en vano habían sido sus celos y su orgullo herido lo que había provocado el estallido. Luego, cuando todo se hubo calmado, Ned volvió a ser de nuevo el mismo de antes y James se sentía como un perfecto idiota. «Así es la vida, querido Jimmie. No debes tomarlo todo tan a la tremenda...». Ah, si Ned se quedase, pensaba James. Pero no tenía más remedio que volver con su madre que, a pesar de no estar a las puertas de la muerte, lo necesitaba de verdad, y nada iba a hacerle cambiar de opinión. Se lo había pasado la mar de bien eligiéndoles «retales» a sus amigas en Liberty's, y nada digamos del hipopótamo («a la tía Hetty le va a dar un soponcio cuando abra el paquete»). Pero, en definitiva, la despedida había desembocado de manera inevitable en la escena final de una obra teatral bien construida.

James iba ahora a ver a Leonora. Parecía que era lo único que le quedaba por hacer, y tenía la sensación de que ella estaba esperando su visita de un momento a otro. Una de las últimas cosas que Ned había hecho era urgirle a que fuese a verla.

«Te necesita, Jimmie», le había dicho. Y James pensó que probablemente tenía razón, como de costumbre. Por peor que se hubiese portado —porque James estaba dispuesto a reconocer que, sin duda, había llevado las cosas con mucha torpeza y haciéndole daño—, Leonora siempre estaría allí, como un familiar paraje, casi como una madre.

No le pareció de muy buen gusto presentarse con un regalo o con un ramo de flores. James confiaba en que bastase con su presencia.

—Pero James... Y qué coche más elegante, *blanco*...

Aunque ya había previsto que llegase aquel momento, Leonora se sorprendió al abrir la puerta y ver que era él.

James no sabía si debía besarla o no. Antes siempre se besaban, pero ella no fue hacia él. De manera que se limitó a seguirla hasta la sala de estar, en la que todo parecía haber cambiado. Y le hizo la habitual observación de que había vuelto a cambiarlo todo de sitio.

—Supongo que Ned ya se ha ido —dijo ella—. Y supongo que lo echas de menos.

Pero qué comprensiva era. Aunque también pensó James, como tantas otras

veces, que le hubiese sido todo más fácil si ella se hubiese mostrado por lo menos un poco enojada. Porque la verdad era que no había ido allí para hablar de Ned.

—Sí, al principio lo eché de menos —repuso—, pero en los últimos tiempos las cosas se habían torcido. Ned es un poco...

Iba a decir «veleidoso», pero le pareció un adjetivo demasiado ingenuo y anticuado.

—Pobre James. Ya me había dado cuenta yo de eso, desde luego; de cómo es Ned, quiero decir.

Leonora estaba recostada en el sillón tapizado de terciopelo, sin la menor crispación. El sol de la tarde dejaba ver tenues arrugas en su piel y estaba más avejentada de lo que James recordaba, aunque todavía conservase parte de su belleza.

—Oh, Leonora, ya sabía yo que comprenderías. Has sido siempre tan...

James trató en vano de dar con una palabra que resumiese el comportamiento de Leonora con el asunto de Phoebe y, por supuesto, respecto a lo sucedido con Ned, bastante más serio.

—Pobre James —exclamó ella, con sincera preocupación—. El tiempo lo cura todo —añadió, en tono ligeramente burlón—, pero aún eres demasiado joven para comprenderlo.

—No te burles de mí.

—No me burlo —protestó ella—. ¿Os habéis, por lo menos, despedido amistosamente tú y Ned?

—En cierto modo sí. Pero tuvimos *una* de miedo, antes de que se fuese.

Mientras escuchaba cómo James le describía su última pelea, Leonora sintió ganas de echarse a reír. Se dijo que, en muchos aspectos, Ned era un personaje cómico, aunque se hubiese percatado de ello demasiado tarde. Y, además, ¿hubiese servido de algo comprenderlo así al aparecer él en sus vidas?

—Pero, Leonora, al final tenía verdaderas ganas de marcharse... Yo ya había dejado de importarle.

Leonora ya no estaba tan relajada como al principio, al comprender que, al hacerle tal confesión, James le estaba dando mucho más de sí mismo de lo que nunca le había dado, aunque se sintió incapaz de reaccionar como seguramente él esperaba. Ambos habían sufrido, pero esto no parecía acercarlos más sino que, por el contrario, parecía erigirse como una barrera, o como una cuña que los separase todavía más.

—Las personas cambian —dijo ella—. Lo vemos continuamente.

—Pero *nosotros* no, Leonora. Siento haberte hecho daño. ¿Querrás perdonarme?

—Sí —repuso ella—. Sí, te perdono —repitió, como si lo dudase.

Por supuesto que perdonaba a James, que no podía evitar ella ser *así*, o por lo menos *así* se veía. ¿Por qué, entonces, no tenía algún gesto generoso, dejándose llevar impulsivamente hacia él, para que todo quedase olvidado, fundiéndose en un abrazo? Evidentemente eso era lo que James esperaba, porque se le acercó, aunque vacilante, al ver que ella no reaccionaba.

—Bueno, entonces —dijo él—, ¿va a quedar todo así entre nosotros?

—No lo sé —dijo Leonora.

Se preguntaba cuántas veces habría vivido Meg aquella misma escena con Colin, aceptándolo siempre cuando volvía a ella, de tal manera que, con el paso del tiempo, resultaba cada vez más sencillo, sin apenas explicaciones. Descorcharían la botella de Riesling yugoslavo —su vino preferido, siempre en el frigorífico— y, cuando se la hubiesen terminado, todo volvería a su cauce. Luego —acaso inmediatamente— Meg iría a comprar otra botella y la tendría allí preparada, hasta *la próxima*. Pero le parecía un tanto humillante andarse con este tipo de zalamerías con James, como si fuese un animalito a quien se induce a volver a la jaula con una golosina. Y se decía que, aunque hubiese tenido su vino favorito, no se lo habría ofrecido. Pero el jerez que ahora bebían parecía, con su sequedad, inducir a la hostilidad, inhibirles de expresarse e incluso de sentir. De haber elegido algo más festivo, algo dulce, burbujeante o caliente —una simple taza de té recalentado—, ¿habría servido para cambiar algo?

James se levantó, como para marcharse. No sabía qué hacer. Dirigió la mirada hacia la mesa, confiando en que siguiese allí el libro de flores, abierto por una página distinta cada día, pero no estaba. ¿Lo habría retirado de la circulación Leonora, al cambiarlo todo de sitio en la sala de estar?

—Humphrey me ha invitado a cenar esta noche —dijo ella—. Un sitio nuevo que dice que ha descubierto.

¿Merecía la pena volverlo a intentar?, se preguntó James sin saber cómo despedirse. ¿Qué le hubiese aconsejado Ned? Se acercó a la ventana y vio el coche de su tío estacionado en la calle. Lo vio salir del coche, con un embarazoso envoltorio, un ramo de flores, de peonias quizá. Había algo ligeramente ridículo en la exuberancia del ramo y en la torpe manera que Humphrey tenía de sujetarlo, mientras se aseguraba de haber cerrado bien todas las puertas.

—Adiós, James —dijo Leonora—. Ha sido un bonito detalle por tu parte venir.

Al ver a Humphrey con las peonias, Leonora recordó que, al día siguiente, la iba a llevar a la Exposición de Flores de Chelsea. Era una de esas cosas a las que le gustaba asistir. Ver tantas flores hermosas e impecables, de colores tan primorosos, tan perfectas en todo, era algo que confortaba y satisfacía enormemente a alguien tan amante de la perfección como ella. Aunque, pensándolo bien, las únicas flores realmente perfectas eran las que, como aquellas peonias, tan bien quedaban en su sala de estar, con el añadido encanto de que se las hubiesen regalado.